



REDHOUSE

En el siglo XIX la única opción para una mujer, independientemente de sus capacidades, era el matrimonio. Esa es la razón por la que Rose Redclive accede a un matrimonio de conveniencia con el Vizconde de Cortwind. Este a su vez, sólo quiere un matrimonio para tener los herederos legales para el título, sin que esta circunstancia afecte a su vida social o sentimental. Ambos a pesar de todas las barreras que interponen entre ellos acabaran enamorándose.

Autor: Lury Margud

OceanofPDF.com

Redhouse

LURY MARGUD

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Oxford. 12 de Noviembre de 1804.

LA señorita Rose Redclive estaba aterrada, era el día de su boda. Lucía un elegante vestido de seda, y envuelta en encaje de Bruselas, se miró por última vez en el espejo. Una angustia terrible se reflejó en su rostro al enfrentar su propia mirada. Los golpes en la puerta le avisaron que debía darse prisa, intentó ordenar a sus piernas que se movieran, pero su orden no llegaba con la debida autoridad, y permaneció inmóvil frente al espejo.

No se movió hasta que su padre abrió la puerta y la miró preocupado. . Me gustaría que tu madre pudiera haber vivido para ver este día. la dijo acercándose y cogiendo su mano entre las suyas. — Estás preciosa.

—Estoy asustada.— confesó.

—Todo irá bien. Lord Cortwind es un caballero que me agrada, y sé que será un buen esposo para ti.. Aún no comprendo porque no ha buscado esposa en Londres. — dijo con un deje de tristeza, quizás de resignación.— ¿Qué necesidad tiene un hombre tan apuesto como él a concertar un matrimonio sin conocer a la novia?

Vaya.— dijo bromeando su padre.— te parece apuesto, eso es una buena cosa. . ¿Por qué?— insistió ella.

Nuestra familia tiene un linaje impecable, es amigo de tu hermano y su padre es nuestro vecino más cercano y un buen amigo. Cuando nos comunico el tipo de esposa que buscaba, tanto Virgil como yo, pensamos en ti. De alguna manera podrás conservar tu independencia, vivirás a pocos kilómetros de esta casa, y tu futuro económico y social estará asegurado.

Lo sé.— suspiró la joven, que había mantenido esa misma conversación demasiadas veces en los últimos seis meses, cuando su padre le comunicó que el vizconde de Cortwind buscaba una esposa para tener un heredero.

No había sido difícil convencerla, aunque su trato con el vizconde de Cortwind había sido muy superficial durante toda la vida, él prácticamente nunca estaba en Corthouse, la casa que el conde tenía en Oxford, ella siempre había sentido una especie de anhelo cuando habían coincidido.

Finalmente cogió el brazo de su padre y se dirigió al carruaje que esperaba en la puerta. La gente de los alrededores, vendedores y curiosos que se arremolinaban fuera de la iglesia cuando llegó el carruaje de la novia, se abrieron dejando un camino para que el coche pudiera parar frente a la Iglesia. Su hermano Virgil, le ayudó a bajar con una sonrisa de satisfacción.

Estás muy guapa.— le susurró.

Caminando junto a su padre se acercaron al novio que esperaba al pie del púlpito. Le pareció el hombre más apuesto que conocía. Vestía de negro, y resaltaba el blanco de su camisa en el cuello y los puños. La chaqueta ajustaba perfectamente en su cuerpo, dibujando un triángulo desde los hombros hasta la cintura. Su rostro tenía rasgos que le hacían hermoso, pero eran sus gestos los que transformaban esa belleza en algo mágico.

A Rose se le erizó la piel cuando le sonrió mientras caminaba hacia él. Respiró profundamente, y con una seguridad que no sentía, se colocó junto al novio. Durante la ceremonia siguió preguntándose por qué un hombre como él había convenido en tener una mujer que era prácticamente una desconocida, cuando era evidente que por su apostura, su riqueza y su título hubiera podido tener a una dama de su elección. No quería pensar que él la había elegido, pues eso la llevaría seguramente a fantasear y Rose Redclive era una mujer demasiado racional para eso.

Cuando el novio formuló los votos, ante todos, mirándola a los ojos, no pudo evitar que su mente racional se quedara muda mientras miles de hormigas corrían arriba y abajo por su estomago.

Desconfiaba de su buena suerte, y no podía evitar buscar el gato escondido. No quiso pensar en eso mientras él tomaba su mano y le ponía el anillo. Lord Edmund Cortwind vio acercarse a la novia, su futura esposa.

Le pareció bastante bonita y también, se preguntó por qué habría aceptado aquel matrimonio de conveniencia. Pensó que no le costaría demasiado cumplir con sus deberes conyugales, le sonrió cuando su padre le entregó la mano de la novia, aquel contacto le electrificó el brazo.

El tenía sus razones para casarse, pero no podía dejar que una mujer, que era poco más que una desconocida pudiera afectarle tanto. Ese matrimonio para él sólo tenía un objetivo, darle los herederos que necesitaba el título.

Cuando el vicario los declaró marido y mujer, él posó levemente sus labios en los de ella. Apenas un toque breve, mullido. Algo pasó entre ellos y sus ojos se encontraron. Ella le miró con sorpresa, casi con ilusión, él pudo disimular el horror que le causaba que aquel contacto le hubiera encendido la sangre de un modo desconocido para él.

Los novios y el resto de los ilustres invitados partieron hacia Corthouse, la mansión del conde de Carrick, y padre del novio. Los novios precedían al resto de los invitados en un carruaje cerrado.

Lady Rose Cortwind sentía un hormigueo en los labios, un ansia desconocido para ella. Su esposo era alto, apuesto, fuerte y por primera vez se dejó arrastrar por un sentimiento de calidez hacia él, había pensado en mantener las distancias hasta que descubriera donde estaba el dichoso gato, pero aquel beso, apenas un roce, la tenía en una nube.

Cada uno de los novios saludaba con la mano a los curiosos que se habían apostado a lo largo del camino para ver a tanta gente importante, duques, marqueses, condes, vizcondes, barones. A pesar de la época del año en que se encontraban, nadie quiso perderse la boda del futuro conde de Carrick.

Antes de alcanzar su destino, al que tardaron en llegar cinco minutos, él se volvió hacia ella. No sonreía y en sus ojos se adivinaba una dureza que a Rose no le pasó desapercibida.

Espero que no te importe que me muestre cariñoso en público, debemos representar nuestro papel.

Sus palabras la hicieron recordar el gato. Se atrevió a preguntar.

—¿Por qué me elegiste para ser tu esposa?— se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca.. No te elegí. Aunque este no es el momento para hablar de eso.

El maldito gato maullaba como un loco, pero Rose fue incapaz de verle.

La celebración la arrastró a brazos de conocidos y desconocidos que la felicitaban, mientras el novio, su marido, tenía una frase preparada para cada felicitación, ella asentía con la cabeza. Si él notó que ella estaba tensa y aterrada, no lo demostró, la guiaba por la fiesta de un grupo a otro hasta que consiguieron llegar a la mesa.

Edmund estaba incómodo, la situación era distinta a como la había imaginado, pensó que no sentiría nada al ver a la hermana soltera de su amigo Virgil, y que esta tendría la consideración de no ser tan atractiva. Parecía tan vulnerable que sintió deseos de abrazarla y reconfortarla, pero él no podía hacer algo así, no podía alentar a la joven a tomarle cariño. No, cuando él no podía corresponderla, él deseaba sentir indiferencia y así continuar con su vida sin pararse a pensar en su esposa, excepto para la procreación.

Su piel y su cuerpo se encendieron con la idea. Tendría que poner distancia entre ellos, se dijo, aunque para traer al heredero al mundo debía recorrer esa distancia a la inversa. Trató de pensar en la mujer que le esperaba en Londres.

Durante el resto de la celebración el novio la ignoró, pese a que los gestos que la dedicaba y que estaban destinados a engañar al resto de los asistentes. Ella sentía su indiferencia como un mal presagio. No la miraba cuando le ofrecía la copa de champán para brindar frente a todos, y cuando su mano la cogió de la cintura para abrir el baile con un vals, era tan fría y distante como él. Sin embargo, y a pesar de ellos mismos, un cosquilleo les recorría el brazo desde la mano entrelazada, y Edmund luchaba contra el deseo de acercar el cuerpo de su esposa al suyo en cada giro.

Rose siguió pensando en las razones que habían llevado al vizconde a elegirla a ella, y de repente, pareció sorprenderse al darse cuenta de que ni su padre ni su hermano le habían preguntado por qué ella había aceptado al vizconde. Quizás la conocían tanto como para intuirlo, porque nadie sabía lo que realmente ocurrió cuando se presentó en su primera temporada, dos años atrás. Respetaron su decisión de no volver a Londres a buscar marido, y finalmente el marido la encontró a ella.

El día fue largo y agotador, y cuando por fin partieron en dirección a Cornualles, a la casa de campo que el conde de Carrick tenía allí y donde

pasarían la luna de miel, se dejó caer en los asientos acolchados del carruaje. Se había cambiado para el viaje, y se abrigaba con una manta de piel y unos ladrillos calientes que se había preparado en un brasero a sus pies. Su marido frente a ella, evitaba mirarla.

Me gustaría que pudiéramos ser amigos.— dijo Rose incómoda por la forma en que su marido evitaba su mirada y su contacto.. Es mejor que no. — dijo Edmund. La dureza había vuelto a sus ojos y su semblante. Pienso hacer mi vida como me plazca, y temo que si te tomo cariño quizás acabe sintiéndome mal por ello. Este matrimonio sólo tiene un propósito, cuando se cumpla cada uno podrá hacer la vida que desee.

Después de aquellas palabras, se hizo un silencio que les envolvió en un manto de incomodidad que no sabían manejar. Rose fingió dormir mientras el vizconde miraba por la ventana el paisaje envuelto en las sombras de la noche.

Se sintió mal. Quizás no debería haber cedido a las presiones de su padre y de su abuelo para casarse, tenía treinta años. Aunque esperar sólo hubiera conseguido que aquella situación en la que estaba se hubiera demorado, pero no evitado.

La primera parada fue en Londres, en la casa del vizconde nadie parecía esperarles a excepción de la doncella de Rose, que la ayudó a desvestirse. Después de asearse se puso un camisón bordado con rosas blancas, y se envolvió en la bata que tenía a juego, se sentó frente al fuego, esperando.

Y esperó, nerviosa, aterrada. Diez campanadas, once. Cada minuto de aquellas dos horas sintiendo que el corazón podría salir de su cuerpo y caminar junto a ella. Y siguió esperando, hasta que le llegó el sonido de la puerta principal, se asomó por la ventana y vio a su marido marcharse a lomos de un caballo. Su mirada le siguió hasta que se perdió en las sombras de la noche.

No supo decir si lo que sintió era alivio o decepción, o ambas cosas, pero se sintió terriblemente sola. Abandonada y herida. Sin ánimo para dormir sacó del doble fondo de su baúl unos libros envueltos en seda negra, se acomodó en un escritorio y empezó a pasar signos de un cuaderno a otro. O mejor dicho, pasaba palabras a signos y signos a palabras.

Edmund cabalgó hasta una mansión en la plaza de Saint James, desmontó en el parque que había frente a la misma, diez minutos después una criada salió de la casa y le entregó una nota.

“Mi marido está en la casa, espero que tu luna de miel no dure demasiado, no puedo vivir sin ti. Te amo. Elizabeth” Edmund quedó desconcertado. El marido de Elizabeth había estado en la boda, el conde de Ocam, y le había presentado sus disculpas por la ausencia de su mujer, ambos sabían que no iría, era demasiado duro para ella ver como se casaba, aún cuando él le había prometido que su corazón seguiría siendo suyo.

No quiso volver a casa y sentirse demasiado tentado a compartir la cama a la que tenía derecho desde aquella mañana, y se encaminó a su club. Trataba de imaginar como el conde de Ocam, que estaba bastante borracho cuando él y Rose abandonaron el banquete, podía haber llegado a Londres tan rápido. Por supuesto que no había podido llegar, se dijo, pero si Elizabeth estaba todavía enfadada por haberse casado pese a su oposición, le daría tiempo para que se acostumbrara a la idea. Algunos caballeros se acercaron a felicitarle por su boda. No se percató de la sonrisa maliciosa de alguno de ellos al felicitarle, o si lo hizo no le importó. Estuvo bebiendo y jugando con alguno de ellos hasta la madrugada.

Durante las cinco noches que duró el viaje hasta su destino, ni siquiera compartieron el carruaje, ya que él cabalgaba varios metros por delante. Ni tampoco compartieron la cena en el salón privado y, por supuesto, no la visitó por las noches para consumar el matrimonio, pese a todo, Rose le esperaba y cuando no llegaba sacaba sus pequeños libros y trabajaba en ellos hasta que el sueño la alcanzaba.

La última jornada del viaje transcurrió entre paisajes abrumadores, grandes riscos se levantaban a un lado del camino, y se podía oír al mar y al viento empujando con furia las moles de roca. Pasaron cerca de Fowey, un pueblo de casas de piedra, y siguieron el camino a través de un bosque hasta un páramo donde se encontraba su destino. La mansión era impresionante, alta, majestuosa y con un patio enlosado que se extendía hacia unos jardines que presentaban un aspecto bastante descuidado, o quizás fuera que en diciembre sólo crece el frío.

Desde el mismo momento en que ambos descendieron del carruaje, su marido cambio de actitud, amorosamente la tomó de la mano para ayudarla

a bajar, y algo paso entre ambos, una sensación compartida que hizo que sus miradas se encontrasen, pero fue sólo un segundo, inmediatamente él retiró la vista, y galantemente la acompañó hasta la entrada.

Al contrario que en Londres, los criados esperaban perfectamente alineados en dos filas frente a la casa, la presentó a todos, lo hizo rápido para evitar permanecer mucho tiempo en el exterior, pese a todo, ella no tuvo problemas en recordar los nombres de cada uno de los sirvientes y su ocupación.

Cenaremos a las seis.— le dijo pareció dudar si volver a tocarla, y finalmente no lo hizo. Subió con la doncella a la habitación precedida por la Sra. Stron, el ama de llaves llegaron a una habitación enorme, una cama con dosel y cortinas de terciopelo ocupaba una de las paredes, bajo la ventana un escritorio, una chimenea calentaba la habitación, frente a esta dos pequeñas butacas y una mesa redonda.

La habitación según pudo comprobar Rose, en cuanto el ama de llaves se marchó, comunicaba con dos cuartos, uno de ellos era su vestidor, que contenía una bañera y una palancana encajada en un mueble de mármol. El resto de las paredes estaban cubiertas con armarios enormes dispuestos para guardar sus trajes, comprobó que necesitaría el doble de ropa para llenarlo, y eso, a pesar de que con motivo de su boda su padre le había mandado hacer todo un vestuario completo para la primavera. Claro que aquella ropa la esperaría en su nueva casa, en Corthouse, cuando finalizara aquella luna de miel.

Jenny, su doncella hablaba poco, pero sus gestos informaban a quien le interesara de lo que pensaba. Con el ceño fruncido y murmurando entre dientes, empezó a colocar la ropa en los armarios.

—Un caballero.....— mascullaba un rufián... sin cerebro..., Se le caerán los dientes....., y los pelos del cuerpo.....

Jenny.— la regaño divertida Rose. — ¿Puedes dejar de refunfuñar?

—Una de las dos tiene que hacerlo, y usted es demasiado dulce y educada, así que me corresponde maldecir a ese hombre.. Ese hombre es mi marido.

—Pues alguien debería decírselo a él.

—Me voy a dar un paseo, ¿te apetece acompañarme?

La doncella hizo un gesto hacia la ropa y a los dos baúles de equipaje pero quedó esperando.

—Está bien, termina aquí. Jenny era la hija de uno de los arrendatarios de la finca de su padre, de pequeñas habían sido grandes amigas y lo seguían siendo, pese a sus respectivas posiciones. Cuando ambas llegaron a la adolescencia donde sus vidas estaban destinadas a separarse, Jenny le pidió el puesto, a Rose no le costó convencer a su padre de contratar a Jenny, sobre todo porque de no hacerlo, esta hubiera tenido que casarse con el hijo mayor de otro de los apareceros, un hombre especialmente desagradable, pero que al padre de Jenny le pareció un buen partido para su hija.

Ninguna de las dos sabía exactamente que debía hacer una doncella, pues Rose no había tenido ninguna antes, y aunque Jenny no sabía nada de planchar, sabía mucho de coser, lavar, y del resto de las tareas que realizaba en la granja. La señora Sullivan, la cocinera de su padre, enseñó a la joven todo lo demás que necesitaba saber.

Rose salió de la habitación dejando a Jenny refunfuñando, no pudo evitar sonreír, y se dispuso a dar un paseo. Estaba a punto de salir cuando se acercó el mayordomo, tras una reverencia le entregó una carta.

Llegó ayer por la tarde.

—Muchas gracias, Sr. Paul. ¿Hay algún sendero que salga de la propiedad hasta los acantilados?

—Debe evitar la zona de los acantilados, milady. En esta época el viento podría arrastrarla hacia el mar.

—Seguiré su consejo.

El vizconde después de cambiarse se había reunido con uno de sus empleados, el hombre le saludó sonriendo.

—Permítame felicitarle, milord. —El vizconde asintió aburrido

—¿Alguna novedad?— preguntó.

—Han llegado varios mensajes, pero hay uno que no consigo descifrar, milord.

—Lo sé, por eso he traído un nuevo código. Cuando llegue un mensaje con este código, significa que es un asunto urgente. — Le entregó dos pequeños libros.

—He descifrado el resto de los mensajes.— contestó el hombre.—
¿Quiere verlos ahora?

—Sí. También dame el nuevo, trataré de descodificarlo para ir practicando.

El vizconde de Cortwind no tenía previsto hacer un viaje de novios, pero pertenecía junto con su padre, que era quien la dirigía, a una red que dependía directamente del ministro de la guerra, una red que colaboraba con el Lord del alto almirantazgo. Eran dos organizaciones dedicadas a labores de información, o desinformación según el caso. Una civil y otra militar.

La labor del vizconde era simplemente recoger y entregar la información que le hacían llegar los hombres que dependían de él. Hombres en los que confiaba y a los que confiaría su vida. Uno de esos hombres era su primo, Lord Peter Horton, quien era mayor del quinto regimiento de húsares, y que había sido reclutado, igualmente, por Lord Sterling, el lord del alto almirantazgo, para labores similares a las que realizaba para su primo. Aquello les permitía obtener una información bastante completa de lo que estaba pasando en el continente.

Su padre, el conde de Carrick y Lord Sterling se hurtaban información, no en lo verdaderamente importante, pero a los dos hombres les gustaba pensar que tenían la mejor red. Una competición leal, pero no por ello menos competición.

Peter, fue la razón de planear el viaje de novios a Fowey, Edmund había quedado en reunirse con Peter allí, para entregarle el código de claves llamado Fit. Un nuevo libro de códigos ideado por el codificador conocido como Redhouse.

Fowey era el lugar era ideal, para una reunión que pretendía mantenerse en secreto para la red que dependía del Lord del almirantazgo. Un lugar de la costa, lo suficientemente lejos de las intrigas de Lord Sterling.

Se acomodó en el escritorio del estudio y empezó a descodificar el mensaje. Era de su primo, supuso que Sterling le habría hecho llegar el código, el mensaje era bastante escueto. “Llegare el 28, peligro en la red, no confíes en nada que no venga en este código”

Rompió el mensaje codificado y su traducción. Y se dispuso a leer el resto de las informaciones. De los diez mensajes cuatro contradecían las

informaciones de los otros seis. Entendió la advertencia de Peter y le resultó evidente que alguien de la red se había pasado al enemigo.

Rose empezó a caminar por el sendero que llevaba al pueblo, el viento estuvo a punto de despegarla del suelo en un par de ocasiones. Cuando el pueblo quedó a la vista, retrocedió y tomo acantilados, no pensaba caminando hacia ellos. un pequeño sendero que parecía llevar cerca de los acercarse demasiado, pero de todos modos, siguió

Antes de llegar a la cima donde terminaba el sendero, se encontró con un lugar inesperado, un camino de piedras y matorros conducían a un valle diminuto protegido del viento. Cuando terminó de bajar se dio cuenta que allí nadie podría verla desde el camino, así que tendría que tener cuidado para no caerse o nadie la encontraría aunque la buscasen, suponiendo que alguien la echará de menos.

Cuando termino de bajar por la empinada cuesta, le pareció que hasta el aire era cálido en aquel lugar. No es que no hiciera frío, pero el viento era inexistente, buscó un lugar donde sentarse a leer la carta. Descubrió una especie de túnel formado por ramas entrelazadas y decidió que aquel era el lugar perfecto. Abrió la carta de su padre. Estaba codificada.

Casi sonrió, su padre y ella mucho antes de que Redhouse existiera se comunicaban con códigos inventados, cada día un poco más complejos, hasta que el honorable Sr. Redclive se rindió. La complejidad de las operaciones mentales que ideaba Rose en sus códigos, necesitaban para descifrarlos, un diccionario de claves. Ella, sin embargo, reconocía el código empleado, y lo descifraba en minutos haciendo malabarismos con su mente, una mente prodigiosa, que nadie, excepto su padre y su hermano, sabían que existía.

“Se ha detectado un intruso en la red. Sólo código fit. Espero que termines pronto el nuevo código, el negrero está impaciente. Deseo que estés disfrutando de tu luna de miel. Recuerda que debes ser discreta. Te quiere, tu padre.”

Cuando terminó de leer el mensaje lo rompió en miles de pedacitos, y después casi sonrió. Si se mostraba más discreta, podría ser invisible. Durante poco más de media hora fantaseó con la idea de ser invisible, las posibilidades le devolvieron el buen humor.

Lo primero que haría en aquel estado transparente sería averiguar las razones de su marido para el matrimonio, y para eso tendría que estar pegada a él. La idea le gustó demasiado. Intentó poner distancia entre sus deseos, que estaban enfocados en su marido de una manera bastante irracional, y los hechos.

El se había casado para tener un heredero, pero ella no debía gustarle lo suficiente para mantener la intimidad que se necesitaba, una intimidad que por otra parte la aterraba, y mientras deseaba de una vez por todas pasar por eso, por otra parte, casi agradecía que su marido ni la mirase ni la tocase. Cuando la idea de la intimidad le provocó una explosión de ansiedad en el estómago hasta revolvérselo, decidió pensar en otra cosa.

No conocía mucho la propiedad de su suegro, pero sabía que la atravesaba un río cerca de las tierras de su padre, solía jugar allí con Jenny, hasta que esta dejó de ir para ayudar a su padre en la granja.

Mentalmente empezó a diseñar un sistema de riego, pequeñas regaderas y canales que llevarían el agua hasta el límite de la propiedad de su padre, y allí, se construiría un paraíso para compartir con su familia. Pensando en las plantas y en los árboles que sembraría y en la forma que tendría el lugar, empezó a sentirse bastante más animada.

El vizconde la vio entrar en el comedor, y le pareció descubrir algo diferente en ella, acostumbrados al silencio entre ambos, supo que no podría mantener una conversación casual con ella, así que mientras ella parecía estar contenta en su propio silencio. El no dejaba de preguntarse en que estaría pensando. Se sintió terriblemente atraído por la luz que parecía envolverla, parecía otra mujer, supuso que no tendría problemas en consumir aquella noche el matrimonio, aunque su corazón estuviera en Londres.

Se sentía ridículo, no podía evitar sentir que el deseo que le despertaba su esposa, le hacía sentir como un hombre ruin y desleal para su único amor. Un amor al que había sido fiel en los últimos diez años.

Recordaba bien como se había sentido cuando la mujer que amaba se casó con otro, el suplicio que supuso imaginarla en brazos de su marido, un hombre que podía haber sido su padre, y que tomó de ella toda su inocencia. Cuando dos años después de la boda se hicieron amantes, la

certeza de saber que ella sólo disfrutaba el placer entre sus brazos, le sirvió para consolarse del dolor de que ella pertenecía a otro hombre.

Después de tanto tiempo, dejó de importarle si el conde visitaba o no a su esposa, porque él la tenía cuando quería, y ambos compartían algo muy especial. Un sentimiento que había sobrevivido a pesar de la falta de pasión, las relaciones entre ellos eran perfectas, se dijo, su cuerpo la buscaba cuando tenía necesidad de una mujer, y esa fidelidad por su parte se veía recompensada con el cariño, y la comprensión por parte de Elizabeth, una mujer que irradiaba dulzura. Decidió que a su vuelta le entregaría algo realmente importante, su seguridad. Se casaría con ella en espíritu, ella entendería que era la mujer más importante en su vida y en su futuro, cuando le confesará todos sus secretos, incluyendo su participación en la red de su padre.

Durante la cena examinó a su esposa como un experto examinaría una antigüedad que pretendiera comprar. Era toda una dama, no tenía duda, su comportamiento desde que la conocía había sido el correcto, a pesar de que él no se lo había puesto demasiado fácil al tratar de mantenerla a distancia. Intuía que su cuerpo sería delicioso, su rostro aquella noche tenía una luz que le tenía pendiente, sin querer, de cada uno de los gestos que hacía.

Ella se marchó a su habitación después de la cena. Él permaneció en el salón fumándose un puro y degustando una copa de brandy. Había decidido consumir su matrimonio aquella noche y se sentía como un joven a punto de estrenarse.

Cuando su marido entró en su habitación vestido solo con una bata, sus ojos se abrieron horrorizados y curiosos, se sintió como una gacela en el punto de mira de un cazador.

¿Estás nerviosa?— le preguntó.

—Un poco.— confesó.

Trataré de no hacerte daño, ¿Te han explicado lo que pasa entre un hombre y una mujer?

—No.— suspiró.— No debe ser algo demasiado difícil o la humanidad se habría extinguido hace siglos. Él sonrió divertido. Apretó la mano en un puño para evitar que ella pudiera darse cuenta de que estaba temblando. Se acercó a ella.

La calidez de su cuerpo y su aroma le resultaron excitantes, pero fue su sonrisa, una sonrisa producto de los nervios, lo que hizo que deseara besarla y comprobar que aquellos labios eran tan acogedores como le parecieron en aquel único beso que habían compartido.

Se acercó despacio hasta que sus labios se rozaron, ella cerró los ojos fuertemente, esperando, él estuvo a punto de reírse. Mientras la besaba, degustando el sabor de su boca, se sorprendió de lo mucho que le gustaba.

Puso sus manos a los costados de su cintura y la atrajo hasta tenerla pegada a su cuerpo, ella estaba temblando, deslizó sus manos por su espalda, tratando más de tranquilizarla que de excitarla, y la recorrió con su boca, arrastrando sus labios a lo largo de sus mejillas y su cuello, subió sus labios hasta atraparlos con sus dientes, después mordisqueó el lóbulo de su oreja. La sintió estremecerse en sus brazos. La vanidad masculina le llevó a sonreír sobre su piel.

Su deseo se inflamó y con un solo movimiento le sacó el camisón por la cabeza. Ella no tuvo tiempo de cubrirse, pues estaba de nuevo entre sus brazos, esta vez las manos de su marido vagaban libremente por la piel, como si quisiera aprenderla al tacto, haciéndola sentir como si fuera otra persona, su boca recorría su cuello mientras mantenía con su abrazo sus caderas juntas, meciéndose contra ella, volvió a su boca y la traspasó con su lengua. Reconoció el sabor de la pasión.

Los sentidos de la novia, estaban exaltados y volaban pesados y libres por encima de su pensamiento, ni se dio cuenta de cuando la recostó en la cama y se quitó la bata, de repente el tiempo tenía una dimensión diferente.

Su mente racional quería entender lo que estaba pasando, pero estaba perdida. Quiso concentrarse, pero la mano de su marido, acariciaba en pequeños toques sus muslos, una suave presión para que abriera las piernas, antes de que su mano alcanzara “aquel lugar”, ella de manera inconsciente apretó las piernas encerrándole la mano entre ellas, dejó de preocuparse por la mano, cuando su marido empezó a lamer y succionar uno de sus pezones.

Levantó apenas la cabeza para ver la imagen que estaban representando. Algo muy caliente le corrió el vientre. El glorioso cuerpo de su marido tendido parcialmente sobre ella, concentrado en su pecho, mientras su mano finalmente vagaba libremente por su entrepierna, una

descarga nerviosa la obligó a dejarse caer sobre la cama, después todo fueron emociones, sensaciones, y estremecimientos que recorrían su cuerpo por dentro y por fuera como una manada de gatos caminando por su piel con zapatos de plumas.

El supo en el momento en que ella se entregó, oía su corazón y su respiración jadeante, y la sintió estremecerse entre sus dedos mientras el pellizcaba con toques traviosos el centro de su placer, después la penetró con un dedo, y se movió dentro de ella, borró cualquier vergüenza comiéndole la boca, saboreando cada labio, su lengua, sus dientes, ella se mecía contra su mano, y añadió otro dedo más a su interior.

Los movía en círculos acariciando las paredes de aquel lugar secreto, húmedo y oscuro. Su boca la mantuvo distraída mientras se elevaba sobre ella, y deslizando los dedos hacia los muslos los separó lo suficiente para poder entrar en ella. La impresión fue brutal. Como caer de manera inesperada de una nube. De repente aquel lugar donde las sensaciones se habían transformado en una ansiedad creciente, se llenó de dolor.

Se sintió empalada en el peor de los sentidos. Ambos sintieron como se rompía su doncellez, pero mientras para él aquel estrecho pasaje era la más dulce tortura, para ella era una tortura, a secas.

¿Estás bien?— la susurro junto al oído. Una caricia de su aliento que apenas un minuto antes había conseguido erizarla la piel, ahora le resultaba irritante. Deseaba empujarlo y quitárselo de encima. Ella no podía saber lo difícil que le resultaba a su marido permanecer quieto, cuando su instinto y sus deseos estaban agonizando por la necesidad de moverse.

No.— dijo tratando de evitar su mirada.— ¿Podríamos dejarlo ahora?

—Ni aunque mi vida dependiera de ello.— suspiró él.— Te acostumbrarás.— la susurró.

Sus caderas empezaron a moverse, y ella sintió la fricción en su interior, un escozor molesto que se convertía en un dolor agudo cada vez que se movía. Apretó los dientes esperando la siguiente investida, y el malestar que la acompañaba y rezó para que aquello terminase pronto.

Edmund se obligó a ir despacio a pesar del enorme deseo de bombear rápido y duro en aquel cuerpo que había resultado ser infinitamente mejor de lo que pensaba. Para sorpresa de Rose, el escozor pasó y la sensación provocada por el lento movimiento, empezó a ser agradable, se relajó, y el

volvió a su boca, imitando con su lengua el juego de sus caderas. De repente el movimiento se aceleró, el embestía rápido en una sucesión de estremecimientos que la hicieron vibrar en aquel ritmo. Él gritó, un sonido animal. Durante un segundo la aplastó con su peso, después se retiró. Ella se sintió incompleta, como si le hubiera robado algo que no sabía que tenía, le recordó en alguna medida lo que sintió cuando empezó a leer un libro, para descubrir que faltaban las últimas páginas.

Como aquella vez, se quedó sin saber que venía después.

—Espero que no te haya resultado terrible.— le dijo recuperando el tono distante. Deberías lavarte antes de dormir. Se levantó sin mirarla siquiera. Ella le vio recoger su bata y ponérsela sobre un cuerpo magnífico, como si saliera del baño y no de una experiencia absolutamente trascendental. Al menos lo había sido para ella. Ansiedad, placer, dolor y más placer, y algo difuso que la mantuvo reflexionando sobre un no sé qué, una definición que se escapaba de su vocabulario. A pesar, del no sé qué, todo en su conjunto resultó una maravillosa experiencia para ella, que no parecía haber significado nada para él. Se sintió deprimida.

Estaba terriblemente laxa para levantarse, así que pereció pensando en lo que había pasado. La forma en que su piel respondía a su contacto. Sabía que los hombres podían hacer aquello sin amor, ¿Acaso no lo acababa de hacer ella?. En alguna parte de su cabeza pensó que aquel no sé qué, que buscaba, era la falta de amor. Imaginó que con amor no quedaría ninguna sensación pendiente y las emociones acabarían en un círculo perfecto.

Su marido en su habitación, reflexionaba también sobre lo que acababa de suceder. Nunca había sentido su piel erizarse por un mero contacto, ni su deseo estallar en aquella bomba que le había dejado con las piernas flojas y el corazón palpitándole como los cascos de un caballo desbocado. Nunca se había perdido tanto en la pasión, ni había gozado tanto. Ni siquiera con Lady Ocam cuando se convirtieron en amantes, ni cuando ella le enseñó cómo darle placer.

Pensar en su amante le hizo sentirse culpable. El había disfrutado de su mujer, mientras ella apenas soportaba a su marido. Cuando Elizabeth le buscó, él se resistió a pesar de lo mucho que la amaba. Cuando ella le suplicó con lágrimas en los ojos, que necesitaba quitarse de su piel el asco que sentía por el tacto de su marido, no pudo resistirse. Empezaron una

relación clandestina y discreta, que muy pocos conocían, sin embargo después de diez años de relación, eran pocos en Londres, los que desconocían dicha relación.

De repente se sintió culpable por pensar en su amante cuando acababa de consumar el matrimonio con su esposa. Una mujer que se le había entregado sin reservas. Su vanidad masculina se inflamó al pensar en cómo la había seducido con sus caricias hasta desterrar el miedo.

De nuevo, le asaltó la culpa por haber disfrutado con su esposa hasta olvidarse por completo de Elizabeth. Recordó la promesa que le hizo a su amada, de pensar en ella cuando tocara a su esposa, una promesa que no pudo cumplir desde el momento en que sus labios entraron en contacto con la piel de Rose.

Se sirvió una copa de brandy para tranquilizar su conciencia que aquella noche estaba especialmente activa. Odiaba sentirse vulnerable ante los sentimientos de los demás, pero así era él. Un hombre que trataba de hacer lo correcto y que cuando podía, intentaba evitar causar dolor a los demás. Y el dolor que imaginaba estar causando a ambas mujeres le estaba volviendo loco.

En aquel momento su memoria le trajo el momento en que le había comunicado a Elizabeth su decisión de casarse.

Tendida en el lecho y abrazados después de haberse amado de forma tranquila, se lo dijo.

—He decidido casarme.. ¿Has conocido a alguien?— la pregunta la esperaba, pero no así el grito ni el empujón que casi lo sacó de la cama. Elizabeth nunca perdía los nervios, como él, por eso es que se entendían tan bien.

Necesito un heredero.

—Supongo que aunque Ocam muriera mañana, no te casarías conmigo. — Nunca la había visto tan furiosa.. Por supuesto que lo haría. Prefiero vivir contigo sin hijos, que sin ti.— Ambos sabían que estaba mintiendo. Ella llevaba casada once años y no se había quedado embarazada en ese tiempo, ni de su marido, ni de Edmund. Pero estando casada y gozando tu marido de una salud de hierro, debo estudiar el resto de las opciones.

Eres joven. Puedes esperar.. Ya está decidido.— su voz sonó lo suficientemente grave para hacerla comprender que nada podía hacerle

cambiar de opinión.— Mi matrimonio no cambiará nada entre nosotros.

No pudo explicarle que su decisión estaba basada en su deber de tener hijos para el título, hubiera sido demasiado humillante para ella. Algo que era importante para él. La única mentira que recordaba haberle dicho nunca.

El era testarudo, cuando tomaba una decisión nadie conseguía que se retirase un centímetro de su trayectoria, ni los reclamos ni el llanto de Elizabeth lo consiguieron. Se lo debía a su padre y al título.

Sentado mirando a través de la ventana, recordó la forma en que su padre le convenció de tomar la decisión que le había llevado a ese momento. No estaba arrepentido en absoluto, llevaba demasiado tiempo manejando los sentimientos de culpa y conseguía desprenderse de ellos con demasiada facilidad, pensando en otras cosas. Y esas otras cosas en aquel momento, fueron las palabras que su padre le dijo para convencerle de que se casase, ocho meses atrás.

Aun cuando pudieras esperar para casarte con “esa mujer”. — era el término que siempre empleaba su padre para referirse a Lady Ocam.— Ella no te daría hijos. Su reputación ha sido dañada y ni su título de condesa, ni el que tu pudieras darle, restablecería su nombre.

Nadie sabe que somos amantes, hemos sido discretos.. Demasiada gente lo sabe para mi disgusto. Aprecio a Ocam, además goza de excelente salud y acabarás por convencerte que no se va a morir sólo porque a ti te convenga. Podría darse el caso, de que cuando quieras reaccionar, seas demasiado viejo y sólo puedas conseguirte una esposa cuyos padres estén más interesados en tu título y tu dinero, y entonces te convertirías en lo mismo que has hecho de Ocam, un cornudo. ¿Acaso ese es el camino que esperas tomar?

¿Conoces a una mujer que pueda ser fiel a un hombre que no tiene intención de renunciar a su amante?.— Su tono fue desafiante.

—Así es. Edmund supo que aquella conversación había sido una trampa que su padre había tejido con gran habilidad, hasta llevarle a tomar la decisión de casarse, una decisión de la que no podría volverse atrás.

Cuando su padre le habló de la señorita Redclive, y de todas las virtudes que le adornaban no le prestó demasiada atención. Sin embargo,

antes de hacer la petición formal decidió hablar del asunto con Virgil Redclive, el hermano de la novia y su amigo.

Amo a otra mujer.— le dijo a su amigo.— Y no voy a renunciar a ella. Esperó para evaluar la reacción de Virgil. Este no pareció tomárselo mal.

Si la tratas con respeto, eres discreto respecto a esa otra mujer y la permites vivir en Corthouse para que pueda estar cerca de nosotros, no veo en que puede perjudicarla. Rose es la persona más racional que conozco. Ella entenderá que este matrimonio sólo pretende darle un heredero al título, no te dará problemas. Pero si la tratas mal, te mataré.

Lo cierto es que no pensaba tratar a Rose ni bien ni mal, hasta aquella noche. Pensó que podría tomarla sin involucrarse. Se equivocó.

Capítulo 2.

Fowey. Diciembre de 1804.

SU relación cambió a pesar de ellos mismos.

Por la noche, después de los fuegos artificiales que estallaban en sus sentidos, su marido la dejaba sola en la cama, Rose se sentía cada vez más esperanzada de alcanzar su corazón. Su mente lógica analizaba aquellos encuentros, y no encontró en ellos nada que pudiera ser objetable, más bien al contrario, la pasión que compartían era algo que, estaba convencida, no podría alcanzarse sin algún tipo de amor. Ella ya empezaba a notar el cosquilleo en su corazón, quizás a él también le estaba naciendo el amor, pensaba ella cada noche, aún cuando le disgustaba que él abandonase la cama tan rápido como se reponía. No le dio importancia, pues el único conocimiento sobre el matrimonio que llevo a su boda, era que los esposos tenían habitaciones separadas.

Por el contrario, él trataba de convencerse, cada noche, que su corazón pertenecía a Lady Ocam, y que sólo estaba engendrando un heredero para el título, una tarea que cada noche le gustaba más, y que hacía que se olvidase hasta de sí mismo. Apenas regresaba a su cuarto, trataba de pensar en Elizabeth, pero la imagen de Rose apasionada en sus brazos empezaba a difuminar sus sentimientos por la condesa de Ocam. Pero no quiso pensar en eso, él había prometido a Elizabeth que no la olvidaría, ni la dejaría y él siempre cumplía sus promesas.

Ella dejó de intentar comprenderle, disfrutaba de sus noches, y aunque la ignoraba durante la mayor parte del día, al menos, durante la comida y la cena conversaban. Algo que a los dos les resultó fácil, a pesar del equipaje

de silencio que ambos arrastraban, ya que los temas que trataban nunca eran personales.

Hablaban de la casa, de los conocidos que ambos tenían en Londres, o de los planes de Rose para construir “su rincón” en Oxford. Él la escuchaba, pero a veces perdía el interés por completo y se levantaba dejándola con la palabra en la boca. Al principio se desconcertó, después se enfadó, y por último se resignó a no terminar ninguna conversación con su marido.

Pensó que él tenía alguna especie de tara, lo que explicaría la forma en que la había elegido para casarse, quizás tuviera problemas para comunicarse, o las mujeres le ponían nervioso. Aunque a un nivel más primitivo, más básico, cuando se dejaba llevar por la pasión y no había palabras que se interpusieran entre ellos, la comunicación no podía ser más perfecta.

Se acercaba la navidad, y a pesar que Jenny le daba toda la conversación que necesitaba, se aburría mortalmente, así que empezó a trabajar en sus libros. En cuanto su padre le habló de que el antiguo código había sido descubierto, se le ocurrió una forma para identificar a la persona que mandaba el mensaje.

Ahora estaba trabajando en la firma y en un nuevo código, quizás resultara demasiado complicado para su uso, pero le mantenía la mente ocupada y apartaba de su alma la soledad que le producía el silencio de su marido. Cada palabra cifrada se correspondía con una operación aritmética que se multiplicaba o dividía por un número que se correspondía con el codificador. De esta manera, no hacía falta un libro de claves donde las palabras simplemente se trasladaban de un papel a otro señalándose su significado. Para descodificar el nuevo sistema, habría que hacer una serie de operaciones que harían cada mensaje único, y la posibilidad de descubrir el código por los enemigos casi imposible.

Por fortuna, el no sé qué, que había faltado en sus primeras relaciones con su marido, se presentó por sorpresa una de aquellas noches, dejándola en un estado de idiotez profunda, aun cuando descubrió la esencia de lo que acababa de encontrar, seguía refiriéndose a eso, como el no sé qué, una definición privada para unas sensaciones que la hacían explotar por dentro y por fuera, dejándola sin respiración y sin energía. El no sé qué, se hizo

presente todas las noches, dejándola en un estado de aturdimiento puro que no le permitía pensar con claridad, se dormía tan rápido que ni siquiera era consciente de cuando su marido volvía a su propia habitación.

No pensaba demasiado en lo que sentía. Su piel y su cuerpo amaban a su marido, eso era algo que no podía negarse, aunque tratara de convencerse de que aquel amor no alcanzaba órganos internos y sólo existía en la superficie de su piel.

Poco después de navidad tuvieron la visita de dos hombres, aunque a uno de ellos ni siquiera alcanzó a verlo. El otro le fue presentado como Lord Peter Horton, hijo del marqués de Surrey al que había conocido el día de su boda.

Tuviste que conocer a todos mis hermanos, somos ocho. Yo soy el segundo varón, el repuesto del heredero. Hay un segundo repuesto, mi hermano Charles, pero me temo que esta echado a perder. No sirve ni para marqués ni para duque.

Mi tío, el marqués de Surrey es el heredero del duque de Gloucester.— le explicó Edmund. Rose ya lo sabía. Pero aun cuando no se lo hubieran dicho antes de la boda, era capaz de recordar a todos los invitados, sus nombres, sus títulos y hasta el color de sus trajes.

La navidad fue menos triste con la presencia de Lord Horton. Este era bastante divertido, y conseguía hacerla reír contándole muchas de las cosas que le habían pasado a lo largo de su vida.

Por las mañanas, los primos se reunían en el estudio a puerta cerrada, mientras Rose salía a pasear por el bosque, hacia su valle secreto.. Es encantadora.— le dijo Peter una mañana.— ¿Es familia de Virgil Redclive? . Su hermana.

—¿Sabías que Virgil también trabaja para Lord Sterling?

—¿Virgil?

—El mismo. Trabaja directamente con Redhouse, el codificador de Sterling.

No lo sabía, pero no me sorprende es una de las personas más inteligentes que conozco.

—Bien. Vayamos a lo nuestro. Antes de que se me olvide, quiero que guardes esto bien.— sacó una carta lacrada y se la entregó.— Es mi testamento, por si acaso algo pasara. Está codificado.

Así que piensas morirme dando trabajo.— bromeó Edmund.. No pienso morirme. Pero es una posibilidad. El comandante Blanche quiere a Redhouse, así que cuando vuelvas a casa vigila a Virgil. Sterling lo sabe también, así que me imagino que habrá tomado medidas. Por otra parte hemos infiltrado a un hombre en la red francesa que opera en Londres. Yo soy el único enlace, si algo me pasara, en la carta encontrarás la forma de ponerte en contacto con él.

¿Por qué eres tú el único enlace?. No es lo habitual.

—Digamos que esa persona sólo trabajara conmigo. Pero no deseo que quede al descubierto si algo me pasa. Y confié en que hagas lo que puedas por ayudarlo. . Por supuesto.. Se espera que se produzca una reunión en breve, durante la primavera en Londres. Entre los que asistirán a la reunión hay dos personas que se conocen como Prometeo y Perseo.— Al ver la expresión de su primo, se rió.— No me preguntes porque no tengo ni idea de por qué.

No iba a preguntar.. Mejor. Se sospecha que uno de ellos es un militar británico con acceso a información reservada y el otro es un aristócrata, posiblemente francés o belga. Mi contacto ha intentado seguirlos en varias ocasiones, pero sólo tiene una mera descripción de ambos. Perseo sería el militar, de unos treinta y pocos años, educado sin llegar a ser un verdadero caballero, aunque no se descarta que pueda ser hijo de algún noble empobrecido. Alto, rubio, ojos azules. Una aguja en un pajar.

¿Y el otro?. Prometeo es un hombre de unos cuarenta y muchos años, no demasiado alto, obeso y sus ropas son de muy buena calidad, pero viste con mucha sencillez, por lo menos a las reuniones donde va. Tiene un anillo con una letra, una S, Las joyerías de Londres han perdido la cuenta de los anillos que venden a diario con alguna inicial. Así que esta no será una búsqueda fácil.

¿Tenemos alguna idea de lo que andan buscando?. Planos de situaciones de tropas, barcos de guerra, y a Redhouse, Aunque a este último lo busca también un hombre de Blanche, aún no hemos podido identificarle, pero no creo que sea difícil, se espera que desembarque en Bristol el próximo día 4 de enero. Sterling tiene hombres esperando su llegada.

Durante la comida de aquel día, Peter y Rose descubrieron su afición por la jardinería y la joven vizcondesa pudo, por fin, hablar abiertamente de su proyecto de realizar un jardín, así como la forma en que desviaría el agua del río para proceder a su riego de manera natural.

Edmund estaba cada vez más molesto por aquella afinidad entre su primo y su esposa. Aunque reconocía el tema, Rose había empezado a contárselo, y él había sentido deseos de involucrarse en el proyecto hasta que la imagen de Elizabeth rompió el momento, y se marchó bruscamente para romper el hechizo que Rose solía tejer con cada una de las palabras.

No participó en ninguna de las conversaciones que mantuvieron Peter y Rose durante las veladas en las que Lord Horton permaneció en la casa, aunque descubrió muchas cosas de la mujer con la que se había casado. Cosas que desearía no saber porque conocerla hacía que le gustase bastante más de lo que ya le gustaba.

Por fin, Peter y el hombre que le había acompañado se dispusieron a irse. . Despídeme de Rose.— dijo Peter.

Cuídate. Nos veremos en Londres. Mañana nos iremos. Así que lo que sea, envíalo a Corthouse. Poco después el posadero de Fowey trajo unas cartas y unos paquetes. Edmund examinó el correo y separó una carta del Sr. Redclive para su hija. Procedió a abrir el paquete y en su interior encontró un retrato de Elizabeth y una carta. Reconoció la miniatura, representaba a una Elizabeth de la época en que la conoció. Y el pintor había sabido captar toda la belleza de sus rasgos. Por alguna razón, su belleza no le conmovía de la misma manera, aun así no pudo evitar fantasear con ella, con tenerla en sus brazos.

Metió el retrato en la caja, y lo puso sobre la mesa para no olvidar guardarlo y llevarlo a Londres con él. No reconoció a Elizabeth en la carta que estaba leyendo. “Estimado Vizconde de Cortwind, supongo que las promesas hechas a una mujer enamorada no tienen ninguna validez y no se pueden reclamar ante un tribunal. Pero yo te reclamo. Eres mío así como yo soy tuya. Me prometiste que tu matrimonio no cambiaría nada en nuestras vidas, y pronto habrá pasado un mes, y ni siquiera me has escrito, no sé cuando volverás a Londres, o si volverás a mí.

Ocam se ha marchado a Escocia con un grupo de extranjeros. Yo me he quedado en Londres para esperarte, pero te advierto que si no estás en

Londres para año nuevo, encontraras otro hombre ocupando tu lugar.

¿Te importa?. Espero que sí, porque a mí me importa que en tu cama haya otra mujer. ¿Te dolería? Espero que te mate, como a mí me está matando. No me consuela tu promesa de pensar en mí cuando estés en su cama.

Puede que ella lleve tu anillo, pero yo soy tu mujer, y te exijo que vuelvas a casa de inmediato o te juro que lo lamentarás.

Firmado. Lady Elizabeth, condesa de Ocam.”La ira empezó a treparle. Durante su relación, Elizabeth siempre se había mostrado como una mujer vulnerable, que le necesitaba, pero no reconocía a la mujer que reclamaba, exigía y amenazaba.

Metió la carta en la caja, junto al retrato, y revisó el resto de la correspondencia, comprobó que eran facturas en su mayoría, miró la caja casi con rabia, y la metió en uno de los cajones del escritorio. Estaba impaciente por salir de allí y calmar la furia, no se dio cuenta de que una de las solapas de la caja quedo encajada, y el cajón quedo medio abierto.

Cuando Rose volvió de su paseo, el Sr. Paul le informo que había llegado una carta para ella y que estaba en el estudio. Se sentó tras el escritorio donde aún permanecía el olor a sándalo de Edmund, durante unos instantes saboreó el aroma, y rememoró el ardor de sus noches, cabeceó para desprenderse de las sensaciones y se puso cómoda para leer la carta. Estaba codificada, por supuesto.

Su padre le hizo una divertida narración de anécdotas cotidianas que habían ocurrido durante su ausencia. Le informaba que su hermano había sido llamado por el Lord del Almirantazgo y que le habían dado un puesto importante en el ministerio de la guerra, desde el que podía aspirar a puestos políticos si conseguía no defraudar la confianza que se había depositado en él. La fortuna de los Redclive era moderada y su linaje, aunque tan rancio como él que más no le daba acceso a las altas esferas, pero si Virgil conseguía entrar en el gobierno, era bastante probable que consiguiera un título de caballero.

Deseaba tanto regresar a casa, pero temía que al hacerlo perdiera aquellas noches de intimidad. Seguramente una vez en Corthouse, su marido viviría en Londres y la visitaría simplemente para completar su objetivo, suponiendo que no hubiera cumplido con él en aquellas noches.

Pensó en la posibilidad de estar en cinta y se sintió entusiasmada con la idea. Aunque aquello podría significar el fin de su intimidad.

Le invadió el desánimo. Trato de encontrar ventajas a su situación, el título de condesa que heredaría algún día, no lo consideraba una ventaja, pero lo sumó, la libertad de vivir a menos de diez minutos de la casa de su padre, y la libertad de poder seguir trabajando con él, y su jardín, por supuesto, uno que aunque inexistente en la realidad, estaba perfectamente trazado en sus más mínimos detalles en su cabeza.

Imaginó a su hermano Virgil casado y a los hijos de ambos jugando juntos en “su jardín”, ya había previsto un pequeño estanque donde podrían bañarse y nadar. ¿Qué importaba lo que no tendría en su vida, cuando podía llenarla de tantas cosas estupendas? Rompió la carta en pedacitos, y la depositó en un cenicero, abrió un cajón para buscar cerillas y quemar los restos de papel, cuando se dio cuenta de la caja encajada, la sacó para volver a meterla de nuevo y entonces, vio el retrato. Y después vio la carta. Y la leyó. Y el mundo se derrumbó.

Deseó encerrarse en su habitación, pero la idea de estar donde su marido la había tocado pensando en otra mujer, la espantó hasta la repugnancia. Entendió entonces claramente todos los signos que no había sabido interpretar antes de leer aquella carta. El maldito gato por fin se apareció.

Su esposo sólo era complaciente cuando imaginaba a otra mujer en su cuerpo, ni siquiera la soportaba cuando la veía a ella misma, por eso huía a su habitación después de hacerle el amor y se marchaba antes que ella pudiera terminar una frase. Que estúpida se sentía.

Se sintió usada. Sucia. Insegura y dolida. Comprendió de golpe por qué su marido la había elegido a ella. Casi se rió. Le pidió al mayordomo de nuevo su capa y se dirigió al acantilado, pero esta vez no se detuvo en su valle escondido, caminó bordeando y saltando las piedras que conducían a la playa. Llevaba botas de suela dura y apenas tuvo problemas en llegar a la arena. El viento lanzaba la arena contra su cuerpo y su cara como pequeños proyectiles, el dolor de las pequeñas laceraciones casi fue un alivio. Trató de racionalizar la situación.

Comparó aquel dolor sordo que sentía en aquel momento, con el otro, el que sintió cuando en su primera temporada el hombre que amaba, y que

decía amarla la había abandonado, decepcionado y humillado.

Amó a Lord Mortimer con un corazón entregado, pero apenas se conocían y olvidarlo no fue tan difícil, perdonar la ofensa le seguía resultando imposible. Arrastrada por el viento, y golpeada por la arena sentía un cierto consuelo, eran el abrazo que nadie más le daría en aquel momento, empezó a recordar sus últimos momentos con Lord Mortimer, su pensamiento lo trajo de vuelta como para demostrarse que estaba condenada a no ser amada.

Jenny la había ayudado a ponerse el vestido de paseo color lavanda, ambas estaban riéndose, felices porque esperaban la llegada de Lord Mortimer. Cuando bajó al salón, vio que una dama lo acompañaba.

Al principio no la reconoció, sólo tenía ojos para su enamorado. Qué hermoso le parecía Lord Mortimer, en aquel entonces.

Se sorprendió al reconocer a la dama que acompañaba a su pretendiente, era la señorita Crouser, hija de un banquero americano.

No tuvo tiempo de ofrecerles un refrigerio, Lord Mortimer dio un paso hacia ella, y con una voz que no reconocía empezó su discurso.. Espero que sepa disculpar mi falta de tacto.— aun podía verle envarado, vestido con un traje que delineaba un cuerpo esplendido.— Mi prometida considera, que quizás usted se haya imaginado que tengo un interés romántico hacia usted. Estando próximos a casarnos, he decidió decirle frente a ella que nunca ha sido así, y si mi comportamiento cortés, le hizo pensar otra cosa, lo lamento profundamente.

Vio como la joven pareció satisfecha, y ambos se fueron dejándola aturdida y confusa. Siendo aquel un golpe duro de aceptar, lo hizo utilizando toda su capacidad de comprensión. Lord Mortimer era el segundo hijo de un vizconde sin futuro propio, dependiendo de la buena voluntad de los demás. El la había hecho partícipe de sus sueños, y conseguir un puesto de administrador o secretario que, junto con su dote sería suficiente para un futuro agradable. La joven era inmensamente rica, la única hija de un banquero y magnate americano. ¿Cómo no iba a comprender que él decidiera asegurar su futuro?. Pero, ¿era necesario humillarla frente a ella?

Pero lo que no pudo comprender ni perdonar, fue la proposición que el mismo hombre se había atrevido a realizarla tres días después.. Me caso

con ella por el dinero.— la dijo.— Es algo bastante común, pero lo que siento por ti es extraordinario, algo a lo que no puedo renunciar. Pasaremos una temporada en América y a mi regreso, viviremos nuestro amor.

¿Estás loco?. No debería decírtelo, pero la señorita Crouser tiene una grave enfermedad, no vivirá mucho tiempo, por eso su padre esta tan decidido a casarla con quien ella quiera. Quizás a mi regreso sea un viudo rico. ¿Me esperarás?

No lo haré. Pero si me amas, olvídate del dinero. Saldremos adelante. . No depende sólo de mí. La familia, las deudas. Mi hermana. Por Dios prométeme que me esperarás, o me volveré loco.

—No te esperaré. Puedes tenerme y sin embargo me abandonas. No, no te esperaré y te olvidare tan pronto como te hayas ido. Y así fue, sus sentimientos por Lord Mortimer desaparecieron a fuerza de voluntad y de idear códigos que la mantenían el pensamiento ocupado. Pero el engaño y la humillación no se lo perdonó nunca. Le resultó obvio que había cortejado a la heredera al mismo tiempo que la hablaba de amor. Y para una persona con los principios de Rose, el simple hecho de haberla propuesto una relación adúltera, acabo con todo el respeto que le tenía.

Decidió desterrar la esperanza de su vida. Cada vez que una luz se encendía en su corazón, se apagaba sin haber llegado a iluminar lo suficiente para que valiera la pena.

Después de concluir que no tenía capacidad para interpretar el comportamiento del género masculino, adoptó la única decisión que le pareció sensata y la única que podría protegerla de los hombres en general y de su marido en particular.

De regreso a la mansión, siguió reflexionando, seguramente su marido decidiría volver a Londres, pero ella no se quedaría allí, aunque tuviera que escapar a escondidas, ella volvería a Oxford, a la casa de su padre. Viviría allí el resto de su vida, sola y aislada de un mundo que no comprendía, un mundo inexacto del que no podía deducirse el resultado con la mera observación de los hechos.

Siguió enumerándose todas las verdades que debía asumir. Su marido no sentía ningún afecto por ella. La pasión no era más que el reflejo de la que él sentía por lady Ocam. Fue capaz de controlar su imaginación para evitar que se formaran imágenes de su marido con otra mujer, por fortuna,

no recordaba a Lady Ocam de su breve temporada social, pero el maldito retrato hizo que aquellas imágenes fueran aún más dolientes, la mujer era bellísima. Se detuvo, sorbió las últimas lágrimas que estaba dispuesta a derramar por su fallecido matrimonio y respiró profundamente. Establecidas las pautas de actuación, se reprochó todos los anhelos y las esperanzas que había alentado durante su breve matrimonio, en especial el deseo de llamarle por su nombre, Edmund. La rabia ocupó el lugar de la pena.

Cuando entró a la casa, su marido estaba enojado. Un matiz en su rostro impermeable, un ligero estrechamiento de los ojos al mirarla y una pequeña rigidez en la boca. Deseo ser el doble de grande para poder golpearle.

¿De dónde vienes?— le preguntó.. Estuve paseando por los acantilados. — Evitó mirarle para mantener la compostura, quería llorar como una niña y golpearle como una fiera, se controló para no hacer ninguna de esas cosas.

Prepara el equipaje. Regresamos a Londres. ¿Cómo es posible que el corazón pueda romperse dos veces, acaso el corazón es un órgano estúpido?, se preguntó. Sintió cada frágil pedazo de su voluntad tirar de las riendas. Por supuesto, después de la carta, desearía poder encontrarse con su amante aprovechando que el pobre marido estaba ausente. Le miró sin poder evitar el desprecio que le inspiraba.

¿Me dejarás en Oxford?

—¿Es eso lo que quieres?— preguntó él indiferente.

—Sí.

—Nos marchamos en una hora.— dijo dándole la espalda.

Se encerró en el estudio, tratando de tranquilizar sus demonios. Él mismo acababa de regresar después de haberla buscado por los acantilados. Sabía que había leído la carta de Elizabeth. La caja no estaba en el cajón donde la había dejado sino encima de la mesa. No pudo soportar imaginar lo que ella pensaría de él, al descubrir la carta de su amante.

Ni quería, ni deseaba contarle a su esposa sobre Elizabeth en aquel momento, estaba enfadado con las dos, por haberlo confundido y ser incapaz de reconocer sus propios sentimientos hacia ellas. Elizabeth había sido su único amor durante demasiado tiempo, y si no la amara todavía, no hubiera sentido la rabia que sintió, cuando le anunció que se buscaría un

amante. Sin embargo, Rose, era cálida y acogedora y la idea de lastimarla le había vuelto loco. Hasta que se topó con su indiferencia y su desprecio. Una indiferencia que no esperaba que le molestase tanto.

El viaje de vuelta fue silencioso, pero esta vez fue un silencio diferente. Un silencio cargado de dolor y de remordimientos.

—Preferiría no sufrir las molestias de la intimidad durante el viaje de vuelta a casa.— le dijo ella.. Creo que debemos aclarar algunos asuntos. — Su voz era dura.— Este es un matrimonio acordado, no sé qué esperabas conseguir tú, pero yo me casé para conseguir un heredero. Lamento que te hayas enterado de la existencia de Elizabeth, pero así son las cosas.

—Si hubiera sabido que existía otra mujer no me habría casado contigo.

Si no existiera otra mujer, yo no te habría elegido a ti.— Estaba enfadado con él, con ella y con Elizabeth, y aunque sabía que estaba siendo especialmente cruel con sus palabras, necesitaba desahogarse.

Ella se dolió del golpe. Le miró con desprecio.. Es posible que ya haya cumplido mi parte del acuerdo.— le dijo.— Si no estuviera embarazada, lo que sabré en unos pocos días, una semana a lo sumo, te dejare volver a mi cama. Así son las cosas.

El se acercó a ella, la tomó bruscamente por los brazos y la besó con furia. Ella se resistió al principio, cuanto más peleaba ella para soltarse, más se excitaba Edmund, pareció que ella finalmente se relajó entre sus brazos, y sus besos se hicieron menos agresivos. En el momento que la soltó los brazos para quitarle la ropa, sintió el rodillazo en su entrepierna.

Tendido en el suelo, ella le siguió golpeando con los pies desnudos en las costillas, cuando comprobó que se estaba haciendo más daño que el que provocaba, buscó por la habitación y encontró un zapato, lo cogió y empezó a golpearle en la espalda mientras él, más recuperado, empezó a levantarse.

No tuvo problemas en desarmarla.

—Te tendré cuando te desee.— Dijo y dios dos pasos hacia ella, ella retrocedió.

Si te atreves a tocarme juro por Dios, que lo pagarás. Te avergonzaré y te humillaré, y después te mataré.— Edmund se dio cuenta de que hablaba en serio y el odio que vio en los ojos de Rose, le paralizó.

Las palabras de alguna manera le hicieron comprender lo que parecía estar a punto de hacer. El deseo y la rabia habían tomado el control de su mente, respiró profundamente para tranquilizarse.

Esperaremos a saber si estás o no embarazada. Si no lo estás cuando volvamos a Londres, vete haciendo a la idea de que compartiremos la cama. Sólo me he casado para tener hijos legítimos, y tú aceptaste eso cuando te casaste conmigo. Lamento que te hayas enterado de mi relación con Elizabeth, pero es algo que debes afrontar y asumir.

Si no estoy embarazada, te admitiré en mi cama. Pero no ahora, ni dentro de unas semanas. Te avisaré cuando se me haya pasado el asco que me das. Las palabras de Elizabeth y de su padre llegaron a su memoria en una sola frase de dos voces, aun siendo conversaciones diferentes, “Ocam me da repugnancia”, “¿quieres esperar a que otra mujer haga de ti lo que tú has hecho con Ocam?”. Sintió que el estómago se le revolvía. La idea de que Rose pudiera buscar a otro hombre era algo que le desangraba por dentro y hacia correr la rabia por sus venas.

Deseó poder tomarla contra su voluntad y reclamarla como un antiguo guerrero primitivo, atarla a la cama, la rabia y el deseo se agolpaban en su mente y en sus genitales, la deseaba como nunca antes había deseado a ninguna otra mujer. Supo que si no estuviera Elizabeth en su vida, la habría reclamado con su cuerpo y su vida.

Cuando llegó a su habitación estaba terriblemente afectado y confuso. Trató de convencerse que el amor de su vida era Elizabeth, una mujer a la que había amado durante más de diez años, olvidándose de sus principios y de su voluntad, un amor diferente lleno de ternura y de un sentimiento etéreo y dulce, como la propia Elizabeth.

De repente la relación con su amante, su amor, le pareció una cuerda atada a su cuello. Algo que le impedía maniobrar sin ahogarse. Rose había resultado mejor de lo que esperaba, pero ahora, no podía cambiar los términos del acuerdo, en cuanto ella le proporcionara el heredero reclamaría la libertad prometida. Se convenció a sí mismo que así tenía que ser. Y que tenía que volver a los brazos de Elizabeth para recuperar la paz mental y física, pero no quería renunciar a Rose.

Ensilló su caballo, y se marchó dando órdenes a los criados y al cochero, que llevaran a su esposa directamente a Oxford.

Cinco días de trayecto en la soledad del carruaje terminaron de convertir en certeza todos sus miedos. La ayudaron a decidir sobre su futuro, también. Cuando Rose llegó a su antigua casa, su padre la recibió en un abrazo de oso. Nunca imaginó que pudiera sentirse tan reconfortada, se apretó contra él. Y abrazados entraron en la casa. Los criados y el coche cargado con sus baúles quedaron esperando en la entrada de la pequeña casa familiar.

Me alegra que hayas pasado por aquí antes de ir a Corthouse.— dijo su padre sentándose junto a ella en el sofá que había frente a un cálido fuego en la sala de visitas.

Quiero quedarme aquí.— dijo mirándole, sus ojos dejaron asomar la tristeza y el dolor que había estado conteniendo durante el viaje.. ¿Qué ha ocurrido?— preguntó tratando de mantener la calma, pero con deseos de aplastar el cráneo del vizconde por haberla causado el daño que se reflejaba claramente en su mirada. Seguramente si hubiera estado allí, lo hubiera hecho, pero solo podía preguntar.

No deseo continuar mi matrimonio. He decidido abandonar a mi marido. ¿Me permitirás quedarme contigo? como si fuera un animal herido, su padre le acarició la espalda, ver el dolor de su hija le hizo desear matar al hombre que, erróneamente, pensó podía ser un buen marido para su pequeña. Y deseó matar al conde, y matarse él mismo.

Cuando el conde de Carrick y él pensaron que aquel matrimonio podía darles a sus hijos una oportunidad para olvidar el pasado, no esperó ni remotamente que pudiera ver a su hija tan infeliz.

¿Te ha lastimado de alguna forma?

—¿Sabías que tiene una amante?

La expresión de su padre, le dijo que lo sabía. Durante un momento lo miro como si fuera un traidor. Se deshizo de su abrazo.. Muchos caballeros tienen amantes. ¿Y qué importancia tiene que busquen una amante durante el matrimonio, o que la tengan antes de casarse?— dijo más tranquilo y tratando de explicar su opinión, sus palabras no tuvieron sentido para ella, porque solo reflejaban el punto de vista de un hombre, un género, que decididamente ella era incapaz de comprender. A todos los efectos, tú serás su esposa, la madre de sus hijos, vivirás a pocos minutos de tu familia. Si él tiene una amante, mejor para ti, eso te permitirá disfrutar de tu libertad.

Debiste decírmelo. Seguramente no lo hubiera aceptado, o quizás sí, no lo sé, pero mi actitud hubiera sido diferente, no hubiera tratado de complacerle para que pudiera sentirse cómodo en este matrimonio, si lo hubiera sabido, habría protegido mi corazón y mi orgullo.

Los hombres somos volubles dijo su padre. Y egoístas, y especialmente estúpidos. Pero tú eres un verdadero diamante. No teníamos dudas de que cuando te conociera se sentiría atraído por ti.

Ni siquiera ha tratado de conocerme, sólo me ha usado mientras pensaba en ella escupió con rabia.

—¿Eso te ha dicho?— preguntó enfadado.. ¿Decirme?— estaba rabiosa.— No recuerdo haber mantenido una conversación con él tan profunda, apenas me hablaba durante las comidas, el resto del tiempo lo he pasado sola.— Por un segundo recordó las noches, pero borró las imágenes de su memoria.— Encontré una carta de su amante. Tuvimos una discusión y le eché de mi cama.

¿Puedes estar embarazada? . Es pronto para saberlo.

Diez minutos después, el honorable Sr. Redclive ordenaba al cochero que descargaran el equipaje de su hija, y los envió a la casa del conde.

Capítulo 3

Londres, Enero de 1805

LORD Charles Horton, era el tercer hijo varón del marqués de Surrey, y el que nació en quinto lugar. Tenía veinticuatro años, y su fama de mujeriego y perverso le perseguía desde que cumplió los veintidós años, edad a la que la cortesana más famosa de Londres le acogió en su seno y en su cama.

Madame Celina había hecho correr el rumor que era la hija de un conde francés, que fue guillotinado en Francia, eso le daba un “saber estar” que todos parecían valorar. Era una mujer hermosa, pasaba los treinta años, pero su cuerpo era escultural, sus pechos eran enormes y destacaban sobre una cintura delgada y unas caderas anchas. Era la dueña del “Celina”, un local que ofrecía en los salones de la primera planta, juego, bebida y conversación con las chicas, con las que los hombres podían subir a la segunda planta. Pero también facilitaba otro tipo de servicios, más exclusivos.

Sus habitaciones estaban en un edificio anexo al local, un lugar al que sólo se podía acceder a través del club y de sortear varios matones especialmente sanguinarios, que eran los encargados de mantener la paz en el local.

Lord Charles Horton se había trasladado a vivir allí desde abril del año anterior, desde que su padre, le negó la asignación para obligarlo a cambiar de vida. Faltaban seis meses para que cumpliera los veinticinco y tener acceso a la herencia que le había dejado su abuela, la duquesa de

Gloucester y mientras tanto era conocido en Londres, por ser el mantenido de una cortesana.

Ni siquiera juntos, él y su hermano Peter parecerían de la misma familia. Mientras Peter tenía el pelo rubio oscuro y ojos azules, una apostura militar que llamaba la atención tanto con su uniforme como sin él. Charles, en cambio, era moreno y tenía los ojos pardos, de un gris oscuro y su boca tenía una media sonrisa permanente, que lo hacía parecer perverso e indolente. Cuando conoció a Madame Celina, era poco más que un imberbe que no había tenido más experiencia con las mujeres que unos manoseos con alguna criada, o un polvo rápido con alguna prostituta.

Durante mucho tiempo estuvo encadenado a Celina por sus manos y su boca, ella le enseñó como satisfacer a una mujer, y como una mujer podía volver a un hombre del revés. Fue en esa época cuando Celina le cobraba los servicios sexuales con favores.

Así fue como Lord Charles Horton empezó a colaborar con los franceses. Al principio, ni siquiera sabía que lo estaba haciendo. Se limitaba a entregar cartas, mensajes, paquetes, a viajar a Calais, para reunirse con amigos de Celina que a su vez le entregaban cartas, paquetes, mensajes y dinero.

Cuando se enteró, no pareció importarle, con el mismo aspecto indolente e indiferente con el que se conducía en la vida, le pidió a Celina una retribución económica por su participación.

Si van a colgarme por traidor.— le dijo.— Al menos quiero disfrutar de una buena vida, y eso es algo que el dinero me puede conseguir.

—No seas avaricioso, mi querido amigo.— le ronroneó Celina paladeando su acento francés.— Este asunto es peligroso, mejor es no saber.

Es peligroso y emocionante. Y puede ser muy lucrativo. ¿Por qué no me permites entrar?.. Te aprecio, mi buen amigo. Si entras no podrás salir. Ahora todos piensan que te estoy utilizando y que eres tan estúpido que no sospechas nada. Ahora haces recados, si entras, tendrás obligaciones, misiones, que te llevaran a la muerte si fracasas.

Entonces supongo que estaréis faltos de personal.— bromeó. Ella no pudo evitar sonreírle divertida, realmente sentía debilidad por aquel hombre al que había diseñado a la medida de su propio placer.— ¿Supongo

que no me mandaran asesinar al regente?. Aunque no tenga oportunidad de acercarme a él lo suficiente para dispararle, soy ingenioso, y podría estar mandándole dulces hasta que muriese de una indigestión.

Eres terrible, mi pequeño demonio. Hablare con Le Maison. Pero no podré protegerte, así que piénsalo bien. No lo pensó bien, pero aun así Le Maison acordó un encuentro en una casa abandonada de Londres, muy cerca del local de Celina. Ambos hombres se estudiaron detenidamente, hablaron del tiempo y de la caza, como si en lugar de estar en una casa semiderruida estuvieran en un club de caballeros.

No admitimos desertores, ni perdonamos la traición.— le dijo finalmente Le Maison enfrentando su mirada fijamente.. Ya soy un traidor, como supongo que sabe, y si me descubren seré colgado por traidor por mucho que justifique que soy un pobre estúpido al que han engañado parecía reírse de sí mismo mientras hablaba con el francés.— Pongo mis pocas capacidades a su servicio, pero espero a cambio algún tipo de gratificación.

Sellaron el acuerdo con un apretón de manos.. Celina asegura que usted no tiene lealtades y que es un amante irresistible, capaz de que una mujer pierda el control y la voluntad. Al igual que Celina usted usara ese “encanto” para nosotros.

Todo mi encanto a su servicio.— le dijo haciendo una reverencia.

Dos semanas después de aquella primera entrevista, Lord Charles Horton empezó a trabajar de manera oficial para la inteligencia francesa. Un trabajo fácil y cómodo. Fue fácil para él, seducir a las esposas de aquellos hombres que poseían información importante sobre la guerra, y más fácil convencerlas para que contrataran un lacayo o una sirvienta para facilitar no sólo los encuentros clandestinos, sino también el acceso a dicha información.

Cuando su padre le cortó su asignación, fue debido a que había coronado a la mitad de sus amigos, y un buen número de personas influyentes. La fama de Lord Charles Horton como buen amante se extendía por la alta sociedad como el aceite sobre el agua, y los rumores sobre su perversidad en la cama, le llevaban a recibir más proposiciones de las que podía aceptar. Aunque lo intentaba.

...El vizconde Cortwind, a pesar de que su primera idea había sido galopar hasta Londres para encontrarse con Elizabeth y recuperar la cordura, desvió su trayectoria hacia Bristol. Dado su estado de ánimo, era muy posible que acabara discutiendo con Elizabeth también, su enfrentamiento con Rose le había dejado un vacío que no tenía sentido para él. Apenas la conocía, y aunque era cierto que parecía una mujer dulce había resultado toda una arpía, por supuesto que entendía el enfado, pero desde luego era una conducta que no podía tolerar, aunque no sabía que haría exactamente para no tolerarla.

Dejarla sola no era una opción, la echaba terriblemente de menos a pesar de que sólo habían pasado tres días desde que la dejó en la posada. Por supuesto que la tendría, pero no a la fuerza, así que tendría que convencerla de la conveniencia de llevarse bien. Era una mujer inteligente y era su esposa.

Se dio cuenta que estaba buscando excusas para recuperar a Rose y que estaba evitando enfrentarse con Elizabeth. Temía que su amante se diera cuenta de lo mucho que le gustaba Rose. Se sintió terriblemente cansado al pensar en las explicaciones que tendría que darle a Elizabeth para justificar su afición por su esposa, y a esta para explicar su relación con Elizabeth. ¿Desde cuándo un hombre daba explicaciones a su esposa o a su amante?. Ellas tendrían que aceptar lo que les diese. Elizabeth le quería, pues le tendría, pero sin reclamos, se lo dejaría bien claro, y si Rose deseaba lucir el título de vizcondesa tendría que aceptarlo en la cama, o no disfrutaría ni de ese, ni del de condesa, aunque tuviera que desterrarla a Fowey.

Cuando finalmente llegó a Bristol, estaba seguro de haber encontrado la solución a sus problemas, y pudo centrarse por fin en lo que le había llevado hasta allí. Era el día siete de enero, desde el principio supo que no llegaría a tiempo para observar a Lord Sterling en acción, pero era especialista en recoger información y chismorreos, y la detención del espía francés seguramente no pasó desapercibida.

La posada donde se alojaba era de las mejores del lugar. Allí se alojaban comerciantes que acompañaban su mercancía hasta el puerto, oficiales de alta graduación a punto de embarcar hacia el continente, y algunos otros huéspedes que parecían esperar un barco para irse o para recibir a sus familiares y amigos.

En cuanto esgrimía su título y su porte aristocrático le hacían sitio en las mesas, y después de dos días, tuvo suerte. Estaba cenando con el Comandante Jefferson y varios de sus oficiales, y entonces vieron entrar a un hombre de aspecto siniestro. Casi un gigante que vestía totalmente de negro, se sentó en una mesa junto a la pared del fondo de la posada, y con la espalda pegada a la pared parecía observar a todo el mundo.

Qué hombre más desagradable.— comentó el Comandante.

—¿Lo conoce?

—Estuvo implicado en un desagradable incidente que tuvo lugar en el puerto la semana pasada. Pensé que estaría en la cárcel.

—¿Qué fue lo que ocurrió?— preguntó Edmund esperanzado de que tuviera algo que ver con su asunto.. No sabría decirle, hubo desembarcando, algo con documentación cuando el pasajero intento un soborno, entonces le arrestaron y fue entonces cuando ese hombre golpeó a los agentes y facilitó la huida del pasajero. Se necesitaron cinco hombres para reducirle, me sorprende que le hayan dejado libre.

¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Cinco días, seis?

—No lo recuerdo, pero fue antes de reyes, eso seguro.

Edmund observó al hombre de negro durante toda la noche, y este debió darse cuenta porque en un momento ambos se encontraron mirándose fijamente como midiéndose, Edmund sabía que no era sensato ser tan evidente en su interés, pero algo en la actitud del hombre parecía desafiarlo, y no pudo evitar enfrentar la mirada, aquel duelo terminó cuando unos huéspedes rompieron el contacto visual al situarse en medio de los hombres, cuando se apartaron el hombre de negro se había marchado ya.

Estuvo dos días más merodeando por la ciudad tratando de encontrar al hombre, pero nadie supo decirle nada, ni del hombre, ni del altercado que hubo en los muelles, así que decidió volver a casa, y tardó una hora en decidir, si quería ir a Londres o a Oxford.

Finalmente se encaminó hacia Londres, cuando llegó le entregaron varios mensajes que Elizabeth le había enviado a su casa de la ciudad. Después de leerlos, se sintió de nuevo inseguro de su decisión de ir a verla. Los leyó por orden de llegada, cada mensaje era más amenazante e insultante que el anterior. Se preguntó si Elizabeth recuperaría la dulzura

que lo enamoró en el pasado, o si tendría que cargar con una amante amargada y exigente, no quiso pensar en ello, y se consoló pensando que todo se arreglaría finalmente tanto con Rose como con Elizabeth. Aunque ciertamente no tenía idea de cómo iba a lograr semejante hazaña.

Había viajado a Londres porque deseaba encontrar en los brazos de Elizabeth el deseo, la comodidad y la complicidad que habían compartido antes de que él decidiera casarse. La imagen de una Elizabeth enfadada apagó su deseo. A pesar de todo necesitaba verla, extrañaba la sensación de paz que recordaba haber sentido entre sus brazos.

Estaba en el club incapaz de decidir qué hacer, después de media botella del mejor brandy, acabó convencido de que sus dudas y sus remordimientos terminarían en cuanto abrazara a su Elizabeth.

Media botella después, tuvo la necesidad de ir a visitarla, no pensó en que el conde pudiera haber regresado, sólo podía sentir que necesitaba algo desesperadamente, y aunque no sabía que era, estaba convencido que lo encontraría en la cama de Elizabeth.

un problema con uno de los pasajeros que estaba

sus papeles, los agentes estaban revisando la Ni siquiera avisó de su llegada, no hubiera podido hacerlo a las dos de la madrugada, imagino que la encontraría dormida, seguramente impaciente y enfadada por haber tardado tanto en ir a verla, pero la sorprendería con sus caricias, y después de amarla, no habría lugar para las recriminaciones. Su cuerpo no parecía sentirse tan entusiasmado como él con la idea, culpo al alcohol de su falta de deseo, sin embargo estaba seguro que su cuerpo reaccionaría cuando viera a Elizabeth, sus pechos eran grandes y sus pezones se extendían como una mancha rosada sobre ellos. Sus caderas y sus nalgas eran deliciosas y cuando se arrodillaba dándole la espalda, le recordaba un corazón perfecto, se fue calentando con la expectación.

Cuando faltaban dos manzanas para llegar, se encamino a la parte trasera de la casa, a través de las callejuelas, desde donde se accedía a las puertas de servicio de varias mansiones, separadas tan solo por una pequeña tapia entre ellas.

No había nadie por las calles, ni en las callejas que le llevaron hasta la zona de servicio de la mansión del conde de Ocam. Con su erección casi completa, deseó poder olvidarse de los ojos de su esposa, de la añoranza

que sentía de su piel. Le pareció bastante inconveniente no haber pensado en Elizabeth cuando le hacía el amor a su esposa, y no poder alejar a esta de su pensamiento mientras se proponía gozar con su amante, con su amada, se rectificó.

Entró por la puerta de la cocina, no había nadie en aquella zona de la casa, por la hora debían estar todos acostados, subió las escaleras sin hacer ruido, cuando llegó a la puerta del dormitorio de Elizabeth miró a ambos lados del pasillo, y después entró con el mismo sigilo al dormitorio.

Ni en su peor pesadilla hubiera imaginado que la mujer que creía amar era una de las dos mujeres que estaba en la cama. Pero era ella.

Un hombre estaba con ellas, haciéndolas gemir a ambas de placer. Reconoció a Madame Celina, al hombre no le pudo reconocer hasta que no sacó la cabeza para respirar de entre los cuatro senos que parecían enterrarlo. Era su primo Charles.

Se sentía asqueado, pero extrañamente excitado por lo que veía. Estaban tan absortos en lo que estaban haciendo, que no se dieron cuenta de su presencia. Se quedó apoyado contra la pared a la espera de que el trío terminara de jugar.

Su erección desapareció a los pocos segundos, cuando la sordidez de la escena tuvo entrada en su cerebro. Su primo boqueaba como un pez ahogándose entre los pechos de las dos mujeres, mientras con sus manos las proporcionaba placer al mismo tiempo, ellas le acariciaban a cuatro manos, mientras se besaban compartiendo los gemidos.

La certeza que esperaba encontrar en aquella casa, le encontró a él. No sintió el dolor que esperaba, solo decepción y asco.

Ahora sabía dónde se encontraba su futuro. Tenía una esposa, que aun cuando el no la hubiera elegido personalmente, había llenado su vida de pequeñas cosas, cosas que estaba empezando a valorar y que le descubrieron que su confusión era producto de los sentimientos que Rose le inspiraba y que no había querido ver.

Se sintió liberado de las ataduras de la culpa y el remordimiento. Se sintió liberado de Elizabeth.

—Siento molestar.— dijo elevando la voz para llamar la atención de los tres amantes. Pero tengo un poco de prisa.

Madame Celina le miró con ojos depredadores, esbozó una sonrisa que era toda una invitación. Elizabeth por su parte, retiró a Charles de entre sus piernas y de un salto se cubrió con su bata, se paró frente a él, todavía sonrojada por el placer que acababa de recibir apenas unos segundos antes.

Parecía estar buscando alguna excusa que pudiera justificar lo que acababa de suceder. Comprendió que no se habían inventado las palabras que pudieran explicar algo así.

No es bueno dejar a una mujer sola.— dijo Madame Celina con su acento francés, susurrando cada palabra.— La soledad hace extraños compañeros de cama.. A pesar de que la situación pueda parecer apropiada para las confidencias, no se equivoque.— su mirada atravesó a la mujer. Después miró a su primo que parecía ajeno a la escena, y de manera descuidada seguía acariciando a la cortesana.

Edmund.— pudo por fin decir Elizabeth.

—En cuanto a ti. No eres más que una zorra. Supongo que no es necesario decirlo, pero hemos terminado, querida.

—La culpa es tuya.— gimió Elizabeth.— Si no te hubieras casado nada de esto habría pasado.

—Extraño razonamiento. Por cierto, Charles.— dijo a su primo.— Será mejor que nos evitemos durante una temporada.

—Por supuesto.— dijo titubeante.— ¿Te importaría cerrar la puerta al salir? Aun no hemos terminado.

—Sera un placer. Salió por la puerta de servicio. Escucho la voz de Elizabeth que le llamaba, pero ni sus gritos ni sus amenazas, gritadas a su espalda, significaban ya nada para él. Una de las cuerdas que le había mantenido oscilando en el aire, como un títere, acababa de romperse, y había recuperado la voluntad para dirigir su futuro.

De vuelta a casa, comprendió que había idealizado a Elizabeth hasta ponerla por encima de cualquier otra mujer. Era una mujer que había cubierto sus necesidades físicas y sentimentales. Se había entregado a ella en cuerpo y alma en sus encuentros clandestinos, una plenitud ficticia. Descubrir que había sacrificado media juventud por ella y echado por tierra sus principios, le hizo sentirse como un desconocido en su piel. No pudo evitar sentir el dolor de la decepción ni cuando trató de buscar las razones,

que en su momento le parecieron importantes, para justificar su relación adúltera con la condesa de Ocam.

Pensar en el conde le hizo sentir mucho más miserable aún. Era un hombre agradable y no se merecía el bochorno y la humillación al que él le había sometido en los últimos años. ¿Pero cómo se le pedía perdón a un hombre por haber usado a su mujer?

No le consoló que hubiera sido ella quien había tomado la iniciativa de convertirse en amantes, pese a que al principio fue reacio a mantener una relación adúltera con una mujer casada, amaba a Elizabeth, y lo demás dejó de importar en aquel entonces, y después no volvió a cuestionarse su conducta.

¿Cómo diablos había llegado Elizabeth a mantener una relación tan sórdida, con una cortesana y su primo?. Era incapaz de imaginar la respuesta por más que lo intentó. Su familia conocía su relación con la condesa y estaba seguro, que Charles debía conocerla también, ¿Por qué se prestó a participar con la mujer de su primo?, porque era así como él veía a Elizabeth hasta aquella noche, como su mujer.

La imagen de su primo y Madame Celina acariciándola mientras Elizabeth se estremecía de placer, le llevó a sentir asco por ella y asco de sí mismo. Pensar en Rose le reconfortó. A pesar de lo poco que la conocía, supo con certeza, que ella respetaría sus votos matrimoniales, pese a que no existía amor entre ellos y a pesar de lo que había sucedido, nunca se buscaría un amante, y por más que lo intento no fue capaz de imaginarla en algo tan sórdido como lo que acababa de ver.

Se reprochó la frialdad que había mantenido con su esposa, una distancia calculada para evitar que su esposa llegara a amarle, para evitar que él pudiera llegar a amarla, y todo para descubrir lo que su corazón parecía saber antes que él mismo, no quería la distancia con Rose. En aquel momento deseó poder tenerla a su lado, sólo ella podría exorcizar los demonios de su decepción.

Quizás no era demasiado tarde y podrían comenzar de nuevo, hacer de su matrimonio uno de verdad, no un simple acuerdo. Pensar en eso le mantenía a este lado de la cordura. Con tristeza comprendió, que sus últimos diez años se habían convertido en polvo, su cuerpo y su espíritu se

habían desmoronado, su pensamiento invocó a Rose, y entre los escombros de su vida vislumbró la esperanza.

Intentaría conocerla, y mostrarse a ella como era realmente, compartían una pasión suficiente para mantenerlos a los dos dentro de los confines del matrimonio, no sabía si sería capaz de entregarse de nuevo, pero ahora estaba en condiciones de ofrecerle a Rose, su Rose, un matrimonio de verdad.

Dos días después preparó su equipaje para viajar a Oxford. Le había dejado a su padre, un mensaje codificado con el nuevo fit y hacerlo le llevó más de medio día para poder contarle su encuentro con Peter y su viaje a Bristol. Le pedía que intentara averiguar en que andaba metido su cuñado, Virgil. El intentaría averiguar algo en Oxford.

Hizo el camino de regreso a Corthouse en el carruaje, y pensó en todo lo que tendría que aclarar con Rose. Ella le perdonaría, pensó, al fin y al cabo y pese a todo, no le había sido infiel, aunque no mencionaría que se debiera más a las circunstancias que a su voluntad, lo cierto es que no había estado con más mujer que su esposa desde su matrimonio.

Durante el trayecto ensayó mentalmente el discurso que estaba seguro le permitiría recuperar a Rose. El suyo había sido un matrimonio acordado, y si la objeción de Rose para volver con él era su amante, ya no existía dicho obstáculo. Estaba moderadamente contento cuando finalmente llegó a Corthouse.

Llegó a la finca familiar deseando poder soltar su discurso, repleto de reflexiones sobre el deber y el afecto, con el que esperaba reconciliarse con su mujer. No preguntó por ella, decidido a visitarla en cuanto se hubiera aseado y cambiado de ropa, quería estar lo más presentable posible para defender sus argumentos y conseguir así la reconciliación, y quizás con suerte un matrimonio auténtico entre ellos dos.

Su padre salió a su encuentro apenas entró al vestíbulo. Estaba muy enfadado, Edmund no deseaba una confrontación pero no encontró la forma de evitarla. . Tenemos que hablar.— le ordenó su padre, le siguió al estudio.. ¿Ocurre algo?— preguntó sentándose frente al escritorio, su padre estaba al otro lado de la mesa, como si quisiera mantener la distancia entre ellos, le recordó al padre de su infancia cuando cometía alguna travesura y

era invitado a reflexionar sobre la falta cometida y el castigo. Se sintió como aquel niño.

Han ocurrido muchas cosas en tu ausencia. Te preguntaría como has permitido que Rose volviera sola de su luna de miel, y la razón por la que se niega vivir en esta casa, pero dejaremos los asuntos personales para después.

¿No está aquí?

—No, volvió directamente a la casa de su padre. Ese no es el asunto ahora, aunque está relacionado por supuesto.

—¿Qué quieres decir?. Lord Sterling tuvo una reunión conmigo hace dos semanas, al parecer, el inventor de los códigos es tu suegro. Redhouse es Redclive. Jamás lo hubiera sospechado, me molesta haber estado tan ciego, pero dejando vanidades aparte, Sterling ha pedido mi ayuda para protegerlo, se ha convertido en un objetivo para los franceses. Desean contar con sus servicios, su talento ha impresionado al jefe de la inteligencia francesa, pero a pesar de eso, si no consigue hacerse con sus servicios, lo matará. Han interceptado algunos de los mensajes con el nuevo código, y parece ser que no han sido capaces de descifrarlo, por suerte las claves del fit, están perfectamente localizadas y custodiadas.

¿Has hablado con Redclive sobre el asunto?

—Por supuesto que no. Tenemos hombres vigilando la casa y el pueblo. Sterling y yo estamos de acuerdo, en que nadie sospecha que Redhouse y Redclive son la misma persona, y si él ignora que están tras su pista se seguirá comportando con normalidad, y evitará llamar la atención sobre sí mismo.

Edmund le contó entonces lo que Peter le había contado en su encuentro, y de su viaje a Bristol y del misterioso caballero de negro, también le explicó que todo ello constaba en el informe codificado que había dejado en Londres.

¿Así que no has estado con “esa mujer”?

—Hemos terminado.— dijo con aquel tono de voz que invitaba a no seguir con el tema, pero el hombre que tenía delante, era su padre.

—¿Por fin has entrado en razón o es sólo un disgusto pasajero?

—Nunca entendí tu antipatía por lady Ocam—dijo para evitar tener que dar explicaciones.. Por su culpa hiciste cornudo a un buen hombre.

—Ya la odiabas antes de que se casase con el conde de Ocam.

Nunca la he odiado, pero me desagradaba entonces y ahora no me inspira más simpatía, al contrario. Supongo que no me gustó ver como mi hijo se convertía en un pelele cuando me había esforzado tanto en hacer de ti un hombre de principios.

Sigues sin contestar a mi pregunta. Entiendo que desde que se casara con Ocam y reanudé mi relación con ella, pudieras pensar que yo era un pelele, pero antes, éramos dos críos. ¿Qué te llevó a impedir mi boda con ella?

Eso fue cosa de tu madre. Desgraciadamente no está aquí para contestar a tus preguntas, y los hechos le dieron la razón.. ¿Fue mi madre quien se opuso al matrimonio?

—Así es. La pregunta es, ¿qué piensas hacer con Rose?

Traerla de vuelta a casa, por supuesto, y más ahora que podría correr peligro en la casa de su padre.

Se estremeció al imaginar que Rose pudiera sufrir algún daño.

En cuanto termino la conversación con su padre mandó ensillar su caballo y después de asearse y cambiarse, se dirigió a la casa de su suegro.

El Sr. Redclive salió a su encuentro en cuanto lo vio llegar y ambos hombres se encontraron en el pequeño vestíbulo.. ¿Dónde está mi esposa?

—Buenos días. Ella se encuentra bien, gracias.

Miró a su suegro con aquella mirada que hubiera intimidado a cualquier otro, y volvió a preguntar, esta vez su tono fue levemente más bajo y contenía una amenaza indefinida. Su suegro le llevo casi a la fuerza a su despacho, le sirvió una copita de oporto, única bebida que había en la casa, y después se sentó en uno de los sillones que había frente a la chimenea. El vizconde se sentó en la pareja, de otro modo hubiera mantenido la conversación con el respaldo del sillón.

Ella no desea verlo.— dijo El Sr. Redclive.— Y si usted fuera sensato dejaría que ella terminara de escupir la rabia que siente.

—¿Cuánto tiempo?. En el tiempo que lleva aquí ha desaparecido parte del daño, pero no todo. Conozco a mi hija, cuando haya conseguido comprender la situación estará más receptiva, mucho me temo que si le ve ahora es capaz de morderle y envenenarle.

Las palabras del honorable señor Redclive reflejaban un profundo sentido del humor, consiguieron su propósito en parte, relajar al vizconde.. Cometí algunos errores.— dijo Edmund, su confesión le sorprendió incluso a él. Estaba equivocado en muchas cosas, pero deseo un matrimonio que funcione, y que se base al menos en el respeto.

Ella no volverá con usted mientras siga manteniendo su relación con Lady Ocam. . ¿Ella se lo dijo?— pregunto molesto.— No me gusta que mi vida privada se airee de manera pública.. No, lo hizo su padre. Para él era una tara de su personalidad, y no quería engañarme al ofrecerme el acuerdo matrimonial. Yo no le dije nada a Rose, seguramente no hubiera aceptado un acuerdo así, pensé que usted seria lo suficientemente discreto para que ella no se enterara.

Ella intercepto una carta.. Me lo contó. Creo que mi hija le ha cogido afecto, sino no estaría tan triste y enfadada. Pero si me permite un consejo, trataría de conseguirla como amiga antes que volver a tenerla como esposa. Más que su infidelidad, le dolió que ni siquiera se hubiese tomado la molestia de conocerla ni antes ni después de la boda.

Aunque no lo crea, trate de mantenerme distante para evitar precisamente que ella pudiera encariñarse conmigo.. Desde luego, no parece muy encariñada en este momento. — bromeó. . Me gustaría de todos modos verla y tratar de hablar con ella.

El Sr. Redclive se encogió de hombros. Y le acompañó hasta el jardín donde Rose con más violencia de la necesaria y ayudada por un pequeño cuchillo de podar, parecía estar asesinando una hilera de rosales.

Creo que volveré en unos días.— le dijo el vizconde a Redclive.

—Hombre sensato.— se rio su suegro mientras le palmeaba la espalda. Tres días después, volvió Edmund a la casa de su suegro, en la mano llevaba los esquejes de unos rosales que le había entregado el jardinero jefe de su casa. Era un regalo que pretendía sustituir los rosales asesinados a manos de su esposa.

Durante esos tres días y sus tres noches, tuvo tiempo suficiente para pensar en el matrimonio que deseaba, e incluso, pensó en el matrimonio que podría querer Rose. También pensó en Elizabeth y si realmente había sido un pelele tal y como le definió su padre. Por desgracia para su autoestima, tuvo que concluir que efectivamente se había dejado llevar por

su amante en demasiadas ocasiones, en su momento y viéndolo con la perspectiva del tiempo y la desilusión, comprendió todas las veces que ella, en nombre del amor que no había podido ser, le guiaba hasta llevarle a tomar decisiones que no hubiera tomado de otro modo.

Y no sólo con respecto a la relación que mantenían, incluso llegó a usar su influencia para favorecer o perjudicar a aquellas personas que ella le indicaba. Trató de recordar algunas de estas veces, pero fueron tantas en aquellos años, que su memoria había desechado la mayoría de ellas. En aquel momento vio tan clara la manipulación a la que había estado sometido, lo ciego que había sido, que no pudo evitar preguntarse cómo no había sospechado antes, cuando los indicios estaban allí, para que él pudiera unirlos e interpretarlos, ese era su principal cometido para la red, y “esa mujer” había conseguido incluso desposeerlo de su mayor habilidad. Camino de vuelta a casa, no pudo evitar sentir horrorizado la decisión que había tomado en Fowey de entregarle a Elizabeth sus secretos, sintió vértigo al imaginar las consecuencias que hubiera provocado su confidencia.

Cuando Edmund entró en la casa, fue directamente al estudio, ante la pregunta silenciosa, Redclive contestó.

—Debe estar abonando el jardín, como todas las mañanas.— No entendió el humor que parecía encerrarse en aquel mensaje. No la vio inmediatamente hasta que un sonido llamó su atención. Al girarse para comprobar el origen, la vio ligeramente doblada hacia delante. Estaba vaciando su estomago. Rápidamente se acercó a ella.

¿Te encuentras bien?— le preguntó. Ella con un gesto de la mano, le indicó que se marchara mientras trataba de controlar las arcadas. El permaneció junto a ella, sin tocarla, esperando a que terminara. Ella se limpió con un pañuelo que llevaba en la mano, y se dejó caer en un banco de madera que estaba a pocos metros. Parecía angustiada. Se sentó junto a ella y volvió a preguntar.

Supongo que sí. Gracias.— contestó ella.

—He venido para llevarte a casa.— le dijo, ella le miró abriendo sus grandes ojos de gacela. Parecía sorprendida de verlo.

—Prefiero quedarme aquí.— dijo retirando la mirada.. Sé que he sido un tonto.— empezó el discurso que tenía ensayado.— un hombre nunca

valora lo que tiene de bueno, suele valorar aquello que piensa que puede perder...He sido desconsiderado contigo, pero estoy dispuesto a intentar que nuestro matrimonio se base en la amistad, nuestra vida sería muy agradable si...

Lo siento.— dijo ella y sus ojos le miraron fijamente. — No voy a volver contigo. . Sé que leíste la carta de Elizabeth, lady Ocam, pero...

¿Por qué tenemos que hablar de cosas tan desagradables?— preguntó mientras se levantaba y se encaminaba a la casa, asomó la cabeza en la cocina y pidió un té, después seguida por su esposo entró al saloncito familiar.

Parecía agotada, vio como se dejaba caer sobre el sofá y respiraba profundamente.. Es necesario que hablemos, apenas llevamos dos meses casados, no podemos rendirnos tan pronto. Debemos superar lo que ha pasado e intentar que nuestro matrimonio resulte agradable para ambos.

Supongo que has venido tan pronto te has enterado de mi embarazo.— le recriminó ella.— Pero eso no cambia nada, al contrario. Tendrás tu heredero y viviremos cada uno nuestra vida, tal y como tenías planeado desde el principio.

Una criada entró con el servicio del té. Ella se sirvió una taza, y después de endulzarlo hasta casi convertirlo en melaza, empezó a beberlo en pequeños sorbos.. Bueno, no nos conocíamos.— dijo él tratando de recordar todos los argumentos que le habían parecido convincentes cuando decidió ir a buscarla, estaba confuso por la noticia del embarazo, casi feliz, no podía estar seguro.— Ahora tengo deseos de hacerlo, debemos hacerlo por nuestro hijo.

Ahora tú tienes deseos de hacerlo.— se quedo pensativa unos momentos, y después de deleitarse con el sabor del té, continuó.— Lástima que yo no comparta sus deseos, milord.

Podría obligarte.

—Me gustaría ver como lo intentas.

El se levantó, estaba perdiendo la paciencia, lo que nunca le pasaba. Se acercó a la chimenea, después de concentrarse en la llamas para tranquilizarse, se volvió a mirarla.

Ella se comportaba como si la conversación hubiera finalizado. Se estaba sirviendo otra taza de té, él sintió deseos de volcar el té en el

azucarero, para ahorrarle el trabajo de trasladar el azúcar hasta la taza a pequeñas cucharadas. Contó siete.

No quisiera tener que llegar a eso.— claudicó el vizconde.— Tiene que haber alguna forma en que podamos arreglar esto.

—¿Te has peleado con tu amante, no es cierto? El creció unos pocos milímetros, adoptando aquella actitud de aristócrata al que nadie podía llegar. Miro a los ojos de su esposa, seguía sorbiendo de la taza sin dejar de mirarle.

Eso no tiene nada que ver.

—Tiene que ver, por supuesto, pero no tienes que contestar. Ella terminó el té, e hizo amago de ir a levantarse. El dio un paso adelante. . Si. Esa relación se ha terminado. . Entiendo.

No lo entiendes.— dijo y empezó de nuevo su discurso.— Ninguno de los dos eligió este matrimonio..., Por favor.— dijo ella levantándose.— No estoy de humor para escuchar estupideces. Tú te casaste para tener un heredero, este ya está en camino. Si el bebe, fuera una niña, quizás solo quizás, te permitiría volver a intentar tener el varón que necesitas. Si tuviera que responderte a eso ahora, seguramente te quedarías sin heredero.

Se quedó tan anonadado que fue incapaz siquiera de detener su marcha. Era la primera vez que él recordara que alguien se había atrevido a llamarle estúpido y dejarle con la palabra en la boca.

Confuso, enfadado y extrañamente feliz por la próxima paternidad, se dirigió al estudio para encontrarse con Redclive.. ¿Qué tal le ha ido?— preguntó su suegro.

—Nunca imagine que pudiera tener tanto carácter.

Apenas ha enseñado la patita.— bromeó el padre de Rose.— De hecho creo que está siendo bastante razonable, dadas las circunstancias. ¿Le ha dicho ya que está embarazada?

Supongo, claro que me lo ha dicho.— sonrió.— los hijos eran algo hipotético, saber que un hijo mío pronto vendrá a este mundo, me hace sentir diferente, no sabría explicarlo.

No lo intente, he pasado por eso dos veces. .— bromeo Redclive.. Deseo que nuestros hijos tengan un hogar.— confesó el vizconde.— Deseo que crezcan con sus padres, los dos, y deseo sobre todas las cosas recuperar la confianza de su hija.

Para las personas como yo, y como mi hija, los deseos solo se consiguen luchando por ellos, ¿luchará usted?

—Sí. Y tal y como están las cosas espero que no le importe que me traslade a vivir aquí. Redclive le miró curioso. Después se echó a reír.

—Supongo que así será más cómodo para usted protegerme.

Edmund no pudo evitar que asomara el asombro a sus ojos, aunque enseguida recuperó su aire impasible.

—Eso también, pero sobre todo porque ella y mi hijo podrían verse involucrados en este asunto, ya que parece saber el peligro que corre, ¿no sería más sensato convencer a Rose para que vuelva conmigo a Corthouse?

Sinceramente, es bastante improbable que alguien descubra la identidad de Redhouse. Y si lo hicieran, sus hombres y los de Lord Sterling son suficientes para tomar Versailles. Así que no dudo de que puedan mantenernos a salvo.

Entonces, tendrá que permitir que me traslade aquí.. Espero que la habitación de invitados sea de su agrado. Y le advierto que si trata de obligar a Rose a cualquier cosa que ella no desee, le dispararé mientras duerme. ¿Le parece un acuerdo razonable?

Tendrá que serlo. Se instaló aquella misma noche, y no, no le gustó su habitación, esta estaba al final de un corredor, en la parte baja de la casa. Dedujo que debía haber sido en algún tiempo, la del administrador, pero no protestó. Su mujer valoraría los esfuerzos que él estaba dispuesto a realizar por ella. Por ellos.

Lord Edmund Cortwind estaba tomando de su propia medicina, Rose se mantenía en su habitación la mayor parte del tiempo, sólo coincidían durante las comidas, y ella le ignoraba abiertamente, le dejaba con la palabra en la boca como él había hecho con ella durante su estancia en Fowey.

Aun cuando hubiera querido tomar parte en las conversaciones entre padre e hija, le resultaba casi imposible. Redclive le planteaba problemas matemáticos a su hija, que resolvía divertida, al parecer con acierto, dada la reacción de su padre, cuando él ni siquiera entendía el enunciado. Una profunda admiración por Rose empezó a nacerle en el pecho.

Rose estaba terriblemente enamorada, lo supo en cuanto le vio acercarse a ella el día que estaba vomitando sobre los rosales. Pensó que

ignorarle conseguiría que Edmund se sintiera como un estúpido y volvería a su casa o a Londres con su querida.

Habían pasado casi tres semanas, y aún permanecía en la casa, a pesar de la habitación que ocupaba, poco soleada y terriblemente húmeda al estar orientada hacia el norte, a pesar de que le ignoraba hasta el absurdo, llegando a veces a mantener conversaciones a través de su padre. A pesar de todo eso, él la miraba con algo parecido a la ternura, y se estremecía cuando la tomaba de la mano para subir o bajar del carruaje todos los domingos cuando iban a la iglesia.

Cada día que pasaba se sentía más tentada de aceptarlo de nuevo. Algunas noches mientras esperaba el sueño, jugaba con la idea de atreverse a buscarlo, pero su orgullo recuperaba el mando de su voluntad, se daba la vuelta en la cama y empezaba a divagar sobre la teoría de los números imaginarios.

Capítulo 4

Oxford. Febrero de 1805.

AQUEL domingo se celebraba la festividad de San Blas con un pequeño almuerzo en la casa del vicario, por supuesto estaban invitadas las personas más importantes del lugar, el marqués de Surrey, su hijo, el Sr. Redclive, el terrateniente de la zona, el médico y el abogado con sus respectivas familias.

Fue la Señora Emerson, la mujer del terrateniente quien busco la compañía de Rose al conocer su estado. Después de darle todos los consejos y transmitirle toda la sabiduría que poseía como madre de cinco criaturas, terminaron hablando de la temporada que estaba a punto de comenzar en Londres.

Supongo que nos veremos durante la temporada.— le dijo la mujer.

—No estoy segura de querer vivir una nueva temporada en Londres. Resulta agotador en condiciones normales, y en mi estado no creo que sea lo más conveniente.. Pero querida, el marqués me ha asegurado que irán. Incluso ha sido tan amable de invitarme a su fiesta, un baile en su honor para anunciarle al mundo la noticia, eso me dijo. Si la preocupa Lady Ocam, debe olvidarla.— de repente la humillación volvió a Rose con más fuerza que nunca, pero se mantuvo impasible sonriendo a la señora Emerson, está se sintió animada a continuar con el tema. Ella ya no representa ningún peligro para usted, usted es la vizcondesa y está esperando al futuro heredero, si es niño, claro, en cualquier caso ella se pasea con su nuevo amante, parece que no le importan las habladurías.

¿Tiene un nuevo amante?— Rose había supuesto que Edmund había terminado con la condesa, incluso había fantaseado que lo hubiera hecho por ella. Si resultaba que estaba con ella porque la mujer se había buscado a otro, no le perdonaría, se dijo. Esperó con el corazón encogido.

Lord Charles Horton, la oveja negra de la familia. Un sinvergüenza, muy guapo, muy simpático, y muy rico también, pero es un libertino de la peor clase. No dejaría que se acercara a mis hijas ni aun cuando fuera el último hombre sobre la tierra.

Al día siguiente, durante la comida, el vizconde había decidido iniciar la conversación para evitar ser excluido, la última semana había consultado más manuales de matemáticas que durante sus años de universidad, todo, para entender las conversaciones entre padre e hija y poder comprobar que no estaba siendo objeto de ninguna broma de los dos.

Un día bastante apacible, a pesar del frío.— dijo.

—Así es.— contesto Redclive.

Los dos hombres la miraron, esperando que dijera alguna obviedad sobre el tiempo.

¿Es cierto que lady Ocam es ahora la amante de su primo?— miro a su marido a los ojos, tratando de adivinar por su reacción, si aquello le importaba.

La pregunta cayó como un jarro de agua helada por la espalda de ambos hombres. Redclive se sonrojó hasta la cejas.. Querida no creo que ese tema pueda ser tratado durante la comida.— dijo su padre. . ¿Debo esperar a la cena?— preguntó con ironía. . No debes tratar ese tipo de temas, nunca.— dijo el vizconde exasperado.

La conversación se vio interrumpida, Ackinson, uno de los hombres encargados de vigilar la casa, entró tras el mayordomo, y después de saludar a todos, entregó un sobre bastante abultado al vizconde.

Lo he traído en persona. Al parecer...— miró a Rose y continuó.— Es más seguro así. . Está bien.

El hombre se marchó después de rechazar la invitación de unirse al almuerzo. El vizconde se levantó de la mesa después de excusarse y se dirigió junto con su suegro al estudio a examinar el contenido del sobre.

Dentro del sobre había dos cartas lacradas. Ambas estaban codificadas, así que Redclive saco de una caja fuerte los libros de claves, y se pusieron a

la par a transcribir los mensajes. Redclive lamentó no contar con la ayuda de Rose, completar el mensaje les llevó varias horas.

La primera carta hablaba de la desaparición de Lord Peter Horton. El almirantazgo había perdido el contacto, por lo que deducían que podría haber muerto. Dado que no habían tenido noticias suyas en los últimos diez días.

La segunda carta, mencionaba a un agente francés, conocido como Polifemo, que había conseguido llegar a Londres después de haber conseguido esquivar a los agentes que lo estaban esperando en Bristol. Polifemo, era un hombre de mediana edad, con un aspecto de profesional acomodado, y todo indicaba que podía ser escocés. El primer ministro había ordenado al marqués de Surrey y a Lord Sterling colaborar en este asunto sin reservas. Y ordenaba que se reunieran con él en Londres en dos días.

Rose vendrá con nosotros. La obligaré si es necesario, quiero que lo sepa. Redclive se encogió de hombros, un gesto que lo mismo podía significar, adelante, como, no servirá de nada.

La encontró en la sala. Estaba tomando un té a pequeños sorbos, le miro por encima de la taza cuando le vio llegar.. Nos vamos a Londres.

—¿Tú y quien más?— ella le cortó la frase, parecía estar de un humor extraño. . Todos. Incluyéndote a ti.

El se acercó a ella hasta que su calor la envolvió. Permaneció detrás de ella, como una mera presencia, ella se sintió tentada de apoyarse contra su cuerpo, pero consiguió mantenerse firme. De repente la boca de su marido estaba en su cuello, junto a su oído. Se estremeció y rezó para que él no se hubiera dado cuenta. Pero si se dio cuenta. La pasó los brazos por la cintura y la recostó contra él.

—Me gustaría que vinieras conmigo...— le dijo al oído.— ¿Es que nunca vas a perdonarme?

Dejaste muy claro lo que querías de mí. Yo llevo a tu heredero en mi vientre, ahora es cuando cada cual hace su vida. ¿No?

—Te extraño.

Intento apartarse, pero no pudo moverse dentro de su abrazo. Edmund la siguió acariciando con sus labios, mientras trataba de convencerla.. Estamos casados. Yo te deseo, y sé que tu también me deseas a mí.— le

volvió la cara con una mano para poder besarla en los labios, un roce apenas, y después un acercamiento lento y mullido hasta que aprovecho un suspiro de Rose para entrar en su boca, la fue girando poco a poco sin dejar de besarla hasta que ambos estuvieron frente a frente. Ella se aferró a su cuello sintiéndose más feliz de lo que debería, pero sus sentidos estaban despertando de su letargo y desterró cualquier pensamiento.

Ven conmigo.— volvió a rogarla, susurrándola.— Rose, por favor.

Oírle decir su nombre la desarmó, y dejó de luchar contra sí misma.

—De acuerdo. Pero...

Sin peros. Hagamos las cosas bien desde este momento, como si empezáramos hoy este matrimonio, sin pasado, sin secretos. Partieron al día siguiente para Londres y Edmund se guardó la carta de su primo, la que le entregara en Fowey en el bolsillo de la chaqueta, en casa de Redclive no hubiera tenido la intimidad necesaria para hacerlo, y tampoco el tiempo.

El conde de Carrick les estaba esperando en Londres.

Rose fue acompañada por el ama de llaves a su habitación, mientras los tres hombres se reunían en la biblioteca.. No pensamos que vendrías tan pronto.— le dijo su padre al verlo entrar. . ¿Qué es exactamente lo que está pasando?

El ministerio de la guerra se ha convertido en un avispero. El ministro no estaba muy contento de que tanto yo como Sterling actuáramos a espaldas del otro. Tu primo Peter finalmente no estaba desaparecido, sino en una misión del propio ministro. Ese muchacho tiene demasiados jefes.

Supongo que no puede evitar ser el mejor, y que todos seamos consciente de eso. Me alegra saber que se encuentra bien.— le dijo Edmund a su padre.. Esa era la buena noticia.— dijo el conde, adoptando una expresión sombría miró a Redclive.— Tienen a Virgil. No conozco a su hijo lo suficiente para saber si delatará a su propio padre, o asumirá su destino.

Virgil es fuerte, pero si han llegado hasta él, quiere decir que están cerca de mí ..., de mí. Quizás sería conveniente que desapareciera una temporada, un viaje al norte. . No. No podemos correr riesgos.— dijo el conde.— Se quedará aquí, hay hombres encargados de su seguridad, la de todos nosotros. Lo que nos interesa saber, es ¿cuánto sabe Virgil de Redhouse, del código, de las informaciones que han llegado a sus manos?

Eso es algo que tendrá que contestar Lord Sterling. Después de una cena especialmente triste, Redclive le contó a su hija de la situación de su hermano, contraviniendo los deseos de su esposo y de su suegro. Rose demostró tener bastante aplomo a pesar de las lágrimas que asomaron a sus ojos, y que finalmente pudo volver a tragarse.

Rose se retiró temprano a su habitación, Edmund después de compartir una copa con su padre y su suegro, les dejó en la biblioteca, y se dirigió a la habitación donde estaría Rose seguramente llorando por el destino de su hermano. Pero la encontró dormida. Al mirarla descubrió unas ojeras que no recordaba, y una palidez que le asustó.

Se quitó la chaqueta y la dejó sobre la silla, mientras la miraba dormir. La sintió tan vulnerable, que olvidó su deseo de amarla, deseó poder consolarla con cada poro de su piel, absorbiendo el dolor hasta su propio cuerpo, se desvistió y se acostó a su lado, ella se acurrucó contra él, seguía dormida, pero esta vez entre sus brazos, que era donde debía estar.

Su calor y su aroma le hicieron olvidar sus intenciones. Al tenerla entre sus brazos, la plenitud le invadió, y comprendió dos cosas. Estaba enamorado de su mujer, y moriría por ella, por hacerla feliz.

Con caricias sensuales fue levantando el camisón, ella ronroneó dormida bajo sus caricias, mientras su mano se paseaba por su vientre y sus caderas, su boca había tomado uno de sus pechos, la sintió estremecerse, su boca fue bajando recorriendo su vientre, la recorrió con los labios desde el cuello hasta el ombligo, deteniéndose en sus pechos, donde mamaba suavemente mientras ella respondía con ansiedad a sus caricias. Se posicionó entre sus piernas, y empezó a rodar sus pezones entre sus dedos, mientras su boca dejaba un sendero de humedad en su estómago, su vientre, siguió bajando, se volvió loco con el aroma de mujer.

Enterró la cara en su entrepierna, y empezó a excitar su monte, presionando, bebiendo, succionando, lamiendo, sus manos habían abandonado sus pechos para poder maniobrar las caderas de Rose acercándola a su boca, ella se movía convulsivamente bajo sus caricias.

Dios mío, Edmund.— la oyó jadear mientras le tironeaba del pelo. El la miró por encima de su vientre, sin dejar de besar y mordisquear su objetivo, sus miradas se encontraron, la de ella estaba completamente velada por el placer, después cerró los ojos cuando su cuerpo explotó en

fragmentos de colores. El la penetró en el momento en que ella parecía bajar de la nube. El notó alrededor de su pene las últimas contracciones.

Se quedó quieto sobre ella, sus miradas se encontraron, en aquel momento fueron uno, y ambos lo sintieron. Sus bocas se encontraron en un beso perfecto, un beso que sabía a ella, a él, a ellos.

Un beso que les abrió el apetito de más besos, el empezó a moverse despacio, les faltaba el aire así que tuvieron que renunciar a los besos por un momento, sus labios a pocos centímetros, compartiendo el aire de sus jadeos.

El empezó a moverse más rápido, ella echó la cabeza hacia atrás, dejando su cuello al descubierto, él la mordió la clavícula mientras ella le clavaba las uñas en los costados intentando detener la corriente que la llevaba sin control hacia una catarata, un abismo de oscuridad, donde se presentía la llegada del no sé qué.

El movimiento de Edmund se volvió compulsivo, y ambos danzaron juntos, desesperados, hasta que cayeron en un vuelo libre, planeando sobre ellos mismos, estremeciéndose a la par, gritando al mismo tiempo. Rose pensó que aquello había sido un no sé qué al cubo multiplicado por el último de los números primo. El círculo perfecto.

Edmund recostado de espaldas trataba de recuperar la respiración, la vida, la capacidad de pensar, mientras su corazón recuperaba el ritmo normal. Nunca en su vida había llegado tan lejos con sus sentidos ni con su corazón.

Me gustaría que durmieras conmigo.— dijo ella enterrando su cara en el cuello de su marido.

—Aunque quisiera marcharme, que no quiero.— dijo el abrazándola a su costado, dudo mucho que sea capaz de moverme. Ella se rió contra su piel, se estremeció en un placer diferente. Era la primera vez que la veía reírse, o mejor dicho, la sentía reírse, y fue un placer, casi tan grande como el que habían disfrutado.

No hubo más pensamientos, ambos se quedaron dormidos. Edmund no pudo amar a su esposa, aun cuando su cuerpo se despertó deseándola, la encontró en el vestidor luchando con las arcadas, la abrazó por la espalda y estuvo con ella hasta que llegó una bandeja con té. Después de endulzarlo hasta lo imposible, empezó a beberlo en pequeños sorbos.

¿No sería mejor que pidieras el azúcar con té?— bromeó él.

—Es lo único que me asienta el estomago.— confesó ella entre sorbo y sorbo.

Tengo cosas que hacer esta mañana, pero me gustaría que saliéramos esta tarde juntos. ¿Qué te apetecería hacer?. Podrías acompañarme a comprar algunos libros.

—¿Puedo irme tranquilo sin temor a que echés a mi hijo por tu boca?

Ella le sonrió, y a él se le paró el corazón. Como podía estar tan ciego para no haber descubierto a Rose mucho tiempo antes. Rose había tomado tres tazas de té y el malestar matutino desapareció, después de asearse volvió a su habitación, estaba a punto de llamar a la doncella para que la ayudara a vestirse cuando vio la chaqueta de Edmund.

La abrazó y trató de aspirar su aroma. Se sintió tentada de guardarla en su baúl, y conservarla como un recuerdo de aquella noche, pero supuso que al ayuda de cámara de su marido, no le gustaría, así que la dobló sobre su brazo y se disponía a llevársela a este cuando un sobre cayó al suelo.

Se inclinó a cogerlo. Sabía que no debía hacerlo, pero lo hizo. Leyó el contenido, sintiéndose culpable al descubrir que era una carta de su primo, y no de su amante, reconoció el código en el que estaba escrita la segunda parte de la carta. Como siempre la ocurría, para ella leer uno de sus códigos era como para cualquiera leer en su propio idioma. Guardó la carta en el sobre, y la volvió a colocar dentro de la chaqueta. Lo que su primo le decía a su marido, era demasiado importante, decidió que no le diría nada a nadie, ni a su propio padre. La situación de Virgil le vino a su memoria, y se sintió terriblemente desanimada.

Cuando bajó a desayunar, en la mesa del comedor estaba el conde de Carrick, se levanto para saludarla.. Te doy las gracias por hacerme abuelo, y por mantener a mi hijo en el buen camino. . Espero que todo salga bien.

Cuando nazca el bebé.— dijo el conde tratando de animarla.— Pienso regalarle un precioso poni, y a su madre le entregare las esmeraldas de la familia.

—Prefiero, con diferencia, que sean capaces de devolverme a mi hermano. . No dudes ni por un momento que lo haremos. Tu hermano estará aquí para celebrar la noticia y el nacimiento. Cada uno se dedicó a sus propios asuntos, después del desayuno, sólo que Rose no tenía asuntos

a los que dedicarse, no tenía amigas a las que visitar, y sus conocidos eran las amistades de su padre y su hermano, así que se decidió por leer algo en la biblioteca.

El mayordomo le anunció una visita, y le preguntó si recibía. Examinó la tarjeta y aunque, después de la pasada noche con su marido, estaba segura de no sentir nada por él, algo la pasó por el cuerpo al leer el nombre, Lord James Mortimer.

Puede avisar a mi suegro por favor, si está dispuesto a acompañarnos no tengo problemas en recibirle. Un minuto después, el mayordomo la anunció que ambos caballeros la esperaban en el salón de las visitas. Estaba nerviosa. Se secó las manos en la falda del vestido, y después de tranquilizarse entró en la sala. Su suegro y Lord Mortimer charlaban animadamente, se callaron al verla entrar.

Buenos días, Lady Rose Cortwind.— saludó el visitante.— Me alegra encontrarla tan bien.

—Muchas gracias. Por favor siéntense. ¿Les apetece un té?. No, sólo quería felicitarla por su matrimonio y comprobar que estaba bien. Me esperan en otra parte.— El visitante estaba nervioso, ella no pudo decidir si era por verla a ella, o por la presencia del conde.

—Muchas gracias por la felicitación.— dijo ella.

Supongo que tendremos ocasión de conversar más tranquilamente a lo largo de la temporada. Acabo de regresar de Jamaica y estoy deseando recuperar las viejas amistades.

No asistiremos a todos los eventos, dado el estado de Lady Cortwind. Pero no dudo que la ocasión se dará. De manera sibilina y con el tono prepotente que utilizaban las clases superiores al dirigirse al resto del mundo, le dio a entender que aun cuando Rose participara en la temporada, no coincidirían en el mismo circuito social.

Un enfurecido Lord Mortimer se despidió comprendiendo el mensaje. Rose tomó el brazo que su suegro le ofreció mientras la acompañaba de vuelta a la biblioteca, ella esperaba una pregunta que no llegó a plantearse.

—¿Tienes ropa adecuada para la temporada?— preguntó el conde.

—Sí, tengo todo un vestuario completo que me hice cuando me case, estoy casi segura que la mayoría de los vestidos me irán bien.

—Supongo que sí, aún no se te nota el embarazo.

El conde no podía evitar que una gran sonrisa apareciera en su cara cada vez que se mencionaba a su futuro nieto. Cuando Edmund regresó a la mansión, se dirigió en primer lugar al estudio para informar a su padre de la reunión con Lord Sterling. Traía una carpeta llena de los documentos que habían confiscado hacia tiempo por los hombres del Lord del alto almirantazgo. El primer ministro estaba furioso con ambas redes y había ordenado tanto a Sterling como al conde que no se escamotearan información, debiendo actuar de manera coordinada en lo sucesivo. No es necesario decir que ambos hombres se tomaron bastante mal la orden, pero ambos la obedecieron sin reservas.

Hoy tu mujer ha tenido una visita.

—¿Ah sí? ¿De quién se trata?

—Lord Mortimer.

Carrick miro a su hijo, y comprendió que no sabía nada del que había sido el pretendiente de su mujer. Le contó lo que sabía.

—Cuando Rose, se presentó en sociedad hace dos años, todo el mundo esperaba que él la propusiera matrimonio, pero se caso a toda prisa con la señorita Crouser. La cara de Edmund se convirtió en piedra, y sus rasgos se tensaron bajo su piel. . ¿Qué quería?— preguntó tratando de no mostrar lo que aquella noticia le afectaba.

Sólo saludarla. Ella no quiso recibirle si yo no estaba presente, así que decidí satisfacer mi curiosidad, y conocer al hombre. ¿Lo conoces?

—Supongo que le habré visto alguna vez, pero no lo recuerdo. ¿Qué te ha parecido?. Es un hombre apuesto, sin duda. Demasiado seguro de sí mismo, para mí gusto. Le he dejado claro que me desagrada, pero no sé si habrá entendido correctamente el mensaje.

¿Ella como reacciona?

—Estaba nerviosa y sorprendida. Al pasar junto a la biblioteca vio a su mujer leyendo. Estaba sentada sobre sus pies e inclinada sobre un enorme libro. Le sorprendió verla tan concentrada, la observó durante unos minutos, tratando de adivinar si la visita la había afectado de alguna manera,

¿Seguiría Rose enamorada del tal Mortimer?, se preguntó. Después de la noche anterior, lo dudaba, pero el sexo con su esposa siempre había sido algo magnifico, y al fin y al cabo, no sabía nada de la mujer con la que se

había casado. Estaba aprendiendo a conocerla y valorarla ahora, pero ¿seguiría ella sintiendo algo por aquel hombre? ¿Sobreviviría si ella le engañaba? El miedo y los celos le hicieron prisionero, tuvo que controlarse para no utilizar la fuerza y obligarla a confesar.

Al acercarse, ella se sobresaltó y se puso de pie. El tenía el ceño fruncido, estaba enfadado, pero ella no podía imaginar los negros pensamientos que le crecían a su marido.

¿Ocurre algo?— preguntó ella, y lo miró directamente a los ojos.

El supo en ese momento que su esposa era una mujer incapaz de mantener una mentira. O quizás, tenerla cerca y sentirla suya le hizo descartar los celos. Relajó el gesto y trató de mirar que estaba leyendo. Ella tenía el título del libro pegado a su pecho, así que sólo pudo ver la contraportada.

—¿Qué estás leyendo?— preguntó al tiempo que daba la vuelta al libro para ver el título.— Gerolano Cardano, cálculo de posibilidades.— La miró divertido. . Me temo que ese es uno de mis secretos vergonzantes. Adoro las matemáticas. . No sabía que tenías secretos vergonzantes. Lord Mortimer volvió a su pensamiento, haciendo que su tono se volviera áspero.

—Muy pocos, uno o ninguno.— dijo divertida.— ¿Y tú?. Tendríamos que diferenciar entre secreto y discreción y entre ocultar algo vergonzoso o algo vergonzante. Creo que es un tema de conversación que debemos profundizar esta tarde durante nuestro paseo.

Me parece bien, y supongo que una vez establecida la diferencia entre unos y otros, la necesidad de mantener los vergonzosos en secreto, y confesar los vergonzantes. ¿Qué opinas?

No estoy seguro de que te permita mantener ningún secreto, así que te sugiero que hagas una lista sobre todos los tuyos, y me des cuenta de todos y cada uno de ellos, para que yo pueda decidir si debo perdonarte o quizás imponerte alguna penitencia, antes del perdón.

Solo si tu llevas un recuento de tus pecadillos, también. Durante el paseo de aquella tarde, él la preguntó sobre el libro que había estado leyendo, y ella se entusiasmó explicándole algunos conceptos matemáticos, cuando llegó a los números imaginarios, decidió besarla.

Apenas una leve presión en los labios, un gesto espontáneo que hizo que ella se ruborizase hasta las orejas, y rápidamente volteara la cabeza para comprobar si alguien los había visto.

No es infrecuente que un marido bese a su mujer.— se estaba burlando de ella, pues era del todo escandaloso besarse en público, aun cuando como en aquel momento, no hubiera testigos para hacer rodar el chisme.

Durante su visita a la librería, siguió a Rose hasta las estanterías que contenían tratados de ciencias y matemáticas, después de comprobar que aquella zona estaba desierta, la abrazó y la besó.

Ella luchaba como un gato arisco, sin violencia pero revolviéndose para salir de sus brazos.

—Por favor, Edmund.— le pidió.— Esto me resulta muy embarazoso. Alguien podría vernos

—Volvamos a casa entonces. Ella le miró y él vio en sus ojos que compartían el mismo deseo, hubiera deseado hacerla suya allí mismo, pero pensó que ella no lo gozaría, demasiados prejuicios para disfrutar del sexo en un lugar público, así que la tomó de la mano, y volvieron de nuevo al carruaje. Regresaron a casa diez minutos después de haber salido.

Saltó del carruaje y ayudo a Rose a bajar antes de que llegara el lacayo, la tomo de la mano y la condujo directamente a la habitación. Empezó a desvestirla, estaba terriblemente excitado aquello divirtió a Rose que se dejó desnudar. Después de ayudarle con la chaqueta, hizo el intento de desabotonarle la camisa, pero él no se lo permitió, se la sacó por la cabeza. Ambas prendas quedaron precariamente colgando del respaldo de una silla.

Intento sacarse las botas, pero no podía solo. Ella sin imaginar el efecto que tenía sobre él, se giro de espaldas y tomo la bota de su marido entre sus piernas, y tiró de ella. Edmund fue incapaz de resistir la tentación de acariciar sus nalgas mientras ella estaba en aquella postura. Pensó que podría estallar allí mismo, el deseo empezaba a dolerle.

Si no me ayudas, no puedo sacar la bota.— dijo volviendo la cara para mirarlo. La sentó sobre su muslo, y la abrazo contra él. Mientras besaba su cuello, una de sus manos había alcanzado uno de sus pechos, después de mantenerlo en su mano, empezó a pasear el pulgar en círculos alrededor del pezón. Cuando este reaccionó, lo aprisiono entre sus dedos, y suavemente lo fue exprimiendo, ella jadeaba moviéndose contra su muslo.

Fue entonces cuando él buscó su boca, la besaba con ansia, mientras con la mano que tenía libre empezó a acariciar su estómago, para ir bajando por su vientre hasta encontrar el lugar más necesitado y palpitante de su cuerpo. Recorrió con sus dedos la extensión de sus labios, sin tocar allí donde ella quería, lo que la hizo mecarse contra el muslo y la mano, buscando lo que necesitaba.

Cambió entonces de postura, levantando el muslo la obligó a recostarse sobre su pecho, el cambio la mano de un pezón a otro mientras seguía con la otra negándole la satisfacción. Sus miradas se encontraron y ambos reconocieron la desesperación del deseo. Dejo entonces de jugar con ella.

La mano encontró el monte que coronaba su humedad y empezó a frotarlo, de arriba abajo, y cuando ella explotó, siguió haciéndolo en círculos consiguiendo de nuevo que volase en sus brazos.

No podía esperar más, desabotonó el pantalón, y la montó encima de su sexo, ella parecía agotada por el placer, así que cogiéndola por las caderas la enseñó a moverse, al mismo tiempo que él se lanzaba hacia arriba buscando su propia liberación.

Rose no tardó en sentirse de nuevo cabalgando las olas de sensaciones que la arrastraban hacia su destino, y apoyándose en los muslos de su marido, no necesito más guía para mecarse sobre él, se frotó, y bajó, y subió, cuando él alcanzo su placer, la apretó fuertemente contra su cuerpo, ambos estremeciéndose al mismo tiempo, vibrando piel con piel, hasta sus corazones parecían latir al mismo ritmo.

Cuando ella se levantó, volvió de nuevo a su posición inicial para quitarle las botas, el se dejó caer de espaldas sobre la cama, riéndose.

Se incorporó sobre los codos, y con el otro pie empujo las nalgas de su esposa, que gloriosamente desnuda se tambaleó hacia delante con la bota en la mano. Repitieron la operación con la otra bota. Edmund terminó de desnudarse rápidamente y cogiéndola en brazos la llevó a la cama, sus ojos se encontraron mientras que sus manos se acariciaban despacio. Como ciegos reconociéndose mutuamente.

Ella suspiró. El la sonrió.

—Me has hecho muy feliz.— dijo él.

—Tú también a mí.

Se durmieron a los pocos minutos, y cuando despertaron volvieron a amarse.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Londres, Marzo de 1805

LA temporada en Londres revivía la vida en la ciudad de Londres, cambiando su aspecto y sus hábitos. La llegada de la aristocracia grande y pequeña conseguía que se llenaran de gente, los parques, los comercios, los museos, los teatros y los clubs, los garitos de juego, los prostíbulos y los bailes.

A la fiesta de máscaras de las cortesanas, solían acudir la mayoría de los caballeros que se encontraban en Londres para la temporada, caballeros casados en su mayoría, aunque tampoco faltaban caballeretes en busca de mujeres fáciles con las que poder dar rienda suelta a sus bajos instintos. La diferencia entre unos y otros, era que los primeros solían buscar una querida que mantener con cierta discreción mientras los segundos pretendían conseguir una mujer con la que fornicar, a ser posible sin tener que pagar, y en el peor de los casos manosear a tantas mujeres como fuera posible en el atestado salón.

Las fiestas de las cortesanas, a veces terminaban en orgías, que degeneraban en tumultos, cuando algún caballero usaba y no pagaba, o pagaba y era otro el que tocaba.

Aquel fue el lugar que eligió Madame Celina para la reunión con los agentes franceses. Un lugar donde nadie se fijaba realmente en los hombres, a excepción de las cortesanas, algunos caballeros procuraban no ser descubiertos por sus conocidos, mientras otros precisamente iban a la fiesta para encontrarse allí con sus amigos. Las máscaras ayudaban también

a mantener las identidades de cada quien a salvo. En aquella fiesta menos el rostro, todo lo demás solía estar al descubierto.

Madame Celina llevaba una máscara que cubría la mitad de su cara, y que se adornaba con plumas de color verde, haciendo juego con un vestido transparente que mostraba claramente el corsé y la ropa interior. Su escote era tan bajo que los pezones, que llevaba pintados de rojo, quedaban a la vista. La acompañaba un séquito de prostitutas, mujeres que trabajaban en su local y que llevaban vestidos tan escandalosos como su patrona, aunque ni las hechuras ni las telas tenían la calidad de las ropas que vestían o desvestían a Madame Celina.

Lord Charles Horton, había sido uno de los que habían ido a la fiesta, no llevaba máscara porque no necesitaba esconder su verdadera naturaleza. Recorrió la sala saludando a quienes reconocía, y devolvía el saludo de todos y de todas. Visitó varias veces las habitaciones traseras, donde se practicaba el sexo, con distintas mujeres antes de encontrarse con Madame Celina que parecía algo molesta.

¿No puedes dejar de pensar ni una noche con tu bragueta?

—¿Qué tiene de malo que me ejercite un poco antes de la reunión?

—Nunca te tomas nada en serio.— protestó la mujer.

Del brazo de su amante recorrió el salón. Varios hombres se fueron uniendo a la comitiva, como adoradores del sol, que en este caso era Celina, se dirigieron a un rincón del gran salón donde estaban dispuestos varios divanes.

—¿Y bien?— preguntó uno de los hombres de la comitiva, un hombre que por su aspecto parecía el mayor de todos, y también el de menor estatura. Bastante regordete.

Tenemos al codificador.— dijo un hombre que vestía de negro y resultaba bastante intimidante por su estatura y su complexión física.

—Perfecto.— dijo el hombre regordete.— ¿Cuánto tardarás en conseguir que colabore?. Es difícil de saber, el código está realizado a partir de operaciones matemáticas, dice que le llevó un año hacer el código y el libro de claves, y que no recuerda bien el proceso, aún así se está mostrando bastante colaborador.

¿Dónde lo tienes?— preguntó otro de los hombres. Tanto su aspecto como sus movimientos, incluido el tono de su voz, mostraba claramente

que se trataba de un militar.

Cada cual se ocupa de sus asuntos.— contestó el gigante de negro.— El codificador es mi asunto.. Por favor, caballeros.— dijo el regordete.— Necesitamos de la colaboración de todos para conseguir la información necesaria que nos permita ganar esta guerra. ¿Ha conseguido la información que le pedí?— preguntó al militar.

Aún no. Sólo he podido conseguir la posición y el número de tripulantes de los barcos que partirán hacia la Martinica. La ubicación del resto de los barcos de la armada en el Canal y en Gibraltar es imposible, se mueven libremente, hasta nueva orden del alto almirantazgo.

Bien, bien.— dijo el regordete y se volvió hacia Charles.— ¿tenemos las llaves? Charles se desató el pañuelo dejándolo caer a los lados de su cuello, y se sacó por la cabeza una cadena de la que pendían varias llaves.

—Todas están aquí.— se las entregó al hombre.. ¿Y usted, milord?— la pregunta se dirigía al último hombre del grupo, un hombre ataviado con ropas de caballero que llevaba una máscara veneciana, al contrario de sus compañeros, todos ellos llevaban una media mascara que les llegaba desde la punta de la nariz hasta el nacimiento del pelo, y a excepción de Charles, que no llevaba ninguna.

El hombre morirá como está previsto.— su voz sonaba a hueca por debajo de la porcelana que le cubría el rostro.. Charles.— le dijo el regordete.— Usted ayudará a Polifemo.

—No creo que lo haga.

Se hizo un silencio en el grupo, que se hizo palpable entre la algarabía de la fiesta.

¿Por qué razón no lo hará?— pregunto el regordete como si estuviera hablando con un niño.. No voy a matar a nadie.

—¿De qué cree que va todo esto?— siguió preguntando en el mismo tono de maestro de escuela a Charles.— Es la guerra. La gente muere.

Para mi tranquilidad, tanto la guerra como la gente que muere en ella, lo hace lo suficientemente lejos de mi para que no tenga que pensar demasiado en ello. Yo tengo otras virtudes.— miró a Celina sonriendo.

Trabajaré conmigo.— dijo el gigante.

—Pensaba que le gustaba trabajar solo.— exclamó el militar molesto.

No estés celoso.— le dijo Celina al militar.— Si te gustan los hombres grandes yo puedo conseguirte uno para ti solito.

El militar hizo intento de golpear a la cortesana, pero tanto el gigante como Charles se lo impidieron, colocándose delante de la mujer.. Son ustedes peor que niños.— dijo el regordete negando con la cabeza.— Cada cual sabe lo que tiene que hacer, nos veremos el 15 de abril, se les indicará el lugar de reunión a través de Celina.

Se despidieron, y mientras Madame Celina paseaba del brazo de Lord Charles por el salón con ojos depredadores, los demás abandonaron la fiesta.

—Ese hombre es un estúpido.— comento Celina mientras se acercaban a la pista de baile.. Pídele a Prometeo que acabe con él.

—Seguramente lo haga, en cuanto nos consiga lo que queremos.

Bailaron un vals de un modo que consiguieron escandalizar a los presentes, lo que no era una tarea fácil teniendo en cuenta el lugar, y las actividades que se estaban llevando a cabo, tanto en los cuartos como en los rincones del propio salón de baile. Muchos hombres aquella noche, hubieran pagado todo lo que tenían, para tener la posibilidad de ser amados por Celina. Ella sonrió a todos los hombres de la reunión y con su mirada les advertía que estaba a la venta, aunque su precio era una pequeña fortuna.

Cuando acabó el baile, Charles se despidió de ella.

—Me esperan en otra parte, un placer como siempre.

¿Crees que encontraré alguien interesante aquí?— preguntó ella, Charles sonrió al darse cuenta que ella estaba intentando darle celos.

—Tú consigues que las personas sean interesantes, mi querida amiga. Debido a que el vestuario que se había confeccionado con motivo de su boda le quedaba estrecho a causa del aumento de pecho y de cintura que estaba experimentado su cuerpo, y a su negativa a ceñirse el corsé para no perjudicar al bebe, la habían dejado sin nada que ponerse, lo que realmente no la importaba, porque no tenía ningún deseo de mostrarse en sociedad.

En primer lugar por la situación de incertidumbre que vivía respecto a su hermano Virgil. En segundo lugar, por la vulnerabilidad que sentía respecto de su situación con su marido, la idea de encontrarse con Lady Ocam la generaba tanta angustia que la revolvía el estómago, y la tercera

razón era su embarazo. Aunque aún no se notaba demasiado, seguía pareciéndole algo impropio mostrarse en su estado.

Finalmente y tras una dura negociación con los hombres de su familia, su marido, su padre y su suegro, accedió a estrenar cinco vestidos, destinados a los únicos bailes a los que asistiría durante la temporada.

El que daría el duque de Gloucester, abuelo de su marido, el del marqués de Surrey, tío de su marido, el de su suegro, el conde de Carrick del que sería anfitriona, el baile del almirantazgo, en casa de Lord Sterling, y al de su tío, el barón de Redclive. Ni siquiera Edmund consiguió convencerla para acompañarlo al teatro, o a cualquier otro evento de los muchos que se celebraban durante la temporada.

Rose estaba muy nerviosa, la relación con su marido era casi perfecta, quedaban muchas palabras por decir, pero sobre todo, en el corazón de Rose, pesaban las palabras que él la había dicho en aquella posada camino de Londres. Cuando estaban juntos y él se mostraba cariñoso, ella las olvidaba, pero no podía evitar recordarlas cuando se encontraba a solas. “si no existiera otra mujer, no te habría elegido a ti”.

La fiesta que se ofreció en la mansión del conde de Carrick, se celebró el 13 de marzo, las invitaciones habían sido enviadas, pero la nueva vizcondesa de Cortwind, que debería haberse estrenado como anfitriona tuvo que quedarse en cama.

Un terrible resfriado acompañado de dolor de cabeza, lagrimeo y estornudos constantes, dejaron su nariz y sus ojos rojos e hinchados. En su estado, el médico la prescribió reposo. A pesar de la música que llenaba la casa, y del miedo que sentía de lo que pudiera pasar entre su marido y Lady Ocam, que estaba invitada a la fiesta, se quedó dormida. No un sueño normal, ni febril, sino el sueño que los últimos días la atacaba dejándola casi inconsciente. El médico señaló, que al igual que el malestar matutino, aquel era otro síntoma de su estado, y que seguramente desaparecería en pocos meses.

Por su parte, el vizconde de Cortwind, junto a su padre, y a su tía la marquesa de Surrey, se mantuvo en la puerta hasta que la mayoría de los invitados llegaron a la fiesta.

Contestó mecánicamente a los que preguntaban por su esposa, y la disculpaba debido a un malestar, que resultaba cuanto menos misterioso

para la mayoría de los asistentes. Cuando la marquesa dio la orden, la orquesta empezó a tocar, los tres abandonaron la puerta para reunirse con el resto de los invitados.

Los condes de Ocam llegaron cuando ya se había iniciado el baile, la condesa parecía molesta y en su rostro se reflejaba un ceño que desapareció tan rápido como se acercaron a saludarlos. Mostrando su mejor sonrisa era una de las mujeres más hermosas del salón. Llevaba un vestido rojo, con un amplio escote que dejaba entrever la sombra de unos pezones de color rojo.

Edmund al verla no se conmovió más allá de sentirse avergonzado de su propia estupidez. Era consciente de su belleza, pero esta ya no le emocionaba, la decepción había borrado de golpe cualquier sentimiento de ternura hacia ella. Y al tenerla frente a él, sin ataduras morales, se dio cuenta que al lado de los sentimientos que le inspiraba su esposa, Elizabeth apenas había sido una tibia brisa de primavera.

Divisó a varios de sus primos, y se acercó al grupo, los hombres se callaron al verlo llegar.

—Soltadlo ya.— dijo Edmund.. Estábamos hablando de Lady Ocam y Charles.— confeso el vizconde Horton, su voz y su porte desprendían un halo de autoridad y saber estar, que le colocaban varios peldaños por encima del resto de los mortales. Quizás influyera que desde niño había sido separado del resto de sus hermanos y primos, para educarlo como al futuro duque de Gloucester, a pesar de las distancias físicas que tanto el abuelo como el padre habían tratado de poner entre el heredero y el mundo, todos los primos y hermanos tenían una conexión entre ellos que iba más allá de la amistad y el afecto.

¿Vais a contármelo, o pensáis que mi tierno corazón no podrá soportarlo?— bromeó. Casi pudo oír el suspiro de alivio de sus primos, junto al vizconde, estaban los hijos de su tío Lord Justin, Frederick y Marcus.

—No sabíamos como lo tomarías. Todos sabemos la relación que has mantenido con la condesa.

—Gracias a Dios eso es pasado.

—El abuelo va a llamar a Charles al orden.— dijo el vizconde de Horton.— Esta traspasando todos los límites.

—Yo le envidiaría si no tuviera tan mal gusto.— dijo Frederick.

—Yo veo que E., lady Ocam es una mujer muy bella.— dijo Edmund que no supo porque sintió la necesidad de reivindicarla.. Por eso no se entiende, que pudiendo estar con Lady Ocam, o con cualquiera en realidad. — dijo Marcus algo envidioso.— No sea algo más selectivo, pareciera que cualquier mujer sirve a nuestro adorable primo.

Edmund levantó las cejas de forma interrogativa, y su primo de manera poco elegante resopló, y continuó hablando, pero en susurros.

—Ha estado con Lady Sterling y con Lady Forsite que yo sepa. Y las dos mujeres que podrían ser su madre, se comportan con él como debutantes. Es repugnante. La música seguía sonando alegre, y las parejas bailaban una cuadrilla. Sus primos se dieron a la fuga en cuanto vieron acercarse a Lady Ocam, le dejaron solo. . ¿Sigues tan enfadado conmigo, que no me invitarás a bailar?— preguntó coqueta la condesa de Ocam.. Me parece que no seguimos el mismo ritmo, y no me sé los pasos de los bailes que parecen gustarte últimamente.

—Yo te enseñaré.— dijo insinuante y se inclinó hacia delante para que el pudiera apreciar su escote, y sus pezones.

Pasearon por el salón, la condesa de su brazo hasta que terminó la pieza, y entonces, se colocaron para bailar la nueva cuadrilla que empezó a sonar en cuanto las parejas estuvieron colocadas.

Durante los breves encuentros que les permitía la cuadrilla, ella se inclinaba mostrándole a él, y al resto de los asistentes el borde de sus pezones, que estaban más rojos de lo que recordaba. Finalmente se dio cuenta, como el resto de los presentes, de que la condesa se había pintado los pezones de un color parecido al que llevaba en los labios.

El rumor de que la condesa de Ocam se había coloreado los pezones, se extendió rápidamente por el salón. Las mujeres se abanicaban frenéticamente en señal de desaprobación mientras los caballeros trataban de conseguir acercarse lo suficiente para asomarse a mirar.

El conde de Ocam, parecía indiferente al escándalo que su mujer estaba provocando y se mantuvo dentro de un grupo de caballeros, entre los que estaba el marqués de Surrey y el conde de Carrick, ajenos al escándalo que recorría el salón se dirigieron a una sala para jugar a las cartas.

Lady Elizabeth, intentó todas sus mañas para mantenerse a la vista de Edmund, cuando la persecución se hizo evidente, la evitó sin sutilezas. No

pudo impedir sin embargo, que se sentase a su lado durante la cena.

Edmund estás resultando ser un hombre molesto, ¿Es que no vas a perdonarme nunca?, ¿No eres capaz de entender como me sentía?— preguntó la mujer en un susurro, volviendo a mostrarle sus pechos maquillados.

No, a la primera pregunta y no a la segunda. Me pregunto si vendrá Charles esta noche o te reunirás con él y su puta después.. Estaba furiosa contigo.— dijo la mujer ignorando el tono duro del vizconde.— Me sentía vulnerable y Charles se aprovechó. Oh, Edmund, reconoce que nuestra cama se había vuelto terriblemente aburrida.— le pasó disimuladamente la mano por el muslo, el se la apartó bruscamente, pero deseo tanto volver a tu cama, que no me importará si esta tu esposa en ella.

La idea le repugnó. La idea de acostarse con dos mujeres, era una de esas fantasías con la que todo hombre jugaba, pero era algo que uno sólo podía plantearse realizar con prostitutas. La idea de Rose participando en algo así, terminó de revolverle el estómago y despertarle del sueño que le había mantenido atado a esa mujer.

Durante menos de dos segundos, se sintió tentado a probar con Elizabeth y quizás Madame Celina. Se imaginó a sí mismo en la misma posición en la que encontró a su primo, y la fantasía se desplomó. No pudo evitar preguntarse, si hubiera sido capaz de algo así antes de casarse. La respuesta sonó alto y claro en su cabeza, no.

Decididamente debía ser un hombre poco sofisticado, se dijo a sí mismo, al comprender que lo único que deseaba era que terminara la fiesta para poder acostarse junto a su mujer, a la que sólo podría abrazar teniendo en cuenta su estado. Durante el baile que seguía a la cena, consiguió ignorar a Lady Elizabeth lo suficiente para que ella se mostrara molesta, pero no lo suficiente para que dejara de perseguirlo.

Al llegar la medianoche, el conde de Carrick y su hijo detuvieron la música para anunciar a los invitados la llegada de un nuevo miembro a la familia. Las mujeres aplaudieron y los caballeros empezaron a gritar sus felicitaciones. Los músicos tocaron un vals, que si Rose hubiera estado en la fiesta habría bailado con ella, su tía, la marquesa de Surrey ocupó su lugar. Se le fueron uniendo más parejas y el salón se transformó en un estanque repleto de narcisos de colores.

La condesa de Ocam sintió que le volcaban un jarro de agua fría cuando se anunció el embarazo de la vizcondesa de Cortwind. Empezó a temblar de indignación y de rabia, trató de controlarse y discretamente, mientras todos murmuraban las noticias observando al vizconde danzar con su tía, se escabulló hasta la terraza, con el ceño fruncido se quedó mirando el jardín, sin verlo.

Se alejó unos pasos hacia la oscuridad, se agarró a la baranda con las manos apretadas hasta que los nudillos se le pusieron blancos y trato de contener las lágrimas mientras terminaba el vals.

Sintió un cuerpo masculino apretarse contra su espalda. Imagino que era Edmund, y se dejó arrastrar hasta el jardín. Trató de volverse para mirarle, pero el hombre enterró la cara en su cuello impidiéndola girarse a mirarlo, mientras pasaba sus manos por sus pechos, primero midiéndolos, pesándolos y después tomando sus pezones entre sus dedos. Ella empezó a gemir de necesidad y se apretó contra el cuerpo masculino.

Te he extrañado.— la dijo una voz ronca a su oído. Ella hubiera querido soltarse al reconocer la voz de Charles, no era a él a quien ella esperaba seducir aquella noche, pero como siempre, Charles parecía hipnotizarla con su tacto, y llevarla hasta un estado de excitación que la impedía pensar en otra cosa que no fuera el placer, nadie la había tocado nunca como Charles.

Estaba jadeando de necesidad y apenas presionaba sus pezones, pero estos transmitían una corriente nerviosa directamente a su entrepierna. Ese hombre parecía conocer todos los puntos sensibles de una mujer, como enervar el deseo hasta borrar de su cabeza cualquier prejuicio, cualquier reparo. Parecía un ingeniero montando un mecano. Encajando las piezas de forma magistral para alcanzar el máximo placer.

Cuando dejó de acariciarla, sintió que podría morirse, se miraron, él parecía divertido, levantándola las faldas del vestido por encima de la cintura, la penetro en una única investida.

Has sido buena y te has pintado los pechos, y veo que tampoco llevas ropa interior como te pedí.— lamió su oído por dentro, dejándola temblando entre sus brazos, el permanecía inmóvil en su interior, ella trataba de moverse pero el peso del hombre se lo impedía.

La vio boquear impotente, buscando su boca y restregándose contra él, incitándole a que se moviera dentro de ella. Finalmente cedió, y

sosteniendo los muslos con sus antebrazos la levantó para dejarla en el aire, y empezó a entrar y salir de ella muy lentamente.

Ella se retorció contra él, rasgándose el vestido contra el árbol que la sostenía por la espalda, empezó a mordisquearla los pezones y a beber de ellos, degustando el sabor de la pintura, empezó a moverse dentro de ella, profunda y rítmicamente, hasta que ella gritó, él se movió más rápido para alcanzar su placer. Apenas un gemido sordo indico que él también había alcanzado el final.

Salió de ella, el dejó que se resbalara hasta el suelo, se cerró los pantalones y dándole la espalda volvió a la fiesta. Lady Elizabeth con las faldas aún por encima de su cintura se dejó caer en el suelo, incapaz de sostenerse, completamente laxa como consecuencia del placer recibido. Se sentía terriblemente avergonzada, pero increíblemente viva.

Cuando Charles entró al salón de baile, absolutamente relajado, sonrió de manera inocente a un grupo de jovencitas que parecían admirarlo entre risitas histéricas. Las saludo con una inclinación de cabeza, pero no se acercó a ellas.

Cuando la fiesta terminó, Edmund se recostó contra su esposa, dormía. Incluso con la nariz roja e hinchada, le pareció la más bella de las mujeres. La abrazó contra él. . ¿La has visto?— dijo ella sobre la piel de su costado.

—Duérmete.— le dijo.— Y no pienses más en ella, no es importante para mí. Ni debe serlo para ti.. ¿Estás seguro?

—Bastante seguro.

Le besó la frente y se durmió. Rose no tardó mucho en seguirle al reino de los sueños resignada a no poder estar segura de nada.

Rose se recuperó del enfriamiento a tiempo para poder asistir a la fiesta del Duque de Gloucester, que se celebró cinco días después. La fiesta había sido organizada de manera espectacular, todo el que era alguien en la alta sociedad estaba invitado. Rose nunca antes había estado en la mansión, durante su primera y única temporada estuvo alojada en la casa de su tío, el barón Redclive, y en aquel breve periodo, sólo fueron invitados a eventos menos sofisticados, ideados especialmente para que las debutantes de su círculo social pudieran encontrar un marido perteneciente al mismo círculo, y el duque de Gloucester y el barón Redclive, nunca hubieran coincidido en el mismo ambiente, de no ser por el matrimonio de Rose.

El duque había mandado dos tipos de invitaciones. Para los miembros más prominentes de la alta sociedad, la invitación incluía un pequeño baile de bienvenida y la cena, y para el resto, la invitación se refería al baile que se celebraría después de la cena, en torno a la medianoche.

Por desgracia para Rose, los condes de Ocam estaban en el primer grupo de invitados, así que en cuanto tuvo ocasión buscó la compañía de su padre, y trató de mantenerse a su lado, hasta que la familia del duque dejó el hall de entrada con la llegada del último de los invitados.

La puerta se cerraría y no se dejaría entrar a nadie más, hasta pasada la medianoche en que empezaría la segunda sesión de baile. Si alguno de los invitados a la cena se retrasaba, sabía que no podría entrar hasta que las puertas volvieran a abrirse.

La elegancia sobria de Rose contrastaba con la exuberancia de los vestidos del resto de las damas, todas habían adornado sus vestidos con piedras preciosas o perlas, y lucían joyas que hubieran servido para el rescate de un rey. Por otra parte, el colorido de los vestidos que llevaban las damas, iban del rojo intenso al dorado, pasando por distintas tonalidades del azul y el verde. Las damas solteras vestían colores más tenues, pero todas ellas lucían unos escotes que mostraban más que ocultaban.

Ella llevaba un sencillo vestido de cintura alta, con un escote que le cubría completamente los senos, el color del vestido era gris perla y se adornaba con un sencillo bordado en negro debajo del pecho, en los puños y en los vuelos de la falda. Llevaba unos sencillos pendientes de oro con una perla. Ningún colgante, y únicamente su anillo de bodas.

Aun cuando su atuendo era elegante y su aspecto resultaba absolutamente impecable, no pudo evitar sentirse como un pato entre cisnes. Para su tranquilidad mental, observó que la condesa de Ocam no parecía prestar atención a su marido, ni este a ella.

De la mano de su padre, de su marido, de su suegro, del duque, del marqués y del vizconde de Horton, quienes parecían haberse puesto de acuerdo para no dejarla sola, fue conversando en distintos grupos, mientras en la pista de baile los colores de los danzantes vestían el lugar de una magia especial.

Edmund la encontró sentada con otras mujeres. Mientras se acercaba a ella no podía evitar compararla con el resto. Una ola de amor le recorría al

comprender que su esposa, su Rose, era superior a todas ellas.

Su belleza y su elegancia no hacían que un hombre se volviera a mirarla, pero él no deseaba que fuera deseada, sino admirada, y eso lo conseguía con su serenidad y su inteligencia. La pasión que ambos compartían era un secreto que nadie podía imaginar viéndoles tan discretos y comedidos en público.

Cuando Rose le vio acercarse se disculpó con las mujeres con las que conversaban y se encaminó hacia él. Sin palabras la condujo a la pista donde empezó a sonar el vals que precedía a la cena. De repente el mundo desapareció.

Bailaron mirándose a los ojos y sintiendo el calor y el deseo del otro, a pesar de mantener la distancia adecuada, sus cuerpos se rozaban en los giros, y una extraña euforia los invadió. Cuando caminaban después del baile hacia el comedor, él acarició la mano que ella mantenía enlazada a su codo.

Desearía tenerte en la cama, ahora.— le susurro. Ella asintió, avergonzada por reconocer frente a todos, aunque estos ni siquiera lo advirtieran, el deseo que sentía por su marido.

Después de medianoche, la mansión se llenó de gente, tuvieron que abrirse varias salas más, para dar cabida a la cantidad de personas que iban llegando. Había cuatro pequeñas salas donde se jugaba a las cartas, la biblioteca y el estudio se abrieron para que los caballeros pudieran fumar sus cigarros sin tener que salir al frío de la noche.

Durante la fiesta, a Lady Ocam no le importo ponerse en evidencia, pero esta vez el objeto de su persecución no fue Edmund, sino su primo Charles. Como dos niños jugando ella se acercaba y él se escapaba entre la multitud, cuando parecía que lo había perdido, una mano le apretaba una nalga, y le sorprendía sonriéndola de aquella manera que prometía otro tipo de placeres. Las caricias disimuladas no pasaron desapercibidas, y el rumor del escándalo se fue trasladando de boca en boca entre los asistentes.

Ella estaba tan excitada que cuando él cogió su mano, no la importó que lo hiciera delante del todo el mundo, no la importó que de aquella manera impropia la llevará a través de la galería, donde otras personas deambulaban en pequeños grupos conversando, y frente a todos la

empujara a uno de los salones, él no se molestó en cerrar la puerta. Eso la excitó aún más.

Este juego se juega a mi manera.— le dijo mientras le bajaba las mangas y el escote, dejando sus pechos al aire. La miró a los ojos, no la había tocado pero jadeaba expectante ante el contacto. El sopló sobre sus pezones, estos reaccionaron irguiéndose, mamó de cada uno de sus pechos como lo haría un bebé, pero jugando con su lengua y sus dientes. Ella se estaba derritiendo, la fue empujando hasta que quedó sentada sobre la mesa, se arrodilló frente a ella, y le fue levantando la falda hasta que solo quedaron a la vista las medias, como la vez anterior, no llevaba ropa interior.

Estaba paseando indolentemente los dedos por los muslos de la condesa, mientras esta parecía estar sufriendo una terrible agonía. Apenas había llegado a su centro húmedo y caliente con su pulgar cuando oyeron voces. El no dejaba de acariciarla mientras las voces se acercaban. Cuando estaban a punto de llegar, aceleró el movimiento haciendo que se estremeciera en un placer que la convulsionaba todo el cuerpo. Como la vez anterior la dejó sin una palabra.

Apenas le dio tiempo a esconderse detrás de las cortinas de terciopelo. Con el rostro encendido, y hambrienta aún, se fue tranquilizando mientras los dos hombres que acababan de entrar, cerraban la puerta.

Miro por un hueco que dejaba las cortinas de la ventana, vio a dos hombres, reconoció a uno de ellos, Lord Chierton uno de aquellos nobles que se dedicaban a los negocios y que eran considerados mercenarios por mancharse las manos trabajando, se preguntó porque lo habría invitado el duque. Después recordó que era el hermano de la mujer de Lord Justin, el hijo del anfitrión.

Ya estás aquí.— le dijo Lord Chierton al hombre.— Ahora yo me lavo las manos. . No puedo acercarme a ella, no la dejan sola ni un momento. Sólo tienes que decirle que la espero aquí. Lo que pase después no es asunto de nadie. Nadie lo sabrá.. Mortimer no insistas.

—Esperare aquí de todos modos.— le dijo suplicante a su amigo.— Si me ayudas puedo asegurarte que el banco te condonara la mitad de la deuda, y te concederá un plazo más que razonable para el resto.

Está bien.— resopló resignado Lord Mortimer no sabía que estaba siendo observado, por eso se dejó caer en una silla y apoyando los codos en las rodillas enterró la cara entre las manos, mostrándose tan vulnerable como se sentía.

Lord Chierton busco a la vizcondesa de Cortwind, consiguió introducirse en el grupo donde ella estaba conversando, tardó más de diez minutos en poder transmitirla el mensaje de Lord Mortimer. Lord Chierton le dio la espalda sin esperar a ver su reacción, Rose estaba indignada. Más que eso. Hubiera buscado a su marido para contárselo, pero no podría soportar la vergüenza de verse expuesta nuevamente a la humillación, así que buscó a su padre para que la acompañara.

Edmund que había estado observando a su esposa durante toda la noche, al igual que el resto de la familia, intentaron que no se sintiera intimidada por la grandiosidad de la familia de la que ya formaba parte, pero además la miraba porque había en ella una luz, que al parecer sólo él percibía, que le mantenía pendiente de cada gesto, cada baile y cada conversación en la que participaba.

Cuando la vio salir del brazo de su padre, sintió la necesidad de seguirlos y lo hizo. Se disculpó con el grupo con el que conversaba en ese momento, y se marchó pensando en la posibilidad de pasear con su esposa por el jardín y robarle un beso, o varios.

La galería estaba llena de gente que paseaba, conversaba en corrillos o admiraban las pinturas que se exponían en el amplio corredor. El apenas se entretuvo saludando con la cabeza, cuando estaba a punto de entrar en el cuarto donde lo habían hecho su mujer y su suegro, oyó la voz indignada de este.

¿Qué diablos pretende al citar a mi hija aquí?

—¿No podemos ser amigos, Rose?— dijo Lord Mortimer mirando fijamente a la mujer, ignorando a Redclive.

Edmund sintió que se le revolvía el estómago al oír que otro hombre llamaba a su esposa por su nombre. Se detuvo a escuchar desde el pasillo.

—No podemos.— oyó decir a su esposa, reconoció en su voz la misma dureza con la que le había hablado antes de su reconciliación.

—Te sigo amando. ¿Por qué no me esperaste? Te dije que volvería.. Esta conversación ha durado demasiado.— dijo Redclive realmente

enfadado.— Mi hija es una dama decente. Si se acerca a ella de nuevo, tomaré las medidas oportunas. Si no le reto en este momento a un duelo, es para evitar el escándalo. Pero se lo advierto, no vuelva a acercarse a mi hija.

Edmund se alejó de la puerta y se escondió en un recoveco de la galería, ni Redclive ni Rose advirtieron su presencia, caminaban airados de vuelta a la sala de baile. A pesar de la reacción de Rose, y de que acudió a la cita acompañada de su padre, no pudo evitar el mordisco de los celos. Quizás ella todavía amara a ese hombre, y quizás ese hombre siguiera insistiendo hasta conseguir hacerla olvidar sus votos matrimoniales.

Observó a Lord Mortimer cuando salió del cuarto, le pareció un hombre que podía gustar a las mujeres. Apuesto y elegante, un rival a tener en cuenta. Se dirigió al salón en busca de Rose, pero el deseo de besarla en algún rincón oscuro del jardín dejó paso al deseo de alejarla de su rival, y del mundo.

Cuando Edmund la convenció de volver a Oxford, ella se sintió aliviada de alejarse de las fiestas y el bullicio de Londres, pero algo en la forma en que se comportaba su marido, la hizo sospechar que lo que quería en realidad era apartarla de su vida, para retomar su relación con Lady Ocam.

Los celos que ambos mantenían para sí mismos, actuaban sobre su pasión como una corriente de aire frío. Seguían amándose pero cada cual retenía una parte que el otro echaba en falta. No era nada concreto, pero estaba allí, tan presente como la cama o los muebles de la habitación.

Capítulo 6

Oxford, abril de 1805

ANTES de marcharse, Edmund le pidió a Ackinson que averiguara todo lo que pudiera de Lord Mortimer. Sabía que los celos le estaban volviendo irracional, pero la idea de que Rose pudiera engañarle era más de lo que podía soportar.

Estaban preparados para su partida cuando el marqués de Surrey se presentó en la casa de su cuñado. Estaba furioso.

—¿Qué ocurre?— preguntó el conde.. Charles, por supuesto, eso ocurre.— bramó el recién llegado.— Ahora se ha vuelto inseparable de Ocam, después de haber mantenido relaciones con su mujer a la vista de todo el mundo.— Como si se diera cuenta de repente de las implicaciones de sus palabras, miró a Edmund casi arrepentido.

Eso es agua pasada, continúa.— dijo Edmund quitándole importancia al tema.— ¿Qué es exactamente lo que ha hecho?

La idea de su primo en la cama con Ocam y Elizabeth le revolvió el estómago.. Mi hijo, y su inseparable amigo, Ocam.— trataba de mantener la respiración controlada.— estuvieron en una fiesta que daba la tal Celina. Charles fornicó con una mujer frente a todos, la mujer llevaba una máscara. Aunque nadie la vio el rostro, se ha extendido el rumor de que se trataba de la condesa de Ocam.

El silencio se hizo tenso, Carrick sirvió una copa de brandy que entrego inmediatamente al marqués. Este la bebió de un trago.

—¿Qué piensas hacer?— preguntó Carrick.. Mi padre y yo le convocamos, pero se presentó borracho, nada de lo que le dijimos pareció

afectarle, estábamos furiosos, y él simplemente parecía aburrido.— bramó, hasta se atrevió a quedarse dormido. Le hemos cortado la asignación. Hemos dado órdenes de que no se le permita entrar en ninguna de nuestras propiedades. He venido a pedirte lo mismo.

Por supuesto.— dijo el conde.— Daré órdenes para que tampoco se le reciba en ninguna de mis casas.

—Gracias. Espero que cuando vea que su familia le da la espalda, recapacite y haga algo con su vida.

Se marchó enseguida. Rose se cruzó con él cuando bajaba al vestíbulo, el hombre estaba tan furioso que ni siquiera la vio. Dos horas después estaban en Corthouse, después de dejar a Redclive en su casa. Edmund decidió salir a cabalgar para desentumecerse, aunque lo que realmente le hubiera apetecido era compartir la siesta con su esposa, pero Rose caía en un sueño demasiado profundo, y sus caricias sólo conseguían hacerla ronronear dejándole completamente insatisfecho, ya que era incapaz de hacerla el amor estando ella dormida, por muy dispuesta que pudiera parecerle al oírla gemir y suspirar. La tarde resultó cálida, y el aroma de la primavera parecía invadir cada brote nuevo, llegó hasta el río, y después, decidió acercarse hasta las posiciones desde donde sus hombres habían quedado vigilando la casa de Redclive. Encontró al primero de ellos, el Sr. Button en la cabaña del guarda. Le sorprendió terminando de comer, el hombre se levantó al ver al vizconde, y le saludó, parecía dudar en ofrecerle a compartir la comida, de la que apenas quedaba un pedazo de carne, finalmente le ofreció cerveza. El vizconde aceptó un vaso, y se sentó a la mesa.

Termine de comer, no se preocupe por mí. ¿Alguna novedad por aquí? — preguntó a su hombre.. Todo tranquilo por esta parte. Dos días después de marcharse un caballero pregunto por el Sr. Redclive en el pueblo, cuando le dijeron que se había ido, se monto en un carruaje muy elegante y se volvió a Londres.

¿Cómo era?

—Era un hombre grande, vestía completamente de negro, le vi de lejos, quizás el párroco pueda decirle algo más. Fue con él con el que estuvo hablando.. Ahora que estamos aquí de nuevo, no deben bajar la guardia.

—Por supuesto, milord.

Se le había hecho tarde para ir hasta el pueblo y volver a tiempo para la cena.

Cenaron los dos solos, y después Edmund la amó con desesperación, como si la amenaza de perderla no fuera una posibilidad remota. La desnudó despacio, y besó su vientre apenas abultado, y los pechos, ella suspiró. El se incendió, controlando apenas el deseo la recorrió con las manos y la boca hasta hacerla gemir entre sus brazos, después la veneró con su cuerpo, moviéndose con ella, dentro de ella, sobre ella, ambos respirando el mismo aire, mezclando sus lenguas, su aliento. Una carrera de fondo que ambos querían ganar, finalmente llegaron a la meta al mismo tiempo, estaban sincronizados de un modo extraordinario, como dos piezas de un objeto que sólo se completaba cuando estaban juntos, plenos, agotados y unidos por algo más que el sexo.

Edmund decidió acercarse a Londres temprano para informar del merodeador, descartó a Lord Mortimer pues este sabía que Rose estaba en Londres. Cuando Rose encontró la nota de su marido, todos sus miedos se hicieron realidad. Le informaba que sólo estaría fuera un par de días.

El dolor y la tristeza por alguna extraña razón, o quizás debido a su estado la sumieron en un estado de letargo, que llegó a preocupar a Jenny, su doncella, que lo comentó con el resto del servicio. El médico no encontró nada que justificara tal estado. Ni había sangrado, ni tenía fiebre, ni ningún otro síntoma que pudiera ser alarmante, así que la dejaron dormir.

Edmund regresó dos días más tarde, después de reunirse con su primo Peter quien le informó que sospechaban del lugar donde podría estar secuestrado su cuñado, Virgil, y poco después se reunió con Ackinson quien le entregó un informe de varias páginas referidas a Lord Mortimer. Ambos hombres junto con su suegro, regresaron a Oxford, desviándose a las afueras del pueblo, donde Edmund tomaría el camino de Corthouse y Ackinson el que le llevaba a la posada, a las afueras del pueblo, donde tenía alquilado un cuarto. Redclive se había separado de ellos dos kilómetros atrás para tomar el camino a su casa.

Algo le pareció diferente cuando se acercó a la mansión, no supo decir que era, pero supo que algo había pasado. Ningún lacayo llegó al punto para coger el caballo, desmontó y el mismo lo llevó a las cuadras, allí

tampoco había nadie. La sensación le erizó la piel. No llevaba ningún arma encima, busco entre los utensilios que colgaban en las paredes del establo.

De entre todos los aperos que colgaban ordenados en la pared, se decidió por un tridente que se utilizaba para pasar el heno a los compartimentos de los caballos. Dio la vuelta al establo, y se encaminó a la parte trasera de la casa. Llegó al huerto donde la cocinera cultivaba sus vegetales, saltó la pequeña pared, y con cuidado llegó hasta el portillo, enfrente estaba la puerta de la cocina. Le recibió de nuevo el silencio. Ni la cocinera ni ninguna de las criadas se encontraba allí. Estaba erizado como un gato cuando se asomó al pasillo, nadie tampoco. Con la horquilla en la mano subió corriendo las escaleras y entró en tromba a la habitación donde debería estar descansando Rose.

Nadie entró en su cuarto a través del vestidor, y sacó una pistola de la mesita de noche, bajó de nuevo a la planta baja con la horquilla bajo un brazo y empuñando el arma con la otra mano, entró en el despacho y se hizo con otra pistola que se guardó en el bolsillo del abrigo.

Armado recorrió el resto de la casa, habitación por habitación, llamo a su mujer, y a los criados a gritos. Sólo contestó el eco de su propia voz. Oyó unos cascos de caballo acercarse, se asomó por la ventana y vio a Ackinson con los dos hombres encargados de vigilar la casa de su suegro, galopando hacia allí. Salió a su encuentro.

Hemos visto a su mujer en la posada. Cuando se fueron vimos que Lady Cortwind se había dejado el guante sobre la mesa, cuando lo recogí encontré una nota dentro. Leyó la nota, y sintió que el hielo que le estaba corriendo por las venas se deshizo y comenzó a hervir. Era una nota firmada por Lord Mortimer, donde la citaba en la posada del pueblo.

Bájese.— le ordenó a uno de los jinetes.— Usted se quedara aquí y tratara de averiguar dónde está todo el mundo. Nosotros vamos a buscar a mi esposa. Pero pasaremos antes por la casa de mi suegro.

Aunque todos los indicios señalaban claramente que algo extraño estaba ocurriendo, Lord Edmund Cortwind sólo podía pensar en que su mujer se había fugado con un antiguo amor, y al no poder matarlos a ellos, sentía la necesidad de reclamarle a alguien, y Redclive, era ese alguien.

Desmontó y entró en la casa en zancada y media, se dirigió al estudio ignorando al mayordomo, su suegro se había levantado al verlo llegar, pero

no le dio tiempo a salir de detrás del escritorio.

—¿Dónde diablos se ha ido?— le lanzó la nota de Mortimer a la cara, esta planeó violentamente golpeando en el pecho de Redclive, y cayó mostrando unos signos garabateados en el dorso.

Redclive reconoció el código, ignorando a su yerno, saco un pequeño libro negro del cajón, y examinó los garabatos, le llevó apenas dos minutos. Edmund que reconoció el mensaje cifrado, le dejó hacer mientras trataba de controlar sus instintos asesinos.

Ese hombre está loco.— dijo al fin.— Ha secuestrado a mi hija.

Edmund cogió a su suegro de la pechera y lo levantó sobre la punta de sus pies.

Ahora me doy cuenta que usted también está implicado, y si no me dice donde esta mi esposa, juro por Dios que le golpearé hasta matarlo.

Redclive se agarró al puño que le agarraba de la pechera.

—Muchacho, por Dios no es momento de perder la calma. Créame mi hija ha sido secuestrada, ella misma lo dice. Compruébelo.

Le soltó, examinó los garabatos y durante algo más de cuatro minutos consiguió transcribir el mensaje.

“Mortimer está loco. Pretende que nos casemos.”. ¿Me quiere hacer creer que mi esposa, escribiría una nota de auxilio en el código fit, un código que sólo conocen unas pocas personas? No soy tan ingenuo, aunque últimamente todos consigan engañarme.

Ella ideó el sistema fit. En realidad la mayoría de los códigos que se han venido utilizando en los últimos tres años han sido obra suya. No podemos perder el tiempo discutiendo, tenemos que ir por ella, puede estar en peligro.

A pesar de la nota de preocupación en las palabras de Redclive, la serenidad de su voz consiguió que Edmund pudiera recapacitar sobre lo que acababa de descubrir. Rose era el codificador. Aquello no disminuyó su preocupación. La incremento.

Redclive ordenó que le ensillaran un caballo, apenas estaba sobre él cuando llegó el hombre al que había desmontado en el patio de Corthouse.

—Se la han llevado, milord.— dijo jadeando.— Todos los criados estaban maniatados y amordazados en el cuarto del carbón.

—Nada de esto tiene sentido.— dijo Redclive.— Mortimer no puede estar tan loco para pensar que puede casarse con mi hija, cuando ambos están ya casados. . Quizás tenga planeado que ambos enviuden pronto.— dijo Ackinson. . Volveré a Londres.— dijo Redclive.— Hay que avisar a Lord Sterling de que el codificador está en peligro.

—¿El no lo sabía?— preguntó Edmund confundido todavía e incapaz de reconocer la identidad del codificador en Rose.. Sólo Virgil y yo.

—Podemos ir hacia el norte.— dijo Ackinson.— La familia de Lord Mortimer tiene una propiedad por la zona de Shottery. Lord Sterling puede tratar de averiguar algo más en Londres.

A Edmund le hubiera gustado marcharse directamente desde allí, tal y como estaban. Pero Ackinson le convenció de la necesidad de prepararse para el viaje, así que regresaron a Corthouse, para coger dinero, y algo de comida. No tuvo ninguna duda sobre la veracidad del secuestro cuando pudo mirar el estado en que todos los criados de la casa, más de quince, aparecieron ante él con señales de haber sido golpeados duramente, algunos de ellos presentaba heridas graves que en aquel momento atendía el doctor.

Redclive tardó menos de hora y media en llegar al Almirantazgo donde le contó lo sucedido a lord Sterling, este no se sintió muy feliz de que alguien se hubiera llevado, aunque fuera por razones románticas, a la persona que conocía todos los códigos del ministerio de la guerra.

Los hombres a los que Lord Sterling había encomendado la búsqueda de la vizcondesa de Sterling, no entendieron que tuvieran que dejar su trabajo cuando estaban a punto de descubrir la identidad de Perseo y Prometeo en Londres, para tratar de recuperar a una mujer que, al parecer, había escapado con su amante. No discutieron las órdenes.

Dos hombres se dirigieron a la mansión de los Crouser. La casa del famoso banquero estaba situada a las afueras de Londres, cerca de Lumisbury. La verja que daba acceso a la finca estaba cerrada pero no había ningún portero a la vista. La paciencia no era el fuerte de aquellos hombres, que estaban deseando acabar con aquella misión para poder volver a su labor de descubrir espías. Saltaron la tapia.

Oyeron ladrar a los perros, se quedaron quietos esperando verlos avanzar hacia ellos. Los ladridos se oían desde el mismo sitio, se miraron

aliviados, seguramente estaban atados. Se encaminaron hacia la casa. Nadie salió a recibirles, cuando entraron en el vestíbulo de la mansión, sacaron sus armas. Oyeron unos gemidos en la parte trasera.

Encontraron a varios criados atados y amordazados en la cocina. El mayordomo fue el que habló.. ¿Quiénes son ustedes? Aunque gracias por haber venido.— estaba histérico.— ¿Y la señora?, ¿y el patrón? Estaban arriba cuando llegaron esos hombres. Llevamos más de dos días así, atados como corderos.

Silencio.— dijo uno de aquellos hombres deteniendo con su voz autoritaria la charla histérica y confusa del mayordomo.— Mi nombre es Raymond Jewells, y este es Colin Steven.— dijo señalando a su compañero.— Contestarán a mis preguntas mientras Colin registra el resto de la casa. ¿De acuerdo?

Todos asintieron, aún cuando no hubieran estado tan agotados física y mentalmente, el toque marcial de la voz del hombre los hubiera hecho asentir igualmente. . ¿Cuándo fueron atacados? . Haces dos días, estábamos...— el mayordomo cortó el discurso a un gesto del hombre que estaba interrogándolos.. ¿Cuántos hombres?

—Cinco.— Esta vez fue conciso.

—¿Cómo consiguieron entrar?

Me apuntaron con un arma.— dijo uno de los criados.— No tuve más opción que abrirles. Cuando Colin Steven bajó con un pañuelo bajo la nariz, Raymond había conseguido reunir suficiente información sobre como se había producido el ataque, y la apariencia de los atacantes.

Están muertos.— dijo Colin haciendo un gesto hacia el piso superior, dos mujeres empezaron a sollozar.— El hombre parece haber muerto de forma natural, la mujer ha sido degollada.

Más llantos.

—Tenemos que irnos. Avisen a las autoridades. Si les preguntan por nosotros informen que nos pondremos en contacto con ellos.

Los dos hombres salieron esta vez por la verja, el guarda la abrió con la llave, y corrió de nuevo a la casa.

—¿Raymond Jewells y Colin Steven? — Preguntó divertido uno de los hombres al otro cuando se alejaban de la mansión.

—En la próxima parada te dejare que seas tú quien nos bautice.— dijo el que se había presentado como Raymond.

—Creo que me gustan estos, deberíamos conservarlos un poco más. ¿Qué piensas de lo que ha pasado?. Evidentemente son asesinos contratados por alguien. No se han llevado nada de valor, y la casa estaba llena de pequeños tesoros para un ratero. Vinieron aquí con el único propósito de matar. Por las descripciones de los atacantes, parecen marineros más que asesinos, pero claro pueden ser ambas cosas.

Eso nos hace deducir.— dijo Colin.— que Lord Mortimer pretende matar a Lord Cortwind antes de llevarse a su mujer, no a Gretna, sino a un barco, donde el capitán pueda casarlos siendo ambos viudos.

Edmund no es tan fácil de matar.

—Olvidaba que era tu primo. Lo siento.

—No lo sientas. Edmund es más de lo que parece. Nunca pierde la calma.

El vizconde de Cortwind, no sólo había perdido la calma, también el sentido común en opinión de Ackinson. Después de haber cabalgado hacia el norte, agotado los caballos y maldecido mil veces, Edmund pretendía continuar la persecución en plena noche, en una zona desconocida para todos ellos, y sin considerar que quizás estaban siguiendo un rumbo equivocado, nadie de los que habían preguntado había visto a ninguna persona que respondiera a las descripciones de la vizcondesa y su secuestrador.

Ackinson estaba realmente preocupado. Seguían el camino principal. Lord Cortwind no había perdido por completo la razón, a pesar de la oscuridad de la noche, el camino permitía a los hombres cabalgar al trote con cierta seguridad, el suelo era de tierra y el paso constante de carros, carruajes y jinetes era garantía suficiente para Edmund, de que los caballos no encontrarían ningún obstáculo en el camino.

Pero no podía parar. Escuchaba a sus hombres, y aun cuando comprendía que tenían razón, pararse no era una opción. Si se detenía se moriría. El corazón se le aceleraba y se le detenía cada vez que pensaba en Rose, y en el hijo que llevaba en su vientre. ¿Cómo podía plantearse siquiera descansar cuando ella podía estar en peligro, o en el peor de los

casos, en los brazos de otro hombre? Simplemente no sabía manejar esa idea, y sus pensamientos y sus acciones huían hacia la acción.

Tenía la esperanza de encontrar alguna casa de postas donde cambiar los caballos antes de agotarlos por completo, ese era el único tiempo que pensaba perder, no le importaba si tenía que continuar solo, o atarse al caballo para no caer al suelo si se dormía, pero no permitiría que Rose se perdiera en la noche. Aunque una parte de él, sabía que podían estar siguiendo un camino equivocado, seguirlo era la única acción que le empujaba hacia delante, hacia Rose.

El sonido de los cascos de los caballos retumbaba en la oscuridad que les envolvía. Un sonido monótono que se vio interrumpido con un disparo que vino de las sombras de la cuneta situada a su derecha.

Desmontaron en milésimas de segundos, parapetados tras los cuerpos de los caballos consiguieron arrastrarse hasta quedar tumbados boca abajo, desde esta posición espolearon a los caballos que emprendieron una corta carrera para quedar parados a pocos metros de donde se encontraban, demasiado cansados para huir.

Otro disparo sonó a sus espaldas levantando la hierba que se encontraba entre Edmund y Ackinson, los dos se giraron al mismo tiempo y con la misma rapidez dispararon hacia el lugar de donde procedía el disparo. Se oyó una maldición y un grito de dolor.

Los dos hombres que los acompañaban, fueron reptando, dibujando un semicírculo en el suelo, en dirección al primero de los tiradores. Edmund y Ackinson volvieron a tumbarse, pegados a la tierra ni siquiera podían verse las caras, a pesar de estar a menos de un metro de distancia.

Un nuevo disparo. El fogonazo les marcó la diana, ambos hombres volvieron a disparar. Esta vez no se oyó nada más que un cuerpo caer. Ambos hombres rodaron sobre sí mismos para evitar anunciar su posición, dos disparos fallaron su trayectoria por centímetros.

No pudieron disparar, en cuanto consiguieron una nueva posición, cargaron sus armas, y se dispusieron a esperar un nuevo ataque. Los dos hombres de Ackinson consiguieron llegar hasta el sujeto que había disparado la primera vez, este estaba agazapado a los pies de un árbol, utilizando su tronco como parapeto. Atento a su objetivo, no se percató de la presencia de los dos hombres a su costado, hasta que sintió el golpe que

lo dejó inconsciente. Mientras uno de ellos lo maniataba, el otro siguió reptando por el suelo, en dirección a los otros.

Su movimiento apenas perceptible, alertó a uno de los asaltantes que disparó en su dirección, le alcanzo una pierna a Button. Dos disparos abatieron al que acababa de disparar. Un minuto de silencio, el hombre herido enterró su cara en la tierra para evitar un sonido que delatara su posición.

Ackinson se acercó al hombre herido. Le tanteó, con el arma dispuesta a disparar. El vizconde desde su posición tenía el arma dispuesta, tres disparos más sonaron a la espalda de los dos asaltantes que escaparon galopando como alma que lleva el diablo a través de la noche.

Era una emboscada.— dijo al fin Ackinson.— ¿Button, estás bien?

—Creo que me han roto el hueso.— dijo el hombre jadeando de dolor.

—Rupert.— grito el vizconde.

—Estoy bien, milord.

Media hora después llegaron a una granja, despertaron a la familia que vivía allí, estos los miraban aturdidos, estaban vestidos con ropas de dormir, asustados y medio dormidos no pudieron impedir que los hombres entrasen.

El vizconde dejó caer en la mesa dos guineas.

—Vaya a buscar a un médico, y a quien represente la autoridad en esta zona. Si le preguntan quien le envía, dígales que el vizconde de Cortwind. Las monedas y el título tranquilizaron a la familia. La mujer regresó a los niños a la cama, una habitación en la trasera de la casa, y después les preparo té, y puso a cocer agua para limpiar la sangre del herido, al que habían tumbado sobre la mesa de la cocina.

El médico llegó antes que Lord Orgins, el magistrado de la zona. Cuando este por fin llegó a la casa del granjero, Button ya había sido atendido, y yacía inconsciente en la cama de matrimonio de los granjeros. Otro hombre gruñía, atado y amordazado junto a la puerta.

Cortwind.— saludó el magistrado, un caballero de la misma edad que el vizconde. ¿Qué ha pasado?

El vizconde había preparado una historia para no comprometer la reputación de su esposa, pero al ver que el magistrado era uno de sus mejores amigos de la escuela, le contó todo. A excepción de las habilidades

de su esposa con los códigos que utilizaba la inteligencia británica para comunicarse.

Conozco a Lord Mortimer, su padre tenía una propiedad cerca de Shottery. . Está cerca de aquí. Unas dos horas.

Ackinson, Rupert y Lord Orgins no pudieron convencerle para descansar y continuar la búsqueda apenas amaneciera, así que dejaron a Button al cuidado de los granjeros, y se dirigieron hacia la propiedad del barón de Apton, hermano de Lord Mortimer.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Shottery, Abril 1805

LADY Rose Cortwind, vizcondesa del mismo nombre, había decidido fingir que dormía, pero no tuvo que fingir durante mucho tiempo antes de caer absoluta y profundamente en un estado de semiinconsciencia.

A pesar de que se había mantenido alerta durante el trayecto de Corthouse a la posada, permitiendo dejar la nota en su guante, bebió el té que Lord Mortimer le había servido en el salón privado de la posada. Había estado tan ocupada escribiendo, y había endulzado tanto la bebida, que ni vio a su secuestrador verter el láudano en la tetera, ni apreció su sabor al beberlo.

Cuando despertó tenía la boca seca y estropajosa, una criada le ofreció un vaso de agua que se bebió casi sin respirar. Entonces fue cuando paseó su mirada a su alrededor.

Estaba tendida en una cama con dosel, cuyas cortinas estaban prendidas en las esquinas, además de la mujer que parecía estar a punto de sufrir un colapso nervioso, apreció la calidad de los muebles que decoraban la habitación. Trató de hablar sin conseguirlo, la mujer le llenó de nuevo el vaso con agua.

Esta vez lo bebió despacio. Se incorporó en la cama, pero tuvo que volver a recostarse por el mareo y el revuelto de su estómago, cerró los ojos con fuerza tratando de controlar las náuseas.

¿Qué ha pasado?— dijo cada palabra entre bocanada y bocanada de aire. . Esta usted en Aptonhouse, milady.— dijo la mujer a la que temblaba la voz. . ¿Por qué estoy aquí?

La criada no contesto, llenó de nuevo el vaso de agua y después de entregárselo salió corriendo de la habitación, Rose se incorporo lo imprescindible para volver a beber. Al minuto siguiente entró en la habitación Lord Mortimer. Recordó entonces como la habían sacado de su casa amenazando con matar a los criados de la casa si no colaboraba. Uno de aquellos hombres le entregó una nota.

¿Qué es lo que pretendes?— preguntó al hombre que se acercaba a la cama sonriendo.

—Recuperar mi vida, nuestra vida.

Se sentó a su costado, haciendo que el colchón se hundiera por ese lado. El movimiento lo sintió en sus tripas como una tormenta en alta mar.. Cada cual tiene la suya.— dijo Rose que se sentía incapaz de seguir una conversación con el contenido de su estomago en pleno maremoto.— Y aun cuando no fuera así, ¿no crees que es muy presuntuoso por tu parte, pensar que yo estaría dispuesta a irme contigo después de todo este tiempo?

—Me esperaste durante dos años, Rose, lo sé porque he pagado a un hombre para que me informara de tu vida, siento no haber venido antes, cuando el párroco me escribió informándome de la boda, era demasiado tarde, aunque cogí el primer barco, no llegué a tiempo.— dijo él.

No tenías que haber vuelto. Para empezar cuando me abandonaste, yo decidí olvidarte, y aunque no fuera así, estoy casada y estoy esperando un hijo. ¿Acaso no te das cuenta de la locura que estás cometiendo?

Entonces era un segundón.— la dijo a modo de explicación, ella oía sus palabras como si estuviera en otra dimensión, mientras trataba de aquietar el estómago.— Mi padre no tenía suficiente patrimonio para el heredero, la dote de mi hermana y para mí. Si no me hubiera casado entonces, no hubiéramos podido estar juntos ni entonces, ni ahora. Te amaba, te amo. Pero no era suficiente.

Me gustaría saber que pretendes hacer.

—Nos marcharemos a Jamaica, allí tengo una plantación, mi hermana y mi hijo nos esperan allí. Nos casaremos durante el viaje.. Ambos estamos casados.

—Yo acabo de enviudar y tú si no eres viuda ahora, lo serás pronto.

La idea de que Edmund pudiera estar muerto, la llenó de angustia, una angustia que sirvió para terminar de remover el contenido de su estomago,

se levantó y vomitó a un lado de la cama.

El la sostuvo por los hombros mientras vaciaba su estómago, la limpió y la recostó de vuelta a la cama.

—Te mandaré a la Señora Doherty. Procura descansar, la misma mujer que se había marchado, apareció con una bandeja conteniendo un servicio de té y un pedazo de tarta de limón. Al ver el desastre producido por el estómago de Rose, salió del cuarto, y volvió con dos mujeres que en silencio limpiaron la habitación.

A pesar de su estado de aturdimiento, Rose no pasó por alto que las tres mujeres parecían aterradas. Trató de pensar con claridad, pero las ideas se le volaban de la cabeza y se le cerraban los ojos, trató de mantenerse despierta.

Intentaba concentrarse en sus pensamientos. Sé lógica, se decía, pero su mente se enmarañaba con miles de ideas, que iban y venían sin orden. Pensó que seguramente su marido estuviera con Lady Ocam, y que cuando supiera de su secuestro ella estaría en alta mar, rumbo a una tierra desconocida, la pena la perforó un agujero en el alma, se sintió terriblemente sola e indefensa. Esperaba que el guante hubiera llegado a su padre, estaba confundida, y tenía tanto miedo y tanta pena que sus pensamientos empezaron a deambular imaginando el guante arrojado en un cajón por el posadero, olvidado, y con él su posibilidad de rescate. Sus pensamientos se volvieron a Edmund, lo imaginó en brazos de esa otra mujer mientras ella se sentía morir en aquella cama, casi lo odió, y al imaginar que pudiera estar muerto el mundo se le volvió del revés, y comprendió, que amaba a su marido, y que no soportaría vivir en un mundo donde él no existiera.

Las lágrimas corrían por su mejillas y se acumulaban en el hueco de su cuello, para desbordarse a los lados de su cuello. Sentía el agotamiento de sus miembros, y supo que no podría mantenerse despierta mucho rato, rezó para que al despertar todo aquello solo fuera una pesadilla.

¿Qué hora es?— pregunto adormilada. Las mujeres se miraron, la que debía ser la Sra. Doherty ordenó a las dos mujeres que se marcharan, mientras la tapaba hasta el cuello remetiéndole las mantas alrededor. Poco después entró Lord Mortimer.

Su padre no aprobaría lo que está haciendo.— dijo la mujer, pero no estaba desafiándolo, a pesar de sus palabras su tono era sumiso.

—Mi padre no está en condiciones de manifestar su opinión. Y le aconsejo que usted siga su ejemplo si no quiere terminar como él.

—Sí milord.— dijo la Sra. Doher, que había palidecido de repente. Lord Peter Horton, igualmente conocido como Raymond Jewells, se encontraba junto a su compañero, conocido recientemente como Colin Steven, de camino hacia la mansión de Lord Orgins magistrado de aquella zona del condado de Warwickshire. Peter conocía a Orgins del colegio, y si no había cambiado les ofrecería una cama para dormir y un par de buenos caballos de refresco.

Quizás incluso les acompañaría a Aptonhouse, la casa del barón Apton, hermano de Lord Mortimer, y próximo vizconde de Shottery. Una hora después de que abandonaran la mansión de los Crouser habían encontrado una pista que les conducía directamente a los marineros que había contratado un “tipo muy elegante y rico, de los que vuelven locas a las mujeres”, según les comentó Fanny, la tabernera del peor local de los arrabales de Londres. Los marineros según la misma fuente, eran “cinco tipos que parecían escapados de galeras”.

Se hubieran detenido antes a descansar, pero la imagen de Lady Mortimer degollada en su propia cama, les hizo temer por la vida de Lady Cortwind. Tenían que acercarse lo suficiente a Shottery aquella noche, no parecía prudente acercarse a una casa donde no contarían con ninguna ventaja, el cansancio, la oscuridad y cinco asesinos profesionales custodiando la casa, eran demasiado incluso para ellos. Después de descansar, esperaban que Lord Orgins pudiera acompañarlos con algunos hombres más.

Me temo que no sé cuándo volverá Lord Orgins. Fue avisado por el vizconde Cortwind para que fuera con urgencia a la casa de uno de los arrendatarios de Milord.

El mayordomo no tuvo inconveniente en indicarles la dirección del granjero, fue más reticente a permitirles usar los caballos de su señoría, sin embargo, lo hizo, esperando que aquello no le costara su tan ansiado retiro antes de tiempo. Los dos grupos se encontraron de manera casual, y

afortunada, poco antes de que Lord Orgins les guiase por un camino que se desviaba de la ruta principal.

¿Peter?— preguntó el vizconde.— Pensaba que estabas en Cádiz, o en algún otro lugar del continente.. Lord Sterling me hizo llamar para investigar algunas cuestiones mitológicas.— Su primo entendió la alusión claramente.— Debe apreciarte mucho para que dé prioridad a este asunto.

No te equivoques.— contesto Edmund fríamente.— Lord Sterling no tiene más prioridades que la seguridad nacional. Incluso Lord Orgins, fue capaz de entender que todos ellos de alguna manera estaban involucrados con el alto lord del almirantazgo, pero ni él, ni ninguno de los hombres que acompañaban a Edmund a rescatar a su esposa, podían imaginar de qué forma aquel rescate pudiera afectar a la seguridad de Inglaterra.

Los hombres de Edmund, Peter Colin y Lord Orgins, llegaron a Aptonhouse unas horas antes de que amaneciera, la noche era cerrada, y la casa se hallaba completamente a oscuras.

La vizcondesa de Cortwind pensó que nada podía ser más humillante que lo que la estaba haciendo la Sra. Doher. Aunque comprendía bien las razones de la buena mujer, y seguramente aquello era la única opción que tendrían para poder intentar escapar, admiró que sin conocerla estaba dispuesta a arriesgarse por ayudarla.

Tenemos que conseguir que venga el médico a visitarla, no se me ocurre nadie más que pueda ayudarnos, en la casa solo están las dos criadas que vio anoche y yo.

—¿Y el resto de los hombres?

—No hay más hombres en la casa.

Y decía la verdad, pues los únicos que había estaban muertos en la cama del vizconde. Un estremecimiento de horror recorrió a la mujer pero no la impidió continuar con su tarea.

Había llegado a la habitación con un servicio de té, que colocó en la mesilla junto a la cama, Rose tendida de espaldas dejó que la mujer levantara su camisón y separara sus piernas mientras le vertía el contenido de la tetera, en lugares que hasta ese momento sólo había conocido su esposo.

¿No será malo para el niño, verdad?— la pregunto antes de dejarla maniobrar..Tranquila Milady, el niño está más arriba. La sangre debe

parecer que sale de su cuerpo, no creo que él señor vaya a mirarla, pero si lo hace tiene que creer que está teniendo un aborto, y entonces llamará al doctor.

Dejo la frase en el aire. Cuando hubo terminado, la bajó el camisón y la cubrió con la ropa de cama, se limpió las manos con un trapo, que enseguida se llenó de sangre y lo metió en el recipiente. La vio entrar en el vestidor, y salir secándose las manos. Rose prefería no pensar en las sensaciones tan desagradables que estaban sintiendo entre las piernas, el contacto de la sangre convirtió sus muslos en algo pegajoso.

Lord Mortimer acudió cinco minutos después de que la Señora Doherty le avisara. Entró preocupado.

—¿Te encuentras bien? Ella negó con la cabeza, entonces la Señora Doherty levantó la ropa de cama, y el hombre pudo ver el camisón manchado de sangre en la entrepierna de Rose, y la sangre se extendía casi hasta las rodillas a través de la tela.

Hay que llamar al doctor, milord. Podría desangrarse.

—Esperaremos un poco, mi mujer tuvo dos abortos antes de que naciera nuestro hijo, y no le paso nada. Confiemos en que Rose sea más fuerte que ella.

.Pero Milord.— protesto la criada. La mirada que él la dirigió sirvió para que sus protestas terminaran.. Rose, mi amor.— le decía cogiéndola de una mano.— Yo hubiera querido a ese niño, porque era de tu carne, pero piensa que es mejor así. La señora Doherty te va a lavar, voy a buscarte algo para que puedas descansar.

Le acarició la mejilla, ella trató de retirar la cara, entonces con dulzura el sostuvo su cara entre sus manos obligándola a mirarle.. Mi dulce Rose. No te merecemos ni él ni yo, pero al menos yo te amo, y lo que hice lo hice por los dos. Mientras el sólo ha pretendido usarte. No quiero lastimarte pero debes saber que él tiene otra mujer.

El ha dejado a la condesa.— protestó ella sin comprender por qué trataba de defender a Edmund.. No mi amor, no lo ha hecho. Apenas llegué a Londres me enteré de la existencia de esa mujer, y hasta hablé con ella. Si hubiera pensado que eras feliz con tu marido me hubiera resignado, a pesar del dolor, a dejarte libre, te amo demasiado como para haberme interpuesto en tu derecho a conseguir la felicidad.— le besó la frente y con los pulgares

le limpiaba las lágrimas que volvían a rodar por sus mejillas. Cuando la mujer me dijo que tu marido se había casado sólo para conseguir un heredero, y que la amaba a ella, sentí rabia por ti, me acosté con ella y resultó ser una perfecta puta.

Oh Dios.— exclamo Rose horrorizada por la conversación.. Ella no vale la pena, supongo que tu marido es de esos hombres que no pueden prescindir de ese tipo de perversiones, por eso comprendí que tenía que hacer algo. No podía dejarte con él.

El rubor le subió a la cara de Rose, el estómago se le estaba revolviendo de nuevo, y lo peor es que deseaba saber qué tipo de perversiones hacia esa mujer para mantener atado a su marido, pero no se hubiera atrevido a preguntarlo aunque su vida dependiera de ello.

No era completamente estúpida en cuanto a las relaciones de los hombres y las mujeres, y después de su matrimonio, había descubierto que existían distintas formas de alcanzar el placer, aunque algunas la parecieron algo perversas en un primer momento, la ternura y la entrega de su marido la habían convencido de que de alguna forma la intimidad en su cama era algo único para ambos.

Después de aquella conversación no pudo evitar sentir asco y decepción al imaginar a su esposo besando a su amante en los mismos sitios y de la misma manera que a ella. Trató de controlar el dolor que se le acumulaba junto al miedo. James advirtió la intranquilidad de Rose.

Te traeré algo para que puedas dormir.

Cuando se fue de la habitación la señora Doherty dejó escapar el aliento. Volvió al vestidor y trajo una palancana y unos trapos limpios.

—No beba nada.— le dijo la criada mientras limpiaba la sangre que ella misma había derramado sobre su cuerpo.— Finja dormir. Cuando Mortimer volvió encontró a la Sra. Doherty lavando las piernas de Rose, sintió deseos de retirar a la mujer para lavarla el mismo, pero aunque se había convertido en un asesino por amor, se consideraba un caballero, al menos en lo que a Rose se refería.

Preocupado y excitado se dirigió al estudio, en la planta baja, se sirvió una copa a rebosar de brandy. La bebió de un trago. Se sentó en la oscuridad esperando que el hijo de Rose se reuniera pronto con su padre, allí donde sus hombres debían haberlo enviado a esas alturas. En el

infierno, donde ambos merecían estar por haber profanado el vientre de Rose.

Mirando el brandy que acababa de servirse, la rabia le inundó. La rabia que había estado conteniendo desde su matrimonio, y que le había llevado a conseguir sus propósitos. El hubiera preferido una vida de pobreza al lado de Rose, pero las circunstancias le empujaron de manera inexorable a tener que dejarla. Su esposa se había encaprichado con él, y el Sr. Crouser, había conseguido comprarlo a través de las deudas de su padre y del futuro de su hermana, Meredith. Durante dos años estuvo bailando al son que tocaba su esposa, hasta que nació su hijo, el amor le inundó al recordar al bebe de pocos meses que esperaba con su hermana en Jamaica. Quizás por él si merecía la pena haber pasado por todo. Pero ni su hijo ni Rose tenían la culpa de su rabia. Ella le esperó, no volvió a Londres a buscar un marido, y según le conto el párroco, su matrimonio fue un acuerdo entre los padres de los novios. La rabia que sentía era contra sí mismo. Si hubiera vuelto seis meses antes, ella no se sentiría obligada con un hombre que no la merecía. Bebió la copa de un trago.

Decidió dormir las horas que quedaban de noche, y después de asomarse a la habitación de Rose y comprobar que el vaso que contenía el láudano estaba vacío, y ella dormía, se dirigió a sus habitaciones.

Lo cierto es que Rose estaba dormida. A pesar de todo, o quizás por todo ello, su cuerpo y su mente se encontraban agotados. El sueño la fue deslizandó hasta un lugar donde se encontraba a salvo de la realidad. Se despertó cuando sintió un calor húmedo entre las piernas. Al incorporarse asustada vio de nuevo a la Señora Doherty vertiendo el líquido espeso de la tetera.

Han venido dos hombres.— le dijo la Sra. Doherty.— Quieren irse en cuanto amanezca, necesitamos que venga el doctor.. ¿Pero qué puede hacer el doctor contra tres hombres?

—Es un escocés de las Highland.— lo dijo como si aquello lo explicara todo.

Con horror comprobó, que la señora Doherty además de la sangre estaba haciendo una especie de masa con algo y con las manos lo extendió por la entrepierna. Entre la vergüenza y el asco, venció este y empezó a vomitar en seco, ya que no tenía nada en el estómago.

Después de cubrirla con la ropa de cama, y limpiarse fue en busca de Lord Mortimer. Este estaba reunido con los dos hombres en el estudio. Oyó la discusión y se quedó al otro lado de la puerta, escuchando.

Explícamelo otra vez.— bramó Lord Mortimer.. Esperamos en el camino del norte, como usted nos dijo. Pensamos que vendría solo, pero era cuatro hombres, hubo un intercambio de disparos, consiguieron matar a John y a Frezan, no sabemos que ha sido de Luc, vinimos tan rápido como pudimos para avisarle.

Sigo sin entender como han conseguido encontrarnos tan pronto. Se supone que el vizconde estaba en Londres con su amante.

Los dos hombres se encogieron de hombros. La señora Doher conto hasta diez y llamo a la puerta.. Adelante.

—Milord, la señora está sangrando de nuevo.

Preparen el carruaje.— le dijo a los dos hombres quienes se miraron molestos. Usted.— le dijo a la Señora Doher.— Se viene con nosotros. Prepare a la señora para el viaje, pararemos en el pueblo para que la examine el médico.

Sí milord.— la señora Doher consiguió contener el suspiro de alivio hasta estar a solas en el pasillo. Con el abrigo por encima del camisón ensangrentado, y una manta envolviéndola esperaba Rose sentada en la cama cuando fue a buscarla Lord Mortimer perfectamente vestido para el viaje.

No tengas miedo. Te voy a llevar a ver al doctor.— le dijo acercándose a ella. Ella se dobló sobre sí misma hasta tocar con su frente las rodillas. El se arrodilló a su lado.. Llama al doctor.— le pidió.— Me estoy muriendo.

—No digas eso.— dijo el cariñoso.— No te vas a morir, no después de todo lo que hecho para que podamos estar juntos. Te amo Rose.

La cogió por los hombros para ayudarla a levantarse, ella se dejó caer al suelo con las manos en su vientre. La cogió en brazos y la recostó sobre la cama.

—Descansa, llamaré al médico.

La señora Doher entró en ese momento en la habitación, llevaba puesta la capa y una maleta con ella.

—Mandare por el doctor.— dijo al fin como si ella hubiera ganado en un concurso de voluntades.

—Creo que es lo mejor, Milord. Entre las sombras, seis hombres estaban preparados para entrar en acción. Habían visto llegar a los dos jinetes y encenderse la luz del estudio así como una de las habitaciones de la primera planta. Edmund tuvo que ser retenido por su primo y por Colin para que no marchara hacia la casa como un loco.

Cuando habían conseguido calmarle lo suficiente vieron a uno de los dos jinetes, cabalgar en dirección al pueblo. Peter hizo un gesto a Colin y Ackinson, estos entendieron la orden silenciosa, y montaron en sus caballos detrás del jinete solitario.

Le interceptaron apenas salieron de la propiedad. El hombre no se esperaba el ataque y cayó del caballo cuando Colin se precipitó sobre él. Ackinson le golpeó la cabeza con la culata de la pistola y lo dejó inconsciente. Le atravesaron en su caballo como si fuera un saco, y regresaron a los pocos minutos donde estaban el resto.

Le maniataron y esperaron a que despertara, lo que llevo varios minutos. El hombre abrió los ojos como platos al verse rodeado, abrió la boca como para gritar pero Peter le metió el cañón de su pistola en la boca. El hombre dio una arcada, pero Peter no saco el arma, al contrario la empujo hasta casi enterrarla en su garganta.

Ahora nos vas a contar cuantos hombres hay en la casa, y que pretende hacer tu jefe. Puedes mentir, por supuesto, es algo que espero que hagas, pero debes reflexionar antes de contestar, la verdad puede salvarte la vida. ¿Me dirás la verdad?

El hombre apenas pudo asentir con la pistola en la boca, Peter saco el arma despacio. El hombre tragó antes de hablar.. Solo hay dos hombres, lord Mortimer y Hugo.— la mirada de Peter atravesó al hombres, este continuo balbuceando.— Hay tres mujeres y la señora. Esta muy mal, yo iba a buscar al doctor.

Edmund con el rostro crispado cogió al hombre por las solapas.

—¿Qué le habéis hecho a mi mujer?

Nosotros nada. Apenas hemos llegado hace poco, y creo que Milord tampoco la ha lastimado, a veces esas cosas pasan.. ¿Quieres hablar claro?. — le zarandéo.

—La señora ha perdido al niño, eso creo. Iba en busca del doctor cuando me han cogido.

Si nos has mentido, morirás.— le dijo Peter mientras le amordazaba con el pañuelo de cuello de Edmund.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Londres, Abril de 1805

EN una casa abandonada de las afueras de Londres se encontraban reunidas las mismas personas que en el baile de mascarar de las cortesanas. Celina y Charles eran los únicos que tenían el rostro al descubierto, como en aquella ocasión el resto de los asistentes llevaban mascarar.

El mes que viene se prepara una ofensiva importante.— dijo el hombre regordete cuyo alias era Prometeo. Para ese entonces tenemos que tener el código. Necesitaremos también el número total de buques de guerra y sus posiciones.

Me temo que no hemos avanzado mucho con el código.— dijo el gigante, que seguía vistiendo de negro, y como la vez anterior se cubría con una máscara de porcelana completa.— Y en este momento el codificador no está en condiciones de trabajar en una temporada, así que habrá que intentar conseguirlo de otra manera.

¿De qué manera?— preguntó Prometeo.. Robando los libros de claves. Antes de perder el segundo meñique de sus pies, y el conocimiento, conseguimos que nos diera el nombre de dos personas que tienen un libro de claves.

¿Quiénes son esas personas?— preguntó Celina nerviosa por los largos silencios del hombre de negro.. El conde de Ocam y Lord Sterling.

—¿El marido de tu nueva querida?— le preguntó el militar a Charles.

No dudo que el lord del almirantazgo tenga el código, pero conozco a Ocam. El no estaría metido en algo así.— aseguró Charles. Notó la desconfianza en la mirada de los demás, incluso Celina parecía sorprendida

de que el indolente y aburrido Lord Charles Horton se hubiera tomado la molestia de defender al hombre al que estaba haciendo un cornudo de manera pública.

Es mi opinión.— dijo recuperando su gesto hastiado.— Si es que cuenta para algo. . Limitate a follar.— dijo el militar.— Deja que nosotros nos ocupemos de pensar. Si el insulto afectó a Charles, no lo pareció en absoluto.

Al menos sirve para algo. ¿De qué has servido tú?— le defendió Celina encarándose con el militar.. Estoy proporcionando información útil. No solo os advertí de las maniobras inglesas para coaccionar a España y que esta le declare la guerra a Francia, sino también de las conversaciones entre Inglaterra y Rusia. Pronto habrá una alianza por ese lado. ¿Qué hace Francia con esa información?, no lo sé, pero podría hacer mucho. Tanto en Rusia como en España hay un gran número de librepensadores que ven en las ideas de Napoleón una sociedad diferente. Una sociedad donde los hombres puedan llegar a lo más alto, sin importar su origen ni condición. Parecía tan convencido de lo que decía, que se hizo el silencio a su alrededor, fue Prometeo quien lo rompió.

Excelente.— dijo.— Sin embargo ninguno de nosotros está en condiciones de decirle a Napoleón como debe manejar la información que le entregamos. Nosotros somos peones en su tablero, y debemos cumplir órdenes, no interpretarlas. Debemos conseguir lo que nos piden. Ahora lo que tenemos que pensar es como conseguirlo.

El gigante de negro se levantó, y se dirigió a la puerta, pero antes se volvió, todos pudieron sentir su mirada a pesar de que esta estaba oculta tras la máscara. . Yo debo encontrar a Redhouse. Ustedes consigan el libro de claves. Si dentro de dos semanas no han logrado nada, habrá que disolver el grupo. Todos entendieron lo que significaba aquello. Sólo había una forma de dismantelar el grupo, con la muerte de sus miembros. La amenaza sobrevoló sobre ellos durante bastante tiempo después de que el gigante se marchara.

Yo me ocuparé de Ocam.— dijo Charles.— Si tiene el libro, lo conseguiré. Nadie dijo nada, así que se marchó después de besar a Celina en los labios. Prometeo se encaminó a la puerta, pero no se marchó, se limitó a mirar fuera, cuando comprobó que no había rastro de los dos

hombres se quitó la máscara, lo mismo hicieron el militar y el hombre que tanto en una como en otra reunión había permanecido en silencio.

Maldito Blanche.— dijo Prometeo.— Es capaz de asesinar a su madre para conseguir el favor de Napoleón.. ¿Conoce el hombre de Blanche, nuestras identidades?— preguntó el caballero que había permanecido en silencio hasta ese momento. Su aspecto y su forma de expresarse indicaban claramente que pertenecía a la aristocracia inglesa.

Me temo que no soy tan valiente para mantener en secreto sus identidades en el caso de que decida torturarme.

—Lo imaginaba.— contestó lacónico. La noticia de la muerte del agregado de la embajada francesa y de la célebre cortesana Madame Celina, apareció dos días después. Los cuerpos habían sido encontrados en la cama de esta última y todo indicaba que se trataba de un crimen pasional. El mismo periódico sensacionalista daba a entender que se sospechaba del amante de la cortesana como el autor del doble crimen.

Lord Charles Horton, se enteró de las noticias mientras esperaba en Tatterhall al conde de Ocam. Comprendió entonces las miradas de desprecio que había estado recibiendo durante su paseo por el parque.

Hace dos días me visitó tu padre.

—Lo imaginaba.

—No puedo acogerte en mi casa.

—Lo entiendo.

Durante aquella conversación Charles no se mostró como el caballero indolente y aburrido que todos conocían.. ¿Qué piensas hacer?

—Me esconderé por un tiempo. Quizás me embarque hacia América.

—Alguien debería saber lo que estás haciendo.

—Sabía en lo que me estaba metiendo. No te preocupes por mí.

—Cuídate muchacho.

—Lo haré.

Ambos hombres se despidieron a la salida del famoso establecimiento, mientras Charles se encaminaba hacia las sombras y la pestilencia del Londres más sórdido, el conde de Ocam se encaminó a la casa de su amigo. El marqués de Surrey.

A pesar de los últimos escándalos que habían llevado al destierro familiar de Charles, le recibieron como un miembro más de la familia. Le llevaron al salón, donde tomó el oporto que le sirvieron mientras conversaba con las cuatro hijas del marqués, de nada en particular.

Cuando las conversaciones de las mujeres se centraron en la moda y los complementos, el marqués de Surrey se llevó a su amigo al estudio. Le ofreció una bebida más fuerte y ambos se sentaron en dos butacones, relajados y con las piernas cruzadas sobre los tobillos. Permanecieron unos minutos en silencio, disfrutando de la compañía.

Ocam lamentaba tener que renunciar a todo aquello, a su amistad de tantos años que le había llevado a ser parte de esa familia, pero ni siquiera la sensación de pérdida consiguió desviarlo de su propósito.

Ha llegado el momento de que sepas quien soy.— dijo Ocam, parecía buscar las palabras adecuadas.

—Lo de Charles es definitivo.— Atajó el marqués.— Por supuesto no creo ni por un momento que la cortesana fuera tu esposa, sobre todo estando tú allí. Pero..., Pues era Elizabeth. Créelo.. Por Dios, Ocam.— exclamó horrorizado.— Puedo entender al cabeza de chorlito de mi hijo, incluso puedo entender a “esa mujer”, pero, ¿cómo demonios pudiste permitirlo?

Por ti, por supuesto.

—¿Por mí?

El marqués se incorporó en su butaca, y miró a su amigo tratando de adivinar si estaba bromeando por su expresión.

—Me gustaría que me dieras tu palabra de que vas a escucharme hasta el final. Por mucho que te incomode lo que tenga que decir.

Sinceramente Ocam. No te reconozco.

—Nunca llegaste a conocerme, a eso he venido.

¿Crees que necesitaré la botella de brandy?— era una broma que pretendía poner entre ellos la comodidad que se había pulverizado.

—Trae dos, y cierra la puerta. Nadie debe molestarnos hasta que termine. Por la expresión de su amigo, comprendió que se trataba de algo terriblemente serio, tomó dos botellas de brandy, le entregó una a Ocam y apoyó la otra en su regazo. . Estoy listo para tus últimas confesiones.

—Como siempre has estado muy acertado. Pero empezaré por el principio. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos?. Por Dios bendito.— gruñó el marqués respirando con alivio.— Me habías asustado, pensé que ibas a contarme algo terrible, y sólo quieres hacer un ejercicio de añoranza.

Vengo a hablarte de Charles, pero para poder hacerlo, tengo que contarte como empezó todo.

El marqués dejó la botella en el suelo junto al butacón después de llenarse la copa, y se dejó caer contra el respaldo.

—Me enamore de ti la primera vez que te vi en Eton. El marqués volteo la cara hacia su amigo, quien miraba en el brandy como si se tratara de una de esas adivinas que veían el futuro en una de aquellas bolas de cristal. No fue capaz de articular una sola palabra, hubiera bromeado, pero sabía que Ocam estaba hablando en serio.

El marqués de Surrey había bebido media botella de Brandy mientras el conde de Ocam le confesaba como fue su infancia y su adolescencia amando a su mejor amigo, permaneció en silencio, sin saber que decir, mientras reflexionaba sobre si le importaba o no ser el objeto de tanta devoción.

Carrick se dio cuenta de todo.— seguía diciéndole.— Supongo que por eso me ofreció trabajar para él, supongo que pensaría que yo guardaría cualquier secreto de estado aunque sólo fuera para que no salieran a la luz mis “tendencias”, pero no pienses que me obligo, sólo que era una garantía para él. Así es como empecé a trabajar para el gobierno a las órdenes de tu cuñado.

El marqués volvió a llenar su copa, pero apenas la probó, no deseaba terminar borracho sin llegar a conocer el final de aquella historia, que se estaba poniendo interesante por momentos.

El conde de Carrick, un hombre de los pies a la cabeza, como su hijo, como tus hijos, al menos Peter y Charles.— el marqués se removió inquieto, pero no dijo nada para que su amigo siguiera hablando.— Cuando Edmund se enamoró de Elizabeth fue tu hermana, Eleanor quien vino a verme. Ella como mujer vio la verdadera naturaleza de mi esposa. ¿Sabes que cuando me casé con ella estaba embarazada?

Después de lo que me has contado, ni siquiera imagino como llegaste a casarte con ella.. Ahora llegamos a eso. Tu hermana vino a verme temiendo

que Edmund acabara casado con ella, a pesar de la oposición de sus padres. Eleanor vino a verme desesperada, así que me pidió, me rogó, que la cortejara. Por supuesto, mi idea del cortejo era pagar a sus padres por ella. Estos estuvieron demasiado encantados con la idea, y a Elizabeth no parecía molestarle, lo que me sorprendió bastante, pues por lo que me contó tu hermana, pensaba que Elizabeth y Edmund estaban enamorados.

¿El hijo era de Edmund?. Es lo más probable. Aunque no me enteré de su estado hasta que no la trajeron a casa, casi desangrándose por haber intentado que una mujer le quitara el niño. Supongo que cuando comprendió que no conseguiría acostarse conmigo a pesar de sus intentos, no tuvo más opción que deshacerse del niño.

Si Eleanor lo hubiera sabido, hubiera obligado a Edmund y a su padre, a consentir ese matrimonio.. Tampoco sé eso, pues Eleanor murió un mes después de mi boda. Por eso me llevé a Elizabeth a Escocia, para que Edmund pudiera tapar un dolor con otro. La muerte de su madre con la de su corazón. Pero me estoy desviando de lo que quería contarte.

Llevas desviándote desde que has empezado, así que no te pongas ahora con prisas, y complace mi curiosidad. ¿Cómo consentiste después la relación entre Edmund y tu esposa, cuando te casaste con ella para impedirla?

Tardé bastante en enterarme.— se rio de una broma privada.— es cierto eso de que el marido es el último que se entera. Ella lo confesó cuando volvió a quedarse embarazada, y abortó de nuevo. Durante estos años se ha quitado cuatro que yo sepa, imagino que es más cuidadosa o simplemente no puede concebir después de tanto aborto.

Continúa.. Edmund empezó a trabajar con su padre después de la muerte de Eleanor, y este metió a tu hijo Peter en el asunto. Ellos eran muy buenos amigos, además de primos. Por eso, el conde le regaló a tu hijo su comisión de oficial, y desde entonces todos hemos estado trabajando en interés de la corona.

No puedo imaginar haciendo qué, y menos que a nadie, me puedo imaginar a Charles teniendo algo que ver en este asunto.. Es fácil para mí llevarme a embajadores o secretarios de embajadas extranjeras a cazar, todo el mundo sabe que soy un apasionado de ese deporte. Peter por su

parte es uno de los mejores hombres del almirantazgo en el extranjero, y no me sorprendería si consiguiera un título propio cuando acabe la guerra.

El conde de Ocam se incorporó en el asiento y miró a su amigo a los ojos, fuese lo que fuese lo que esperaba encontrar, sintió un gran alivio al reconocer la misma mirada franca y amistosa de todos aquellos años, teñida con el velo de la curiosidad. El marqués se incorporó también, presintiendo que lo que diría a continuación era el verdadero motivo de su visita, y comprendiendo que quizás al contar la verdadera naturaleza de sus sentimientos, cualquier cosa que le dijera de Charles, le parecería bien.

Madame Celina eligió a Charles para usarlo fuera y dentro de la cama. Cuando digo fuera, me estoy refiriendo a utilizarlo para sus intereses, ella es una espía francesa, nos enteramos de eso gracias a Charles.

El marqués chasqueó la lengua manifestando de esta forma su desagrado e incorporándose rígidamente en el butacón. De repente le pareció que Ocam le estaba tomando el pelo.

Charles no sabía qué estaba haciendo en realidad, y tampoco le importaba demasiado, solía viajar a Francia para entregar dinero a la familia de Celina, eso es lo que él creía, coincidió con Peter en Calais, una de esas veces. Fue en busca de su hermano al enterarse que estaba en la zona. En aquel entonces Charles era bastante despreocupado y después de correrse una juerga, le contó a Peter lo que hacía en Francia. Peter descubrió que en el sobre que contenía el dinero que Charles tenía que entregar había información delicada.

El marqués cerró los ojos y se dejó caer sobre el respaldo.

—No sabía lo que estaba haciendo.

Un murmullo de desaprobación salió de la boca del marqués mientras se incorporó para beber de su copa. Se recostó de nuevo contra el respaldo y con una mano le pidió que dijera lo que tenía que decir.

Peter sospechó inmediatamente de la amante de su hermano, y entre bromas consiguió que Charles le mostrara el mensaje. Según Peter me contó después, nunca antes había visto a su hermano llorar tanto, ni estar tan humillado ni arrepentido. Peter no se atrevió a confiar en ninguno de nosotros, pero si confió en Charles, quien empezó a trabajar para él desde ese momento. Hasta el año pasado ni siquiera yo lo sabía. Fue Peter quien

me envió un mensaje para hablarme de la intervención de su hermano. ¿Recuerdas cuando volvió a casa a recuperarse de una herida de bala?

Como para olvidarlo. Maldije hasta el agotamiento, y aun así no conseguí que dejara el ejercito, es desde entonces que tanto mi padre como yo, dejamos de frecuentar a Carrick, le echamos la culpa, y desde luego que la tiene al poner a dos de mis hijos en peligro.— estaba enfureciéndose por momentos, y la ira y el alcohol estaban consiguiendo pintar su cara de rojo.

Fue entonces cuando Peter pensó que si algo le pasaba, alguien tendría que saber lo que Charles estaba haciendo para que se valorara su servicio a la corona. Hizo un testamento que envió a su primo. Así que deduzco que Edmund también sabe de la implicación de Charles en el asunto.

Una implicación gloriosa, ya que lo tuvo que pasar desde el otro bando. . Charles ni siquiera sabía que estaba en el otro bando. No seas injusto, Surrey.

Ambos se envararon durante un segundo ante el apelativo amistoso, pero el marqués se encogió de hombros, y con un gesto de la mano le indicó que continuara, no parecía estar convencido de la heroicidad de Charles.

Todos estamos trabajando para acabar con la red de espías que trabajan en Londres, pero ahora todo ha cambiado. Charles corre peligro. La muerte de la cortesana y el agregado francés es una mera puesta en escena, y lo han hecho de tal modo para que parezca que tu hijo es el culpable del crimen. Lo quieren muerto.

Mandaré a buscar a Charles inmediatamente.— dijo el marqués levantándose, pero la mano del conde le agarró la mano y tiro de él hasta que volvió a estar sentado. Enseguida que consiguió su propósito retiró la mano como si quemara.

No puedes intervenir, si te cuento esto es para que si algo pasa, sepas quien es realmente tu hijo. O si algo me pasa a mí. Te he nombrado albacea de mi testamento y quiero que me prometas que usaras de toda tu influencia para conseguir que se respeten mi última voluntad.

Maldita sea, ¿quieres que me quede sin hacer nada después de todo lo que me has contado? Tiene que haber una forma en que pueda ayudar.

—No hay nada que puedas hacer. Durante un par de minutos ambos hombres apuraron dos copas a rebosar de brandy, y después continuaron

bebiendo hasta que la embriaguez empezó a dejarlos medio dormidos.

Eres un auténtico hijo de puta.— dijo el marqués, tenía lágrimas en los ojos aunque trataba de impedir que corrieran por sus mejillas limpiándose con la manga de la chaqueta.

Lo siento.— fue lo único que pudo decir Ocam, y se levantó algo tambaleante, antes de que llegara a la puerta, el marqués le llamó, al girarse para encararlo recibió un abrazo de oso. Después se separó.

Puede que nunca comprenda esa clase de amor que sientes por mí, pero comprendo el amor que siento por ti, eres mi mejor amigo, y te estaré eternamente agradecido por lo que has hecho por mi familia, y por devolverme un hijo que creía perdido. Gracias.

Cuando el marqués volvió a abrazarle, ambos dejaron que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Lágrimas de borrachos emocionados. Lágrimas de amistad. Cuando el conde se marchó, el marqués sintió la necesidad de reivindicar a sus hijos, pero era un hombre sensato y no podía ir de fiesta en fiesta diciendo lo orgulloso que estaba de sus hijos menores, así que visitaría a su cuñado a la mañana siguiente, le demostraría su gratitud rompiéndole la cara al conde de Carrick. Le sobraban motivos para hacerlo, pensó mientras terminaba de apurar la copa de brandy.

El conde de Carrick se había marchado a Corthouse, fue lo único que consiguió sacar al mayordomo, reacio incluso a proporcionarle dicha información.

Apenas regreso a su mansión ordenó que le prepararan equipaje para un par de días, y con su ayuda de cámara se dirigió a Oxford dos horas después.

Durante el trayecto no podía evitar pensar en su cuñado y en la forma en que había puesto a su hijo en peligro, recordó la vez que Peter regreso herido de la península y como su padre y él trataron de convencerlo para que vendiera su puesto en el ejército.

Ciertamente estaba orgulloso, y curiosamente, era Charles del que se sentía en aquel momento más satisfecho, durante aquellos años siempre había tenido la sensación de haberle descuidado a favor del heredero, y sentía como un pecado propio, la culpa de la vida que llevaba Charles con aquella cortesana. Su amigo le había reivindicado haciéndolo honorable a sus ojos y a su corazón. No es que su corazón no sintiera orgullo por Peter,

pero su segundo hijo se había ganado su amor y su admiración desde su nacimiento, y en aquel momento se regodeaba por Charles.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Aptonhouse. Abril 1805

LORD Peter Horton, y su compañero Colin, rodearon la mansión en apenas unos minutos, y volvieron a reunirse con el resto del grupo,

—Hay dos hombres en la planta baja.— dijo Colin.— ni rastro de las mujeres. Ackinson viene conmigo por la puerta de servicio. Peter y Colin por la puerta principal. Vosotros dos os quedáis aquí vigilando a este.— dijo Edmund y señaló al hombre maniatado.

Yo te acompaño.— dijo Lord Orgins.— Y no sólo porque sea el magistrado. . Entonces ve con Peter.

Todos comprobaron que sus pistolas estaban cargadas, y después emprendieron a la carrera el camino hacia la casa. Cuando entraron por la puerta de servicio, se toparon con una mujer que llevaba una bandeja con una jarra de agua, Ackinson apuntó directamente a la nariz de la mujer mientras se llevaba un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio.

La bandeja empezó a temblar en sus manos, Ackinson se la quitó para ponerla encima de la gran mesa de la cocina. La mujer estaba aterrorizada.

—Soy el vizconde de Cortwind. ¿Dónde está mi esposa?— preguntó en un susurro. . En la primera planta, milord, la segunda puerta a la derecha. Tengan cuidado, se ha vuelto loco. Edmund y Ackinson subieron por las escaleras de servicio, fueron directamente hacia la habitación que les había indicado la mujer, durante unos pocos segundos estuvieron escuchando, no se oía ningún ruido, Edmund abrió despacio la puerta y con el arma preparada fue recorriendo la habitación. Entonces vio la cama abierta y manchada de sangre, el corazón se le paro, entro de golpe.

¿Rose?

—¿Edmund?

Vio a su mujer sentada frente a la ventana, se levantó y corrió hacia él. El la abrazó fuertemente, hasta que recordó la sangre, la separó para mirarla a la cara. . ¿Estás bien?, ¿Te ha tocado de alguna manera?

Ackinson que también había visto la sangre, salió de la habitación, estaba furioso, y no entendía como el vizconde podía ser capaz de mantener la calma.

.Estoy bien. Pensaba que no vendrías...— dijo ella llorando aferrándose a él. Durante el tiempo que no había estado dormida, había perdido la esperanza no solo de ser rescatada, sino de volver a ver al hombre que amaba. Antes de que los hombres de Mortimer la secuestraran, ella ya sospechaba que su marido la había devuelto a Oxford para retomar su relación con Elizabeth, y cuando Mortimer se lo confirmó, estaba como entumecida por todo lo que había pasado. Al ver entrar a su marido por la puerta de la habitación, fue como si se abriera una compuerta, y sus sentimientos se desbordaron.

Se abrazó a su cintura con todas sus fuerzas, el suspiró de alivio y le besó el pelo, mientras la acariciaba la espalda. Cuando Rose parecía haberse calmado, él la separó a la distancia de un brazo.

¿Te ha hecho daño de alguna manera?— al hacer la pregunta él no pudo evitar que sus ojos se dirigieran a la cama. A la mancha de sangre..No, no, estoy bien. ¿Podemos irnos a casa por favor?

Edmund le entregó una pistola.

—Cierra la puerta, y no abras a nadie. ¿De acuerdo?

—Me voy contigo.

Edmund le dio un beso ligero sobre los labios, y recorrió con Ackinson la primera planta, fueron entrando en todas las habitaciones, y mientras uno permanecía de guardia en el pasillo, el otro entraba recorriendo la estancia y los vestidores. Cuando llegaron a la última del pasillo, el olor a putrefacción les indicó que algo no estaba bien. Abrieron la puerta de golpe, y entraron apuntando con el arma. Lo que vieron les dejó unas milésimas de segundo suspendidos en el horror.

Sobre la cama estaban dos cadáveres, por la sangre que había por toda la habitación, no tardaron en descubrir que habían sido arrastrados hasta la

cama después de ser degollados. El olor les revolvió el estómago, ambos salieron de la habitación rápidamente y se permitieron respirar a grandes bocanadas una vez que cerraron la puerta. Oyeron un disparo.

Edmund bajo a la primera planta corriendo después de indicar a Ackinson con un gesto que se quedara vigilando el corredor. Este le siguió de todos modos hasta las escaleras, desde donde podía ver el cuarto donde estaba la vizcondesa, y el olor a muerte parecía menos intenso. Aunque como todos los que han tratado con la muerte, sabían que el olor les acompañaría durante un tiempo.

Cuando Edmund llegó al estudio, vio a Peter recargando su arma, mientras Mortimer intentaba ponerse en pie al mismo tiempo que con una mano trataba de contener la sangre que manaba abundantemente por su pecho. Su esbirro estaba con las manos en la cabeza mientras Lord Orgins le apuntaba con su arma a poca distancia. Colin mantenía sus pistolas apuntando a uno y otro.

Cuando Lord Mortimer vio llegar al vizconde, en su cara se dibujó una mueca de rabia, sus ojos brillaron con odio, buscó el arma que segundos antes había tenido en la mano, pero Peter le dio un puntapié mandándola lejos de su alcance.

Hay dos muertos arriba.— dijo Peter, especialmente a Lord Orgins.

—¿Lady Rose?— preguntó Colin.

Un nervio de la mandíbula de Edmund se tensó, su vista estaba fija en el hombre que se estaba desangrando.. No lo sé. Alguien debería ir a por un médico.

Colin se guardó las pistolas en su abrigo, y aceptó la misión en silencio.
. ¿Qué diablos pretendías hacer?— le preguntó Lord Orgins a Mortimer.

Llevarme a Rose. Nosotros nos amamos.— sonrió al ver el efecto que sus palabras provocaron en Edmund, rabia y dolor, quizás vergüenza.— Ella prometió esperarme, pero no pude venir antes por ella. No podíamos estar juntos hasta que yo no arreglara la situación.

¿Matando a su esposa, tratando de matar a Lord Cortwind?— pregunto Peter. . Si piensa que mi esposa.— Edmund remarcó la palabra.— podría vivir con un asesino es que no la conoce en absoluto.. Por supuesto que podría. No tendría otra opción.

—¿Es ese el tipo de amor que le ofrece?

Al menos yo la amo. No como usted, que prefiere a una zorra pervertida en lugar de a Rose.— empezó a sentirse mareado, y el sudor empezó a cubrirle un rostro, respiró a grandes bocanadas como si necesitara grandes cantidades de aire, y después entrecerró los ojos para mirar a Edmund a través de ellos, como rendijas de maldad. He tenido a su mujer.— Peter con la rapidez de un rayo le quitó la pistola a Edmund mientras apuntaba al herido con intención de matar, Mortimer pareció divertirse por la reacción y decidió continuar.— Puedo entender que usted decidiera conservarla, es una auténtica zorra, me hizo cosas que ni las mejores prostitutas saben hacer, y yo le hice otras que nunca antes me había atrevido a hacerle a una mujer.

Edmund recordó la sangre, pero ni Peter ni Orgins llegaron a tiempo para impedir que cogiera a Mortimer de la pechera, se manchó las manos de sangre, pero no le importó. Enfrentó la mirada febril de Mortimer mientras este trataba de ocultar el dolor de su herida tras una sonrisa de satisfacción. Lo zarandeó dos veces antes de dejarlo caer al suelo.

Cuando vuelva con su mujercita...— empezó a toser y a respirar con dificultad, de repente perdió la consciencia. Edmund salió al exterior, no podía respirar. Su amor seguía estando allí, pero sentía tanto dolor e impotencia. Ni por un segundo pensó que Rose hubiera consentido una relación con su antiguo enamorado, ni aun cuando le siguiera amando. Pero la sangre le hablaba de violación salvaje. No quería pensar en eso, o tendría que matarlo, y prefería con mucho verlo colgando de una cuerda. Matarlo era demasiado fácil.

Peter y Orgins maniataron al esbirro de Mortimer, y mientras Peter con las pistolas cargadas y apuntando, vigilaba a los dos hombres sentado en una silla junto a la puerta, Lord Orgins subió al primer piso.

—¿Dónde están los cadáveres?— preguntó a Ackinson, este le acompañó, esta vez se colocó un pañuelo sobre la nariz y la boca antes de entrar, lo mismo hizo Lord Orgins. Después de examinarlos durante unos minutos, volvió a bajar al estudio.

El vizconde de Shottery y el Barón Apton. Peter entendió que esas eran las identidades de los dos cadáveres. Edmund le escuchó cuando pasaba por la puerta en dirección a la habitación de su mujer. Cuando se hubo calmado lo suficiente comprendió que ella era una víctima, y él debería

estar con ella. Era culpa suya no haber sabido protegerla. No pudo relegar del todo la sensación de que quizás ella no se resistiera demasiado, al fin y al cabo, él había sido su primer amor, quizás el único.

La sangre que se extendía por el camisón de Rose desde su vientre a sus rodillas, hablaban de un gran violencia, casi deseo que ella hubiera consentido sus relaciones con Mortimer, en aquel momento comprendió que la hubiera perdonado si así hubiera sido. Con el amor de su esposa o sin él, había descubierto que él no sobreviviría sin Rose en su vida.

En cuanto Rose abrió la puerta la abrazó tan fuerte que ella sintió que se le podrían fracturar las costillas, pero no la importo. El soltó el abrazo y la llevo abajo, a una de las salas. Los primeros colores del amanecer se asomaban en el horizonte, él la ayudo a quitarse el abrigo, y descubrió la sangre en el camisón. Una mancha de sangre que se extendía por encima de su entrepierna y llegaba casi hasta sus rodillas. El la miró horrorizado.

Estoy bien, esto es...

—Quédate aquí tranquila.— su rostro estaba contraído.— Debe ser el doctor. Todo saldrá bien. Las lágrimas alcanzaron el filo de sus pestañas, tragó aire y consiguió esconderlas cuando salió al encuentro de Colin, y de un hombre enorme, que debía ser el doctor. Rose había salido tras él y pudo ver a través de la puerta abierta del estudio, a Lord Mortimer inconsciente a causa de la herida de bala que tenía en el pecho.

El médico vio las manchas de sangre de la mujer, y al hombre herido, no le costó sacar sus propias conclusiones.

—La examinaré a usted primero.— dijo el doctor mirando con desprecio al hombre herido.

—No, no, estoy bien. Atienda a Lord Mortimer.

Hubo un momento de desconcierto. Edmund apretó los dientes con tanta fuerza que podría haberlos hecho trizas. Todos entraron al estudio, incluida Rose. El médico y Lord Orgins se saludaron, rápidamente el médico se puso a trabajar en Lord Mortimer. Peter miro al gigante y antes de que este pudiera verlo a él salió de la habitación, en la cocina encontró a tres mujeres llorando en silencio.

El médico ha venido, quizás necesite su ayuda. Hiervan agua y busquen sábanas viejas para hacer vendas.

La señora Doherty se fue directa al estudio. Se colocó junto al doctor y en silencio empezó a ayudarlo. Cuando el médico empezó a tocar los bordes de la herida, Lord Mortimer recuperó el conocimiento a causa del dolor. Su mirada vagó por los presentes hasta llegar a Rose.

Rose. Todo lo hice por ti.— murmuro.— Te amo. Edmund puso su brazo por encima de los hombros de su esposa. Ni siquiera él estaba seguro si pretendía protegerla, consolarla o de alguna forma estaba reclamando su propiedad frente a Mortimer.

Ella es demasiado buena para ti. — dijo. El doctor vertió un líquido sobre la herida que hizo que Lord Mortimer se arqueara. Rose se estremeció bajo el abrazo de su marido.— Tú tienes a mi mujer.— le dijo a Edmund con rabia.— Pero yo he tenido a la tuya.

Cállate.— dijo el médico en un tono desagradable.— ¿Has sido tú quien ha herido a la mujer?

—Por supuesto que no.— las palabras le salieron a borbotones confundidas con el dolor y la indignación.— No la he tocado.. No es eso lo que ha dicho antes.— dijo el esbirro que parecía convencido de que estando presente el magistrado no le asesinarían a sangre fría, o quizás porque había recuperado el valor.— Ha dicho que es peor que una puta.

Rose se llevó las manos a la cara, se sintió terriblemente mortificada. Se acurrucó contra el costado de Edmund, ella notó dureza en el cuerpo y en el abrazo de su marido. Imaginó que estaba indignado como ella de que alguien pudiera cuestionar su honorabilidad. Pero lo cierto es que dadas las circunstancias, no parecía tener muchos argumentos a su favor.

No me refería a ella, imbécil, hablaba de la mujer del vizconde, su puta, la condesa de Ocam. La mujer de la que está enamorado.— miró al vizconde con toda su rabia.— la hice mía mientras ella me hablaba de usted — estalló Mortimer respirando con dificultad.

Esa mujer no es nada mío.— dijo Edmund abrazando a Rose tenso como una cuerda de guitarra.. Estuve leyendo sus cartas y nos reímos de su cursilería mientras me daba placer con su...— se calló advirtiendo la presencia de Rose, y cambió de actitud, sus palabras sonaron más dulces.— Si me hubieras esperado, yo te habría entregado el mundo, él no merece ni siquiera tu respeto.— su voz se iba debilitando.— si él te hubiera amado yo

hubiera podido resignarme. Fue lo último que dijo antes de caer en la inconsciencia.

Se hizo el silencio, mientras el médico y la señora Doherty acabaron de lavar la herida de Lord Mortimer, y vendársela, entonces el médico dio un paso en dirección a Rose. . Ella no está herida.— dijo la Señora Doherty.— La embadurné con sangre para que pareciera que estaba teniendo un aborto y que mandaran a buscarle. El médico miro a la mujer y asintió satisfecho. . De todos modos me gustaría que la examinara.— dijo Edmund.

Cuando el médico y la señora Doherty se llevaron a Rose a la habitación, todos quedaron en el estudio, custodiando al herido y al esbirro. Todos parecían querer decir algo pero el ambiente resultó poco propicio para las frivolidades, y demasiado incómodo para las confidencias, ya habían oído bastante de ellas esa noche.

Edmund sintió como desaparecía toda la carga que había estado llevando desde que se enteró de la desaparición de su esposa, pensó que podría volar como uno de aquellos globos de helio que se exhibían en Londres. No dedicó ni dos segundos en pensar en Elizabeth y si era cierto o no lo que dijo Mortimer, a él sólo le importaba Rose. Se dio cuenta de lo injusto que estaba siendo, incluso cuando había imaginado a Rose forzada por ese canalla, sentía los celos y la duda de si ella se hubiera resistido solo por sus principios, y no porque no deseara a su primer amor. A pesar de saber que estaba bien, y tener la certeza de que Mortimer no la había tocado, no le liberaban de los celos, ¿amaría a Mortimer? Trató de convencerse de que no, pero la duda persistía dejándole una extraña sensación de derrota.

Cuando bajó el doctor de examinar a su esposa, le miró directamente a la cara.. Está perfectamente. La señora Doherty le está ayudando a asearse.— le miró fijamente a los ojos.— Si le sirve de algo, tengo la certeza de que no la ha tocado. La señora Doherty me ha contado que llegó inconsciente. Después se le ocurrió la idea de ensangrentarla para simular un aborto.

Edmund utilizó el carruaje de Lord Mortimer para llevarse a Rose a casa, les acompañó Ackinson que hizo de cochero hasta el pueblo, donde contrataron a un hombre para que realizara el resto del viaje. Después él regreso a la mansión para ayudar al magistrado en la investigación. Aunque no había misterios que resolver, si había que prestar declaraciones, y en el

caso de que Mortimer sobreviviera a la herida ir a juicio. Todos se habían puesto de acuerdo en que era mejor evitar que apareciera el nombre de la vizcondesa.

Una vez que salieron del pueblo, Edmund se sentó junto a Rose y la abrazó contra su cuerpo, apoyando la barbilla sobre su cabeza. Aunque sólo fuera en su pensamiento, las dudas le estaban convirtiendo en alguien mezquino.

Sabía que tendría que enfrentar los sentimientos de Rose, él tenía pruebas de la honorabilidad de su esposa, y sabía que esta no le habría permitido mantener relaciones con Mortimer aunque le amase. ¿Era eso lo que ella sentía, amor por su antiguo pretendiente? Cuando el médico quiso reconocerla, pidió que trataran a Mortimer primero, y no vio en sus ojos el odio que debería sentir una mujer arrancada de su casa, detectó cierta ternura en ella hacia su secuestrador, ¿Qué sentía Rose por aquel hombre? El no deseaba saberlo, pero sabía que hasta que aquella cuestión no estuviera resuelta, no podría recuperar la paz.

Por suerte para ambos, Rose cayó en una especie de letargo del que apenas se despertaba. Cuando se detuvieron a pasar la noche en la posada, ella estaba bastante despejada.

Lamento mucho lo que ha pasado.— le dijo ella.

—Tú no tienes ninguna culpa. . Lo sé, pero no puedo evitar pensar que quizás podría haber hecho algo para evitarlo.

Durmieron abrazados, y aunque Rose hubiera deseado que Edmund le hubiera hecho el amor, él no parecía desearlo, a pesar del calor y el consuelo que le daba el cuerpo de su marido, prevalecía la sensación de soledad, y la distancia entre ellos parecía insuperable. Ni siquiera se atrevió a tomar la iniciativa, la idea de que pudiera rechazarla era algo que no podría soportar.

Cuando Rose comprendió que se dirigían directamente a Londres, sus miedos mordieron su corazón, dejándolo desgarrado y en carne viva. Lo único que podía haber en Londres era Elizabeth, la tristeza se apretó en torno a ella como un corsé demasiado apretado. Cuando llegaron a la mansión del conde de Carrick, agradeció que su padre se encontrara allí, se fundieron en un abrazo, y Rose dejó escapar el manantial de lágrimas que había estado conteniendo durante todo el tiempo.

Aquella noche Edmund no durmió con ella. Fue a verla y después de darle un beso tan liviano que apenas alcanzo la carne de los labios, se marchó. Edmund deseaba a su mujer como nunca antes había deseado nada en el mundo. Si hubiera sido sólo deseo físico hubiera cedido a la tentación de amarla con su cuerpo, de satisfacer, al menos, su deseo en parte.

Pero la idea de perderla le había llevado hasta la locura, y el demonio de los celos le mantenía en ella. La imagen de Rose con Mortimer rumbo a Jamaica, lejos de él y resignada a ese destino, de la misma manera que había terminado por resignarse a él, le hacía temblar de rabia.

Sabía que era injusto, él había consentido en aquel matrimonio de conveniencia, era él quien se había comportado de un modo detestable, quien había estado a punto de ignorar el tesoro que había ganado al casarse con Rose, y ahora, se sentía herido y traicionado por las acciones de un hombre que amaba a su esposa, ella era inocente de toda culpa, pero no conseguía enjaular al demonio de los celos.

Se dirigió al club donde esperaba encontrar la distracción suficiente para dejar de lado aquella ansiedad que le estaba volviendo loco. Encontró amigos y conocidos, bebió con ellos, y jugó a las cartas hasta que la noche empezó a clarear. Entonces volvió a casa.

Su ayuda de cámara lo despertó cuando apenas había dormido tres horas. Se sobresaltó pensando que algo podía haberle pasado a Rose.. ¿Rose?

—Esta abajo con el conde, su padre y Lord Sterling, todos están esperándole.

Estaban en la mesa del desayuno, vio que no estaban presentes los criados, así que se sirvió el mismo. Ignoró el reproche que encontró en los ojos de su padre y de Redclive así como evitó la mirada de Rose. Se sentía demasiado en carne viva, los sentimientos a flor de piel, no deseaba que nadie supiese que su esposa lo había convertido en un hombre aterrado y vulnerable.

Tenemos buenas noticias.— dijo Sterling.— Virgil se encuentra a salvo. Por la reacción de su esposa y de su suegro, supo que ellos ya conocían la noticia, simplemente le estaban poniendo al día, aquello también le molesto, de repente le pareció que él, y toda su vida, habían pasado a un segundo plano en el que no se sentía cómodo en absoluto.

Supongo que ahora tendrá que trabajar para ambos, dijo Sterling a Rose refiriéndose al conde y a él mismo.— Por su padre he tenido conocimiento de que es capaz de descubrir las claves de un código con cierta facilidad.

Sin duda, mi padre exagera.— dijo modesta, se sentía incómoda por la actitud de Edmund, y hubiera preferido que él no estuviera presente.. Me he tomado la libertad de traerle algunos mensajes interceptados al enemigo, quizás podría dedicarles algo de tiempo, si se encuentra recuperada de su aventura, por supuesto.

Lo haré encantada. Me vendrá bien tener alguna distracción.— El reproche, apenas insinuado, llegó a Edmund con total precisión.

La conversación duró lo que el desayuno, acabado este Sterling se despidió, y Rose con la carpeta que le había entregado este se dirigió a su habitación.

—Me siento terriblemente decepcionado contigo.— dijo el marqués a su hijo.— Supongo que has pasado la noche con “esa mujer”. Edmund miró a los dos hombres, su expresión era distante y aunque le hubiera gustado haber parecido indiferente, no pudo ocultar la rabia y el disgusto. Se marchó sin decir nada, apenas una leve inclinación de cabeza dirigida a nadie en particular.

La relación entre Edmund y Rose había recuperado cierta normalidad. Habían vuelto a compartir la cama por las noches, pero la intimidad entre ellos estaba plagada de sombras, cada caricia compartida parecía suave como un pétalo de rosa, pero a veces se encontraban sus espinas, cuando algún pensamiento inoportuno les alcanzaba.

Sin saberlo ambos compartían el mismo veneno. Ambos imaginaban que otras personas compartían aquella intimidad. A veces eran capaces de olvidar a los intrusos invisibles y sus cuerpos se decían lo que callaban sus palabras. Otras sin embargo, las caricias se convertían en algo ajeno a ambos.

El dolor y el placer se entrelazaban con sus cuerpos, dejando un vacío extraño entre ellos. Fue Rose la que decidió enfrentarse a la situación, acababan de hacer el amor, ambos habían alcanzado el placer, pero ninguno de ellos parecía realmente satisfecho. Edmund se disponía a marcharse a su propia habitación con la sensación de haber amado sin ser amado.

No puedo soportarlo más.— dijo ella sentándose en la cama.— Si tan duro te resulta no es necesario que vuelvas, estoy embarazada por si no lo recuerdas, ya has cumplido con creces tu obligación.

—¿Es eso lo que quieres?

No quiero sentirme sucia pensando que estas pensado en ella. Eso me hace daño. Edmund la miró desconcertado. Ella malinterpretó su silencio. . Si el niño es un varón, consideraré cumplida mi parte del acuerdo.

Aunque no lo creas no he vuelto a ver a Elizabeth desde que nos casamos.— ella arqueó una ceja incrédula.— No de manera íntima. Y tampoco lo deseo. . Entiendo que sufres por ella, pero eso me hace daño.

El se sentó en la cama, mirándola de frente, pudo ver la humedad de sus ojos. Frunció el ceño parecía estar reflexionando sobre lo que veía.. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

Supongo que crees entender como me siento, porque seguramente aún sientes algo por Mortimer.. Sólo siento lastima por él, algo de rabia también. Nada más. ¿Y tú?

—Yo le odio bastante. Espero que sobreviva para que pueda ser ahorcado. . Por ella, ¿qué sientes por ella?

—Solo rabia. Me siento estafado. Eso es todo.

Permanecieron un rato mirándose, tratando de adivinar que ocultaban tras las palabras.

—Te amo Rose.— dijo él, al fin como si se estuviera rindiendo.— Se que he dicho y hecho cosas que no te permiten corresponderme, y eso me está matando.. ¿Me amas?— él simplemente asintió cogiéndole la mano y enlazando sus dedos con los de ella.— Por Dios santo, Edmund, estoy loca por ti. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

No pensé que me correspondieras. He llegado a conocerte, se que eres una mujer con principios, algo realmente extraordinario, y...Ella le besó aferrándose a su cuello. Moldeó sus labios mientras le repetía, en un susurro, “te amo, te amo”. El sintió un estremecimiento recorriéndole la espina dorsal hasta la nuca, el vello se le erizó, y le hormigueó todo el cuerpo.

Se tumbó sobre ella, a pesar de tener la ropa de cama interponiéndose entre sus cuerpos, a los dos le pareció que aquel momento era bastante más íntimo que el que apenas acababan de compartir. El se apoyo en los codos

para poder mirarla, reconoció el amor en su mirada, y no tuvo dudas de que ella podía sentir el suyo. El amor les envolvía con un halo de la luz inexistente. La luz de un fuego que ardía en sus corazones recorriéndoles cada poro de su piel y de su alma. Completándolos. Cuando se cansaron de mirarse, Edmund la recorrió el rostro con sus labios, saboreando su piel, sus nudillos recorrían su cuello en una caricia que despertaba su piel, erizándola.

Los labios de Edmund encontraron su boca, y el saboreo por dentro y por fuera, bebiéndola, mordiéndola, respirándola. La ternura empezó a calentar la sangre de un modo nuevo, distinto, llenando sus venas de fuego que les hizo olvidarse de todo. El pasado murió en aquel mismo instante, y como si aquella comprensión fuera una revelación, el aparto la ropa que los separaba, y rápidamente sus manos empezaron a recorrerla no para descubrirla, sino descubrirse. Rodaron piel con piel, mientras ambos se recorrían con las manos y la boca. Cuando su mano encontró el centro de su placer, ella ya estaba a punto de estallar. Lo hizo apenas él movió su mano, y lo hizo de nuevo cuando la penetro.

Apenas tuvo tiempo de recuperarse, y la espiral de sensaciones recorrían su estomago hacia aquel lugar conocido y añorado. El no dejaba de mirarla mientras contenía sus ganas de dejarse ir, apretando los dientes, cuando las sensaciones la llevaron a moverse deprisa bajo el cuerpo de su marido, este no pudo evitar que su cuerpo se deshiciera. Cuando Edmund grito su placer, en un gruñido ronco junto a su oído, ella volvió a subir a las nubes.

Esta vez no hubo espinas. Ambos durmieron abrazados y satisfechos, felices y completos, sin sombras que perturbaran la luz que acababan de compartirse amaron a la luz del nuevo día, y cuando tuvieron que separarse, para asearse y vestirse, se despidieron como si alguno de ellos fuera a partir al nuevo mundo. Sus miradas y sus manos parecían incapaces de abandonar al otro. Y ambos se apresuraron para volver a encontrarse.

Tanto el conde como Redclive se miraron extrañados cuando los vieron entrar al comedor cogidos de las manos.

Capítulo 10

Shottery, Mayo 1805.

LORD Mortimer fue trasladado a la misma cama donde se encontraron los cadáveres de su padre y de su hermano, por supuesto después de que las criadas prepararan la habitación, y todo ello, a pesar de las protestas de la señora Doherty, pero Lord Peter Horton convenció al magistrado de que aquel sería el único castigo que recibiría en vida el hombre, ya que no se esperaba que pudiera sobrevivir a la bala que tenía en el pecho. Ambos hombres estaban sentados en el estudio, mientras el resto ayudaba a preparar los cadáveres para el entierro.

Llevaron a los esbirros de Mortimer a la cárcel del pueblo, donde Colin era el encargado de su custodia hasta que pudieran llevarlos a Londres, los hombres habían confesado todos los crímenes, la muerte de la esposa de Mortimer, el secuestro de Rose, y el intento de asesinato del vizconde de Cortwind, así como los planes de embarcasen el “Plymouth” rumbo a Jamaica.

El médico piensa que no vivirá demasiado.— Había dicho Peter a Lord Orgins.— Es una forma de que al menos pague su conciencia, si es que tiene alguna.. Supongo que tienes razón.— había dicho el magistrado.— Pero sigue pareciéndome algo de mal gusto, aunque como nuevo vizconde de Shottery parece apropiado que ocupe las habitaciones que le corresponden.— sus palabras estaban teñidas de una especie de humor y rabia.

¿Conocías al vizconde?. Muy poco, él y su hijo, el barón Apton, eran personas reservadas. Mi esposa es amiga de su hija, Lady Meredith, cuando

Lord Mortimer se caso se marchó a vivir con él, suelen escribirse una vez al mes.

¿Está casada?. No lo creo. Mi esposa me contó algo sobre un escándalo, al parecer su prometido rompió el compromiso, y su padre trato de casarla entonces con el conde de Senguer un viudo con un pie en la tumba, pero Lord Mortimer se casó con la fortuna de los Crouser y según dice mi esposa, “la salvó de un destino peor que la muerte”

No sabía que tu esposa tuviera tanto gusto por el drama.

El magistrado sonrió de un modo extraño, pensando en los gustos de su esposa.

Tú mismo te formarás una opinión. Espero que te alojes en mi casa el tiempo que dure la investigación.

—¿Te llevará mucho?. Depende de lo que viva Lord Mortimer. Si le hubieras disparado tres centímetros a la izquierda, no sería necesario tanto trámite, habría mandado a los marineros a New Gate, y me hubiera olvidado del asunto apenas hubiera llegado a mi casa. Pero mientras esté vivo tenemos que observar ciertas reglas de cortesía.

Puedo subir a rematarlo, si quieres.

—Demasiados testigos, y más papeleo.— bromeó el magistrado.— Espero que aceptes mi hospitalidad.

Por supuesto. Dos días después Colin junto con Ackinson y sus hombres custodiaron a los dos esbirros hasta Londres. El nuevo vizconde de Shottery seguía febril entre la vida y la muerte, las tres criadas de la casa y un hombre designado por el magistrado se ocupaban de su custodia y cuidado. Por su parte el doctor, que solo iba a verlo por la mañana, parecía sorprenderse de encontrarlo vivo.

Una semana después Lord Mortimer murió, al entierro y al funeral sólo asistieron el magistrado y su invitado Lord Peter Horton, no asistieron ni las criadas ni el doctor. Cuando regresaron a la casa del magistrado, su esposa, Lady Orgins seguía enfadada con su marido por no haberla permitido asistir al sepelio.

Eres un hombre horrible.— le dijo durante la comida sin importarle que Lord Peter estuviera presente.— ¿Qué le diré a Meredith?

—Dile que siendo su hermano un asesino múltiple, no me pareció correcto que la esposa del magistrado mostrara su pena por él.

—Oh Dios mío.— exclamó como si se hubiera recordado algo terrible, los dos hombres quedaron expectantes pero la mujer no dijo nada.. ¿Qué? — preguntó su marido. Ella miro a Lord Peter avergonzada.

—Ella no me perdonará nunca.

—Si es como su hermano, es mejor para todos que así sea.

Ella adora a su hermano, al fin y al cabo la salvó de un matrimonio peor que la muerte. Ojalá me hubieras dejado ir al funeral. Lord Peter se marchó de la casa inmediatamente después de la comida, y antes de emprender el camino a Londres, se dirigió a la casa del doctor Oleson. Le abrió la puerta el ama de llaves.

El doctor me dijo que vendría pero no ha podido esperarle, ha tenido que salir a atender un parto. Le ha dejado esto. Lord Peter Horton cogió el sobre que le entregó la mujer y se lo guardó en el bolsillo del abrigo, no leyó la carta hasta que paró en una posada para pasar la noche. Aquella noche Lord Horton se fue a dormir con una enorme sonrisa en los labios.

Llegó a Londres al día siguiente y se hospedó en casa de su padre. Por primera vez en su vida Peter sintió cierta inseguridad. La mirada de su padre lo traspasaba a cada momento como si estuviera tratando de adivinar todos sus secretos. Mantuvo su imagen de caballero impenetrable, y militar aguerrido, pero no podía evitar sentirse como un niño al que han pillado robando pasteles en la cocina.

La sensación se hizo tan intensa, que decidió trasladarse con Colin a la taberna, lejos de la comodidad y de la buena comida, pero sobre todo lejos de la mirada inquisitiva de su padre.

Colin parecía aburrido cuando lo encontró sentado en una de las mesas más alejadas de la entrada. Como todos los hombres que coquetean con el peligro, la pared siempre a la espalda, para evitar darles a los enemigos alguna ventaja. Al ver a Peter le saludo con una mano, indicándole que se acercara.

¿Traes órdenes?— le preguntó.

—¿Tan aburrido estás?

—Es peor que eso.

—¿Qué puede ser peor que el aburrimiento para un caballero?— bromeó Peter. . Que me cuelguen si lo sé.— contestó sonriendo Colin.

El tabernero les dejó sobre la mesa una licorera que contenía brandy, y dos vasos limpios, nada que ver con el vidrio empañado del que bebían el resto de los clientes. No había muchos en aquel momento, pero en una hora o dos, el lugar se llenaría con lo peor de cada casa, y ellos se retirarían a sus cuartos para evitar llamar la atención, en su profesión ser invisible era el mejor de los disfraces.

Un hombre. Casi un gigante, vestido completamente de negro entro en la taberna, Colin se tensó, listo para actuar. Era algo instintivo en él reaccionar incluso antes de que el peligro se manifestara. El recién llegado tenía un sombrero calado hasta los ojos, y las solapas del abrigo negro, le tapaban hasta el nacimiento de las patillas.

El tabernero señaló hacia Peter y Colin, y el gigante se volvió hacia ellos. Colin ya tenía su pistola en la mano, apuntando al hombre que se acercaba.

—Guarda el arma.— le dijo Peter. Colin hizo caso omiso de la sugerencia, y estuvo tratando de descubrir al hombre que vestido de negro parecía caminar en las sombras. Cuando se sentó con ellos a la mesa, no pudo evitar que su rostro reflejara la sorpresa.

¿Lord Mcanein?— preguntó como si a pesar de haber reconocido al hombre no pudiera creer lo que estaba viendo.. A su servicio, milord.— dijo demasiado brusco restándole humor a sus palabras. . El plan no está saliendo como habíamos previsto.— le dijo Peter al gigante.

No imaginé este resultado, pero de alguna manera hemos conseguido dismantelar la red.. Pero no sabemos quienes estaban colaborando con Prometeo.

—Lo sabemos.

Colin se removió inquieto en la silla, empuñaba la pistola pero la tenía sobre el regazo, sus dedos se movían inquietos en el gatillo.. Excelente.

—Quizás no deberíamos hablar de esto aquí.— intervino Colin.— ¿Porqué no me esperáis en el cuarto?, pediré que nos suban algo de comida.

No lo conseguirá.— dijo el lord escocés mirándole a los ojos.

—¿Qué es lo que no conseguiré?— dijo Colin con bastante menos seguridad de la que debiera.

—Escapar. Pero puede vivir si nos dice quien es Perseo. Se oyó el sonido metálico del arma, había apretado el gatillo apuntando directamente al estomago del gigante, se sorprendió tanto del fallo del arma, como de encontrarse encañonado por la pistola de Peter. Sintió el cañón del arma en la cintura, a su costado.

¿Quién es Perseo?— preguntó Peter en el mismo tono amistoso que había empleado al sentarse junto a él.

—No sé de qué diablos estás hablando.. Sólo Peter y tú conocían cierta información que, curiosamente se dejó caer en la reunión que se realizó en el baile de las cortesanas. Lógicamente la lealtad de Peter esta fuera de toda duda.

No debería estarlo. Al fin y al cabo, su hermano fue uno de los que asistió a la reunión.

—No fue Charles quien la dio. Puedo asegurártelo, porque yo estaba allí. Colin palideció, comprendiendo finalmente que había sido pillado en falta, antes de que pudiera realizar cualquier maniobra de escape, el gigante lo levantó agarrándole fuertemente del brazo, Peter se colocó al otro lado, y le clavó el arma entre las costillas, una clara advertencia. A pesar de la situación el hombre mantenía la calma. El gigante miró a su alrededor. El tabernero colocaba las botellas en las estanterías que estaban detrás del mostrador, y una mujer barría sin demasiado interés el polvo hacia la puerta del local.

Cuando llegaron al cuarto, el gigante cacheó a Colin y le encontró un cuchillo escondido en una de sus botas, se lo guardó en la suya. El posadero llamó a la puerta, intento entrar pero estaba cerrada.

—¿Ocurre algo?— preguntó Peter.

—El brandy milord, se lo he subido.

Peter abrió la puerta lo suficiente para coger la botella y los dos vasos, el tabernero había añadido otro vaso limpio para el gigante.

—Quizás podíamos beber por la amistad perdida.— propuso Colin.. Quizás después de que nos cuentes todo.— dijo Peter, que no obstante sirvió el brandy en los tres vasos. Colin cogió el suyo con ambas manos.

—Ahora que sabes quién es Redhouse, no puedes seguir con vida. ¿Lo entiendes, no? preguntó Peter en el mismo tono neutro.

Por supuesto. Por las amistades perdidas.— brindó y bebió la copa de un trago.— ¿No brindas conmigo?

Peter apuró la copa. Colin miro al doctor esperando que hiciera lo mismo. Este dejo la copa sobre la mesa.. No me parece correcto brindar con el hombre al que voy a matar.

—Seguro que lo ha hecho antes.

—Le aseguro que no.

Mcanein no toma alcohol.— dijo Peter a modo de explicación, y rellenó su copa y la de Colin.

Algo en la mirada de este, advirtió al gigante, y le quito a Peter la copa de la mano. Después se volvió hacia Colin.. Creo que es mejor tener la cabeza despejada.— fue lo único que le dijo a Peter, este por alguna razón prefirió no discutirle al gigante, pero dos copas de brandy no afectarían a sus ideas, en algunas de sus misiones había bebido bastante más y nunca había perdido el rumbo.

¿Y bien?— preguntó el gigante.. No diré nada.— dijo Colin como si empezara a estar aburrido de la situación, y en lugar de estar amenazado de muerte, estuviera discutiendo sobre una cuestión demasiado tediosa.

El gigante se abrió el abrigo, y empezó a sacar una colección de estiletes de distinto tamaños, lo fue colocando cuidadosamente junto a la botella de brandy. Colin alargó su copa vacía a Peter cuando este cogió la botella para rellenársela, el gigante se lo impidió.

Creo que el brandy esta envenenado. ¿Me equivoco?— pregunto a Colin por encima del hombro. Colin le lanzo la copa al gigante, pero este la cogió en el aire sin problemas.

Eres muy listo para ser un salvaje escocés.

—Yo también he bebido el brandy.— le señaló Peter al gigante.

—No te matará. — contestó cortante Mcanein.

Colin se había recostado contra el cabecero de la cama, a pesar de su sonrisa no pudo evitar que el miedo asomara a sus ojos, cuando vio que el gigante se acercaba a él con una especie de estilete, el resto del instrumental estaba sobre la mesa. El gigante se sentó en la cama, haciendo que el colchón se hundiera en ese lado.

Te voy a ir abriendo en canal. — Le dijo con aquel tono seco y cortante que era su seña de identidad.— No profundizaré demasiado al principio, lo suficiente para extraerle los intestinos. No pienses que el arsénico te matará antes. Tardarás un par de horas en morir, y será interesante ver como se contraen tus intestinos mientras el veneno hace su efecto. Hasta entonces, quizás me entretenga cortándote aquí y allá. Su mano señaló su nariz y sus genitales.

Colin miro aterrorizado a Peter, este se había sentado en el suelo con los brazos alrededor del estómago y la cabeza apoyada en las rodillas, así que no encontró ayuda en su antiguo compañero.

Quizás fuera la lealtad o quizás el efecto del veneno, pero no consiguieron sacarle ninguna verdad durante la agonía que le llevó a la muerte dos horas después. Peter recuperó la consciencia una hora antes de que su compañero exhalara el último suspiro. Miró al gigante con cierta aprensión.

El tabernero dejó en el fondo de tu copa el antídoto.— contestó el gigante a la pregunta no formulada. Mcanein y Peter sacaron el cuerpo de Colin por la puerta trasera de la taberna, aunque las calles de la zona estaban atestadas de gente, no recibieron más que miradas curiosas, ninguno de los habitantes de aquel barrio de Londres se preocupó de la suerte del hombre inconsciente. Aunque como buitres carroñeros vigilaron el destino final del cuerpo, con la esperanza de poder registrarle o simplemente hacerse con la ropa o el calzado.

Eso fue lo que hicieron, cuando los dos hombres arrojaron el cuerpo de Colin al río, apenas habían abandonado el lugar, un grupo de hombres rescataron al cadáver y sus posesiones.

Lady Rose Cortwind estaba trabajando en descifrar los mensajes que le había entregado Lord Sterling, había conseguido transcribir la mayoría de ellos, tenía bastante claro en qué consistía el plan que se estaba tramando. A pesar de ello, decidió no decir nada hasta que regresara su padre, quien había tenido que volver a Oxford para recoger algunos de los nuevos libros de claves en los que había estado trabajando Rose cuando regresó de su luna de miel.

A pesar de la admiración que tanto su marido como su suegro parecían haber sentido por ella cuando descubrieron que era Redhouse, había

detectado que las pocas veces que había aventurado una opinión, era amablemente ignorada, la escuchaban, pero no dedicaban a reflexionar ni un minuto sobre su punto de vista, no debería haberse sorprendido, pues durante toda su vida había sido tratada con la misma condescendencia, y esa fue la razón de que trabajara a la sombra de su padre. Reconocía la condescendencia, y el interés que se obligaban a prestarle, al fin y al cabo, ella era Redhouse, pero parecían pensar que aquello era una especie de anomalía de su cerebro, y que aparte de los códigos no era capaz de entender la información que estos contenían.

Era realmente desalentador, que después de las muestras de admiración y reconocimiento que había recibido de los jefes de ambas redes, tanto su suegro como Lord Sterling habían olvidado rápidamente su cerebro y solo veían en ella, la fragilidad de una mujer embarazada.

El asesinato del conde Ocam ocurrió el mismo día en que su padre llegó a la ciudad. La amistad del conde con la familia de su esposo, obligó a Redclive a ofrecerles su ayuda y estos la aceptaron.

La muerte de Ocam convulsionó a la alta sociedad al ser uno de sus miembros más relevantes, y con la conmoción, se extendió el rumor, cada vez más insistente de que el asesino era lord Charles Horton, se había sospechado de su participación en la muerte de una cortesana y su amante, y la muerte violenta del conde le señaló también como asesino, y esta vez, dada la calidad de la víctima, no sólo se le cerraron las puertas de la familia, sino de toda la sociedad.

El marqués de Surrey, le pidió al conde de Carrick que se encargara del entierro y funeral del conde. Debido a las sospechas que tanto los diarios como los chismosos de la alta sociedad dirigían como flechas ardiendo hacia su hijo Charles, le pareció que sería no sólo de mal gusto sino que solo servirían para aumentar las habladurías sobre el tema.

Esa sospecha, que el mismo hubiera tenido si su gran amigo no hubiera decidido abrirle el alma antes de morir. En aquel momento comprendió, que quizás Ocam intuía lo cerca que estaba de dejar este mundo.

El conde entendió perfectamente su dilema, y a pesar del desagrado que le inspiraba la viuda, se ocupó de los preparativos soportando a duras penas a la mujer. Mientras repasaba el escritorio del conde para tratar de ordenar la documentación referida a sus propiedades, facturas, etc. La condesa

había mandado llamar a la casa a dos de las mejores y más exclusivas modistas de Londres con el fin de que la prepararan un vestuario de luto completo.

Hubiera podido pasar por alto la vanidad que encerraba el gesto, si hubiera mostrado respeto y pena, aunque hubiera tenido que fingirla, por la memoria del hombre que había sido asesinado. Y cuando mostró su dolor durante el entierro del conde en el panteón familiar, lo hizo colgándose del brazo de su hijo, durante los tres días anteriores al entierro había sentido deseos de golpearla, pero cuando la vio apretarse contra el costado de Edmund, frente a Rose, no pudo evitar sacársela a su hijo de los brazos, y con una expresión que desmentían su actos, acogerla entre sus brazos para sostener la teatral desesperación de la mujer.

La familia del marqués de Surrey, había preferido no asistir al entierro, aunque sí lo hizo el duque de Gloucester. El sol resplandecía por encima de sus cabezas, reflejándose en el mármol del panteón.

La condesa viuda de Ocam se mantenía rígida y furiosa bajo el brazo del conde, que la tenía prácticamente inmovilizada. Rose y su padre habían ocupado un lugar entre la multitud, y si el conde no hubiera desalojado de los brazos de Edmund a la condesa tan pronto como lo hizo, seguramente ella lo habría hecho. Durante un rato estuvo fantaseando con la idea de arrancarle a la viuda el velo que la cubría el rostro y arrastrarla por los pelos hasta el panteón y enterrarla a ella también. El acto fúnebre terminó antes que su fantasía, despertó cuando su padre le llamó la atención.

Despierta Rose, nos vamos.

A pesar de sus deseos de mantenerse al margen, el marqués fue convocado por los abogados del conde de Ocam para proceder a la lectura del testamento. A pesar de los intentos de la condesa viuda para que los abogados procedieran de inmediato a la apertura del mismo, estos fueron inútiles. Estos la explicaron que debían proceder de acuerdo a las instrucciones que el propio difunto había redactado. Y que el testamento no podría abrirse hasta que no estuvieran presentes todas las personas que se mencionaban en el mismo, incluyendo los criados de todas las propiedades del Conde.

El luto había llevado a la condesa viuda de Ocam a un estado de aburrimiento mortal, había enviado varios mensajes a Charles para que

fuera a visitarla, y había intentado lo mismo con Edmund y algunos de sus amantes, pero ninguno contestó siquiera a sus cartas.

Sólo las damas de la alta sociedad acudían a compartir aquellos momentos, que suponían de dolor por parte de la viuda, parecía que los caballeros mostraban su lealtad al difunto conde manteniéndose lejos de la cama de su viuda, lo que curiosamente no habían hecho durante su vida.

Al quinto día, el mayordomo entró en la sala donde Lady Elizabeth trataba sin éxito de entretenerse con un libro.

—Un hombre desea expresarle sus condolencias.— el rostro del mayordomo mostraba claramente el desagrado que le producía la visita.

—¿De quién se trata?— preguntó animada, el desagrado del criado la alentó a confiar en que se tratara de alguno de sus amantes.. No quiso decir su nombre, milady.

—¿Cómo es?

—No sabría decirle, milady.

—Hágalo pasar.

El mayordomo acompañó al visitante al salón, una vez que el hombre entró en la sala les dejó solos. El visitante observo divertido el examen minucioso que la viuda hizo de su persona.

¿Le gusta lo que ve?

—Bastante. ¿Cuál es el motivo de su visita?

He pensado que podría sentirse sola, y he venido confiando que ambos podamos satisfacer nuestras necesidades presentes y futuras. Ella le miro de manera lasciva, a pesar de que el hombre no era exactamente el tipo de hombre que solía atraerla, su cuerpo era ligeramente orondo, y tenía varias cicatrices en la cara, secuelas de una pubertad llena de granos, dedujo la mujer.

No acostumbro a ayudar a desconocidos. ¿Quién es usted?

—Algunos me llaman Polifemo. Ese nombre deberá ser suficiente para usted.

Capítulo 11

Londres. Junio de 1805.

EL despacho de abogados que llevaban los asuntos del conde, eran tres hombres de mediana edad, eran hermanos, y por tanto eran conocidos, como Garrison, Garrison y Garrison. De tamaño y forma similar, vestían de manera impecable, y sólo quienes les conocían bien sabían distinguir quién era quién.

Cuando estaban solos, nunca terminaban las conversaciones que empezaban, porque parecían adivinarse mutuamente las palabras. Estaban especialmente nerviosos mientras preparaban las carpetas que procederían a leer en la sala de música, donde eran enviados todos los convocados a la reunión.

Es incorrecto..., — dijo el primer Garrison.

—Una humillación pública....— dijo el segundo Garrison.

—Pero está la carta....— concluyó el tercero.

—Oh, sólo para el caso...— dijo el segundo, saltándose el orden.

—Se dará.— afirmó el primero.

El mayordomo interrumpió esperando, les acompañó hasta la sala de música, donde esperaban más de sesenta personas, y él mismo entró ocupando un asiento libre junto a la puerta.

El público sentado y solemnemente en silencio, estaba compuesto por los criados de todas las propiedades del conde que ocupaban las últimas cinco filas de asientos, y en la primera fila, estaban el Marques de Surrey,

sus hijos Peter y Charles, Edmund y la inconsolable viuda, que se apoyaba contra el brazo de este último, como una mujer terriblemente desconsolada.

Los abogados se sentaron en las sillas que había tras un escritorio, frente a todo el público. Mientras Garrison segundo y tercero extendían sobre la mesa, perfectamente ordenados unas pilas de papeles, Garrison primero que estaba entre ellos, asintiendo sutilmente al trabajo de sus socios, bebió de un vaso de agua antes de dirigirse al público.

Era voluntad del difunto Conde de Ocam, nombrar al marqués de Surrey albacea del testamento, y si acepta la responsabilidad, debe firmar el juramento de que hará cumplir sus últimas voluntades tal y como han sido estipuladas.

Los Garrison perfectamente sincronizados volvieron la cabeza hacia el marqués, este asintió, y Garrison segundo le indicó que se acercara, le tendió una hoja de papel, que el marqués procedió a leer, y seguidamente estampó su firma al final del documento.

Empezaremos.— continuó Garrison primero.— con los legados otorgados a los empleados del conde. Se procederá de la siguiente manera. Diré el nombre del beneficiario, la cantidad legada, y si nadie de los presentes pone objeciones, procederemos a firmar la aceptación del legado, junto con el albacea. Se les entregará una carta bancaria por dicho importe, y abandonarán la sala.

la conversación, informándoles que todos estaban El silencio fue la respuesta al silencio que Garrison primero hizo, esperando alguna pregunta.

Durante más de una hora, se procedió a llamar uno a uno a todos los criados, esperando las objeciones, que no existieron y después de firmar, se entregaba la carta de pago. El conde había entregado una pequeña fortuna a los criados más viejos, y una suma bastante razonable a los que llevaban menos de diez años a su servicio.

La última de las criadas que esperaba recibir su legado, era la doncella de la condesa viuda. Cuando se leyó el contenido de su legado en voz alta, no pudo por menos de protestar. El conde le dejaba la ridícula cantidad de un chelín.

Señor, debe tratarse de un error.— dijo la mujer buscando el apoyo de su señora, que no le prestó ninguna atención, preocupada únicamente en

mantenerse pegada al costado del vizconde de Cortwind ignorando completamente la rigidez e incomodidad de este.

¿Es eso una objeción?— pregunto el Sr. Garrison primero a la doncella. . Sí, señor. Lo es.

Garrison tercero sacó un sobre lacrado que había junto a otro sobre también lacrado en una de las esquinas de la mesa. Se lo entregó al albacea, el marqués, este abrió la carta la leyó, miró a la mujer y entregó la nota a Garrison primero que procedió a leerla.

Como imagino que la estupidez no conoce ni la humildad ni sus propios límites, supongo que la señorita Devinson, fiel empleada de mi esposa, no será capaz de evitar compararse con los empleados, que a diferencia de ella, se han mostrado leales a quienes pagaban su salario. Un chelín es lo que vale la gratitud que le debo a los servicios prestados a la señorita Devinson. Su objeción le resta incluso ese chelín, y puesto que ni sus servicios ni su prudencia han estado a la altura de lo que se espera de un empleado de la casa Ocam, deberá ser despedida inmediatamente sin referencias.

Cuando terminó de leer, esperó más objeciones, la señorita Devinson miraba a la condesa viuda, al igual que el resto esperando una objeción que no llegó. Aunque cuando las miradas de ambas mujeres se encontraron, la condesa la hizo un gesto de asentimiento, que consiguió que las protestas de la doncella terminaran. Una señal que todos entendieron, y que obligaron al marqués a intervenir cuando la doncella abandonó la sala.

Si pretendes mantener a esa mujer al servicio de esta casa, no recibirás nada de lo que pueda corresponderte de la herencia hasta que los tribunales decidan la cuestión. Puedo ser muy puntilloso cuando la ocasión lo requiere.

Puedo perfectamente prescindir de mi doncella, aunque no entienda las razones de una decisión tan ridícula y caprichosa.— contesto molesta la viuda. Su voz y su compostura recuperaron todo su aplomo una vez que abandonó la sala el último de sus criados. Sólo quedaban ellos y Edmund se levanto para evitar el contacto de la mujer y se quedó de pie junto a su tío.

Sus miradas se encontraron, ella pensó que Edmund había decidió ponerse a salvo de su contacto, imaginando que estaba teniendo efecto

sobre él su cercanía, le envió en su mirada una promesa de auténtica lujuria.

El Sr. Garrison primero espero a que el vizconde ocupara de nuevo su asiento, cuando comprendió que no lo haría, empezó a leer el legado de Lord Charles Horton. . A mi querido amigo, le lego mi propiedad escocesa de Lochness, y una cantidad de 20.000 libras con las que espero pueda labrarse un nuevo futuro lejos de Londres. El Sr. Garrison primero, hizo una descripción exhaustiva de la propiedad, sus límites, incluyendo dentro del legado, el pabellón de caza, y los más de cincuenta caballos de caza que se criaban allí. La propiedad por si misma producía ingresos suficientes para mantenerla y vivir con cierto lujo, el dinero en cambio permanecería en un fideicomiso que administraría el albacea hasta que Charles cumpliera los treinta años, recibiendo el interés del dinero, cada 1 de enero.

Se esperaron objeciones, y no llegaron. Elizabeth frunció levemente el ceño, pues aunque sabía que la fortuna de su marido era inmensa, le estaba pareciendo demasiado generoso. No lamentaba perder de vista la odiosa propiedad escocesa donde paso recluida los dos primeros años de su matrimonio, pero las 20.000 libras eran otro cantar, se sintió tentada de objetar, pero prefirió mantenerse en silencio.

Lord Charles preguntó si podía permanecer en la sala, o debía marcharse, los Garrison se miraron unos instantes, murmuraron varias palabras sin sentido para nadie, excepto ellos mismos, y asintieron con la cabeza.

Llegó el turno del vizconde de Cortwind. Este esperaba curioso el legado que podría haberle dejado el hombre al que no conocía demasiado y al que había convertido en cornudo. Imaginó que recibiría una regañina póstuma, y se convenció que la soportaría con tanta dignidad como fuera posible.

De las joyas que pertenecieron a mi madre.— escuchó decir a Garrison primero, se obligo a prestar atención.las siguientes: el juego de esmeraldas, aguamarinas con diamantes, perlas negras y rubís. Compuestos cada uno de ellos por la diadema, el collar, la pulsera y el anillo. Cada uno de estos juegos deberá entregarlos a su esposa por cada hijo que Dios tenga a bien concederles. El conde solicita su presencia hasta que se termine de dar lectura al testamento.

Aunque su intención hubiera sido otra, deseaba satisfacer su curiosidad, y habría pedido quedarse, tal y como había hecho Charles, aún cuando no existiera tal condición o pedimento.

Guardó silencio para oír la objeción si es que se producía. Lady Ocam había abandonado por completo su imagen de viuda desconsolada, y su desagrado era patente para todos los presentes, respiró varias veces profundamente tratando de mantener la calma ya que había perdido la capacidad para ocultar la rabia que la estaba consumiendo.

Supongo que no te atreverás a entregar esas joyas a tu esposa.— protestó Elizabeth poniéndose de pie frente a él.— Reconocerás que me las he ganado.

—¿Es eso una objeción milady?— pregunto el Garrison tercero, mientras cogía un sobre que había en una esquina del escritorio.

Por supuesto que no, era un simple comentario.

—¿Por qué?— fue lo único que preguntó el vizconde al abogado, este se encogió de hombros.

El Sr. Garrison primero esperó a que la condesa viuda de Ocam volviera a ocupar su asiento, en cuanto lo hizo, siguió leyendo el testamento.. A mi esposa, Lady Elizabeth Manning, le lego únicamente lo acordado en el contrato matrimonial, a saber, la casa de la viuda de Bresthouse, y una renta de 3.000 libras anuales, al no existir hijos no son de aplicación el resto de las estipulaciones contenidas en el contrato matrimonial.

Tengo una objeción.— dijo Elizabeth antes de que diera tiempo a guardar el silencio. Impugnaré el testamento, no piensen que pueden robarme lo que me he ganado aguantando a un viejo durante más de diez años. Ni crean que vaya a permitir que me quiten lo que me pertenece.

El señor Garrison tercero, cogió el sobre lacrado de la esquina del escritorio, se lo entregó al señor Garrison primero, y este a su vez al albacea. La expresión del marqués de Surrey no sufrió ningún cambio, todos le observaban mientras leía el contenido de la carta durante tres largos minutos. Cuando terminó se la entregó al abogado. Este empezó a leer.

La suerte hace que el prudente sea osado, y convierte en temerario al estúpido. Mi matrimonio con Elizabeth podría haber sido declarado nulo

porque nunca fue consumado, no conmigo, aún así, y a pesar de que permití todas y cada una de tus aventuras amorosas, me negaste la posibilidad de tener hijos. La primera vez que te quitaste un niño, a los dos meses de nuestra boda, entendí que lo hicieras. Tenías dieciocho años y recién casada con un hombre que a pesar de todos tus intentos no se acostó contigo, y...

Basta.— pidió Elizabeth interrumpiendo la lectura de la carta.. Milady, al presentar su objeción tenemos la obligación de leer el contenido de esta carta, que será acompañada a los tribunales en el caso de que usted decida impugnar el testamento.

Retiro mi objeción.

—Me temo que ya no es posible.

Lady Elizabeth se levantó y mirando a cada uno de los hombres con absoluto desprecio abandonó la sala. Se miraron entre sí, y los Garrison iniciaron una de sus conversaciones imposibles. . El albacea debe...

—No sin el interesado...

—Además el acuerdo puede ser..., Seguramente..., Para eso están los testigos. . Señores.— pidió el marqués.— ¿podríamos continuar?

Como albacea debe decidir si terminamos de leer la carta, aunque la condesa viuda ya no esté presente, o si prefiere hacerlo en privado y actuar en consecuencia con lo estipulado por el marqués.

Terminaremos con el legado de Lady Elizabeth en privado.. Padre no seas aguafiestas.— protestó Charles con mirada traviesa.— Yo creo que el conde pretendía desenmascarar a su esposa, y debe hacerse, además la curiosidad me mata.

El marqués miró a los Garrison que se encogieron de hombros a la vez, y después a Edmund, este asintió. A pesar de su aparente serenidad, la mención de un embarazo de Elizabeth le había conmocionado como un puñetazo en el estómago. Ya no sentía amor por ella, pero su vida estaba plagada de recuerdos y experiencias compartidas con ella, y a su pesar, le seguían afectando.

No pudo evitar preguntarse si era tan estúpido como se sentía. En aquel momento de su vida, cuando lo que sentía por su esposa era algo absolutamente desproporcionado al compararlo con los sentimientos que había sentido por Elizabeth en el pasado, era incapaz de comprender como

podía haber estado tan engañado con su amante, pero lo cierto es que nunca habían convivido mas allá de las pocas noches en que se limitaban a hacer el amor, y conversar frívolamente en las fiestas donde coincidían, entendía que no conocía a Elizabeth, él la había inventado para satisfacer sus necesidades.

El señor Garrison carraspeó para llamar la atención de todos, y continuó con la lectura de la carta.. Cuando me entere, te pedí que no volvieras a hacer algo así, y que cualquier hijo engendrado por mi esposa sería hijo mío. Pero hubo dos abortos más el año siguiente, todos ellos por tu mano. Te entregue mi nombre, mis riquezas y una gran libertad a cambio de la posibilidad de que me dieras un hijo, un hijo de otro. Tomaste todo y no diste nada, esa es tu naturaleza. Para el caso de que el testamento fuera impugnado, los contratos matrimoniales quedarían sin efecto por conducta adúltera y escandalosa, iniciándose por tanto un procedimiento que impediría impugnar el testamento, hasta que ambos pleitos no hayan quedado resueltos, se te entregarán las 2.000 libras correspondientes a la dote recibida. Seguramente nos encontremos de nuevo antes de que los tribunales hayan decidido la cuestión, así que esperare paciente el volver a verte.

Hablaré con ella antes de que intente siquiera impugnar el testamento. — dijo el Marqués.— Como albacea considero que si no se impugna ante los tribunales el legado, reciba lo estipulado en el contrato matrimonial.

Ninguno parecía estar de acuerdo con él, pero comprendieron que el marqués preferiría mantener el nombre de su amigo fuera del escándalo. . Lord Peter Horton.— dijo el primer Garrison elevando dos notas el tono de voz para recuperar la atención de los presentes. Debido a que en el parlamento existe un expediente para que le sea concedido un título nobiliario, y no teniendo herederos ni cercanos ni lejanos, es mi voluntad y mi orgullo que el Condado pase a pertenecerle, junto con todo su patrimonio. El resto de las propiedades no adscritas al título deben utilizarse para pagar los gastos del mismo, y seguramente la única condición que se deba cumplir, aparte de pagar una fortuna a la corona, sea el cambio de nombre. Este testamento en lo referido a la sucesión nobiliaria esta unido al expediente. Y si están leyendo esto, quiere decir que estamos avanzando hacia la resolución del expediente.

Esta vez el silencio no fue esperando una objeción, los Garrison complacidos observaban la conmoción.. Es tiempo de decir...

—Mejor esperar a estar seguros...

—No sería conveniente...

—¿Tienen algo más que añadir?— preguntó el marqués a los Garrison.

Nos tomamos la libertad de promover el expediente del título apenas tuvimos conocimiento de la muerte del conde.— dijo el primer Garrison.

—De hecho.— añadió el segundo.— Es muy posible que dentro de tres meses sea Lord Peter Manning, Conde de Ocam. Peter estaba demasiado aturdido para mostrar alegría o preocupación. Fue su hermano cuando le palmeo la espalda quien le despabiló del desconcierto que le había provocado la noticia.

Le entregaré las joyas.— le dijo Garrison segundo al vizconde. Se levantó y seguido de sus hermanos y el marqués se dirigieron al estudio, encontraron allí a la viuda, el despacho estaba terriblemente revuelto, y el cuadro que ocultaba la caja fuerte se encontraba apoyado en el suelo.

No se llevarán nada de esta casa.— estaba alterada rozando la histeria, . Vete a tu habitación, mañana hablaremos de lo que te conviene.— le dijo el marqués autoritario. Por un momento parecía que ella iba a negarse, o a montar una escena, pero se marchó arrastrando los pies. Vestida de negro y con el rostro lleno de lágrimas y desesperación había conseguido parecer, al fin, una viuda doliente. Hubieran sentido lástima por ella de no saber que aquel dolor era causado por su propio egoísmo.

Finalmente abrieron la caja fuerte con la llave que tenía el tercer Garrison, y sacaron las joyas que le correspondían al vizconde.. ¿Por qué le dejó las joyas a mi sobrino?— pregunto el marqués, mientras examinaban que estuvieran todas las piezas en los estuches.

Los abogados se miraron y después de asentir con la cabeza, Garrison primero tomó la palabra.

Pienso que el Conde ha querido compensar al vizconde por los hijos que Lady Elizabeth perdió, y al mismo tiempo castigarla a ella., Creo que eso es.— dijo el segundo.

—Seguro.— afirmó rotundo el tercero.

Cuando Elizabeth salió del estudio estaba bastante desesperada y humillada. Su doncella la esperaba en la habitación, con una pregunta en su

cara.

—Te quedas.— le dijo.

La señorita Devinson sonrió como un gato ante un plato de nata, y empezó a ayudarla a desvestirse.. Debe descansar, Milady, ha sido un día difícil para usted.

—No puedo descansar. Tengo que buscar una solución...

De repente se dio cuenta de lo fácil que le resultaría retener la herencia, al menos por el momento. Se sentó en el escritorio y escribió unas líneas, cerró el papel y se lo entregó a su doncella.

Ve al hotel Clarendon y entrega este mensaje para la habitación 203, cuando vuelvas prepara el equipaje, nos vamos por la mañana a primera hora.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Londres, Junio 1805

LA llegada de Virgil Redclive a la casa del conde de Carrick en Londres, reunió a todos los que estaban implicados en la red de Surrey y de Sterling. Incluyendo a Rose y exceptuando a Charles, que se había marchado a la propiedad recientemente heredada. Supuso que Ocam no sólo le había entregado un futuro sino también un lugar donde podría permanecer escondido mientras las sospechas del triple asesinato recaían directamente sobre él. Nadie, a excepción de la viuda de Ocam y su propia familia, conocía la existencia del legado.

Fue Peter quien consiguió liberarme.— explico Virgil a todos, quienes se volvieron directamente hacia el futuro conde de Ocam.. En realidad nunca estuvo realmente en manos de los franceses, pero había que dismantelar la red de Prometeo, aunque me parece que hemos dejado varios cabos sueltos.

¿Perseo?— pregunto Lord Sterling.— No es importante.— Me parece que Polifemo puede ser bastante más peligroso.. Yo pienso que puede llegar a serlo.— intervino tímidamente Rose.— Polifemo es un agente francés que tiene una misión que realizar, descubrir a Redhouse, lo que como todos sabemos es difícil de conseguir, espero, sin embargo Perseo puede proporcionar al enemigo información que puede poner en un serio problema a la Corona.

¿Por qué lo crees?— preguntó Virgil con naturalidad, mientras que al resto de los hombres les recorría la incomodidad de tratar ese tipo de

asuntos con una mujer, por muy buena codificadora que hubiera resultado ser.

Todos los mensajes de los franceses se refieren a movimientos de barcos de la armada, y la misión de Perseo era conseguir la información sobre la posición de nuestros barcos. Es evidente que se prepara una ofensiva por mar.

Lo sabemos.— dijo Lord Sterling sin poder evitar darle a su tono un cierto aire condescendiente.— Pretenden desviar nuestra atención a los intereses británicos en la Martinica para sortear el bloqueo británico.

Pienso que es algo más que eso. Si se llevan barcos de nuestra armada hacia América, no sólo consiguen evitar el bloqueo, sino que consiguen una vía de entrada a nuestro país. Tenemos demasiadas costas para poder prevenir cualquier tipo de invasión, máxime cuando la mayoría de nuestros regimientos están luchando en el continente.

Eso nunca va a pasar.— dijo Sterling rotundo.

—Tiene sentido.— dijo Virgil.

—No es descabellado en absoluto.— apoyó Peter.— ¿Qué te ha llevado a esa suposición?

Todos los mensajes que se han interceptado a los franceses, hablan de actividad de sus barcos y siempre hacen mención de los movimientos de los regimientos enemigos por tierra.

Infantería.— corrigió Lord Sterling.

Edmund lanzó una mirada de advertencia al Lord del almirantazgo. Este no quiso darse por aludido.. Bueno, ¿qué sentido tiene que la infantería, varios regimientos, tengan órdenes de estar preparados en la costa del norte de España, cuando nuestros barcos posiblemente se encuentren en Jamaica?

Ellos no pueden saber donde estarán nuestros barcos.— dijo un impaciente Lord Sterling.

Rose se mantuvo en silencio, su hermano Virgil la guiñó un ojo y se encogió de hombros, pero ella no estaba nada contenta.

—Creo que sería conveniente tener algún agente en la costa española. — señaló Peter.. Desde luego será conveniente, pero para avisar a nuestras tropas de los movimientos franceses, no para dismantelar una operación que no va a producirse. ¿Quieres encargarte?— Peter asintió.

Me gustaría acompañarte, si no te importa.— propuso Virgil.

—Estaré encantado.

—¿Qué hay de Perseo?— se atrevió a preguntar Rose.

—Deja ese asunto en nuestras manos.— dijo el marqués sin ocultar que la interferencia de Rose, le parecía tan inoportuna como cuando un niño interrumpe a los mayores. . Si me disculpan.— dijo Rose dirigiéndose a todos, pero sin mirar a nadie.. Puede que ustedes la vean como una mujer, demasiado frágil para involucrarse en los asuntos de estado, quizás la consideren vulnerable por su estado.— dijo el Sr. Redclive.— Pero les aseguro que hasta la fecha nunca ha errado en un juicio.

Mi hermana y yo compartimos todos los méritos que me he llevado en los últimos años, y les aseguro que si los examináramos detenidamente, seguramente todos ellos los recibí por el trabajo de mi hermana.

Ella es Redhouse, por Dios santo.— exclamó Edmund uniéndose al bando de su esposa.— Sólo por eso merece ser escuchada con toda atención y respeto.. Es evidente que es una mujer especial, y con muchas virtudes, no me cabe duda.— se defendió Lord Sterling.— Pero la guerra no es un tema que me resulte cómodo tratar con una mujer.

Pues tenemos un problema.— dijo Edmund serio.— Si mi mujer no puede manifestar libremente su opinión, por su delicada naturaleza, no debemos permitir tampoco que ponga su vida en peligro ideando códigos que la señalan como objetivo para los franceses.

—Eso es distinto.— intervino el conde claramente del lado de Sterling en ese asunto.— A veces decidimos sobre la vida o la muerte de otras personas, ¿Crees que ella tiene estomago para aguantar tal cosa?

No es estúpida y estamos en guerra. Claro que asume que gente morirá a causa de las decisiones que tomemos.— intervino Virgil.— Pero sin su ayuda, habría muchos más muertos de este lado.

Le pediré disculpas.— dijo Sterling.— Pero la idea de una invasión es ridícula. ¿Qué posibilidades existen de que ganen a nuestra armada?

—Si nuestra armada no está donde debe estar, las posibilidades de una invasión no son tan remotas.

—¿Tú qué opinas?— pidió ayuda al conde.

—No soy partidario de curar heridas inexistentes, pero nada perdemos con mantenernos alerta.

Con aquella frase que no significaba nada realmente, se terminó la reunión. El marqués de Surrey junto con los Garrison, dos empleados de estos, y la ayuda de los criados de la casa, estaban realizando el inventario de las pertenencias del Conde de Ocam. Lady Elizabeth se había marchado el mismo día que se dio lectura al testamento, sabiendo en paradero desconocido, les hacía sospechar que la viuda pretendía ocasionarles problemas en el futuro. Pero todos estaban preparados para dicha eventualidad, de hecho, pese a la intención del marqués de respetar el legado del conde para su esposa, los Garrison se mostraron como tres montañas inamovibles, y habían procedido con los trámites para declarar nulo el matrimonio del conde, varios de los amantes de la condesa viuda habían sido interrogados por el magistrado encargado del asunto. Y todo parecía indicar que en un par de meses, Lady Ocam volvería a ser la Señorita Elizabeth Charlton.

Por otra parte, la sucesión de su hijo en el título progresaba de manera bastante satisfactoria, y hasta su padre el duque de Gloucester había sacado toda su artillería pesada en el parlamento para conseguir agilizar los trámites. Sólo quedaba negociar el pago. Y los Garrison eran los encargados del regateo.

La posibilidad de que Lady Elizabeth se hubiera marchado con Charles le congelaba la sangre. A pesar de todo lo que sabía, gracias a su amigo, la familia seguía manteniendo las distancias con su hijo, por orden del duque. Una orden que en aquel momento podría ser beneficiosa para su hijo, independientemente de los servicios que hubiera podido prestar a la Corona a través de su hermano.

El marqués se había sentido tentado de informar a su padre, el duque de Gloucester y a su heredero, la verdadera naturaleza de los servicios prestados por Charles a la corona, pero se convenció a sí mismo que era más seguro para su hijo, mantener dicha información en secreto.

Volvía de la casa de su amigo cuando le anunciaron que su hijo Peter le estaba esperando.. Quería hablar contigo.— le saludó este.

—Eso me han dicho. ¿Te quedarás a comer? . Por supuesto.

Entonces hablemos antes de que tus hermanas y tus sobrinos nos descubran. Vamos al estudio.. Me voy a España. . Deberías dejar tu comisión en el ejército, pronto serás un conde. . De eso quería hablarte. ¿Si

algo me pasara, que ocurriría con el título? . Me parece que no me va a gustar esta conversación. . Contesta, hay alguna posibilidad de que pueda dejárselo a Charles.

Ahora no puedes legar lo que no es tuyo. Deberías esperar al menos a que la cámara de los Lores lo apruebe.

—¿Cuánto tiempo tardarán?

—La última sesión es el 30 de junio. Si no lo aprueban antes de esa fecha, habrá que esperar al otoño cuando se reanuden las sesiones.

—Bueno, si algo me pasara, quiero que intentes que el título recaiga sobre Charles. ¿Sera necesario un testamento formal, o algo parecido?

—No puedes legar lo que no tienes.— insistió su padre.

—Pero puede pasar que muera después de que me hayan concedido formalmente el título, ¿entonces sería posible?

—En teoría, si.

—Entonces, retira a los Garrison de la negociación, paga lo que pidan para que el título este en mi poder lo antes posible.

—Como quieras.— dijo al final de un silencio demasiado largo. El embarazo de Rose la había convertido en una especie de pato danzarín. El bebé parecía haberse instalado cómodamente en el vientre de su madre de canto, y la tripa sobresalía bajo sus pechos medio metro por delante de ella, hasta quince días antes su vientre apenas estaba abultado en una curva que se disimulaba a la perfección en los vestidos de talle alto.

El marqués había ordenado a Edmund ir a Fowey a esperar la noticias de Peter y Virgil, y durante varios días, estuvieron discutiendo sobre si sería conveniente el viaje a Fowey en el estado de Rose.

La idea de separarse de Rose le molestaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, sin embargo, al verla tan oronda y patosa, consideró que era puro egoísmo el llevarla con él y que ella estaría más cómoda en Londres, o en Oxford.

Antes de marcharse, Edmund le enseñó los juegos de joyas que había heredado del Conde, no quería introducir a Elizabeth en ninguna de sus conversaciones, pero debía hacerlo. Le conto todo mientras le fue mostrando las joyas.

Había colocado las joyas sobre la cama, y aunque a Rose le parecían maravillosas, las miraba mordiendo el labio inferior, su marido supo que no las quería, e intuyó la razón.

No me gustaría que te acordaras de ella, cuando las llevara.— dijo al fin. . Eso no pasará.

La rotundidad de Edmund, no la convenció de todos modos. Lo hubiera comprendido si él hubiera confesado la única verdad que tenían pendiente entre ellos, los hijos que Elizabeth pudo haber engendrado durante los dos primeros años de su matrimonio, no podían ser suyos, por la simple razón de que él nunca la tomó hasta su regreso de Escocia.

Yo creo que si pasará. Puede que no pienses en ella con amor, pero inevitablemente te acordarás de los hijos que pudiste haber tenido con ella. No, no me gustan. Realmente creo que se las ha ganado, como te dijo.

Si pienso en ella, será para compararla contigo y eso me hará, quererte más, si eso es posible.

—De todos modos, no las quiero.. Las guardaré para las hijas que tengamos. Ellas no tienen que saber la historia, sólo las lucirán, cada juego vale una pequeña fortuna. ¿No pretenderás negarle el beneficio a nuestras hijas por un orgullo que en este caso no tiene sentido?

Vino Virgil a despedirse.— dijo, cambiando de tema.

—Lo sé. ¿Te preocupa su seguridad?

Me preocupa su fe en mí. Quizás tu padre y Lord Sterling tengan razón, puede que no esté preparada para asumir que mis decisiones pueden llevar a gente a la muerte.. Nadie está preparado para algo así. En cualquier caso, tú no decides. Simplemente utilizas esa mente maravillosa para sacar conclusiones. Las decisiones están por encima de nosotros. Y nuestro único deber es intentar que cuenten con el mayor número de informaciones veraces, para que la decisión que finalmente se adopte sea la mejor para Inglaterra.

¿Tú no decides?— le preguntó ella mirándole incrédula.. Realmente, es mi padre quien decide, y Lord Sterling, y por encima de ellos el Ministro de la guerra. Y cuando este lo hace, tiene en cuenta otras opiniones como las del consejo de guerra, incluso el ministro de hacienda interviene para regatear el dinero que se necesita.

Visto así, me parece hasta extraño que puedan acertar alguna vez.

Las joyas fueron guardadas en la caja fuerte del vestidor de Edmund, y a pesar de lo que le había dicho a Rose, siempre le harían recordar lo estúpido que puede llegar a ser un hombre cuando se enamora de la mujer equivocada.

El día anterior a la marcha de Edmund a Fowey, Rose comprendió que no deseaba permanecer cómodamente esperando su regreso. Así que dio la orden a Jenny para que preparase su equipaje.

Me voy contigo. Estoy segura que seré más útil en Fowey que en Londres o en Oxford, donde ni siquiera puedo pasear con esta enorme barriga. En Fowey podre ser de mas utilidad aunque no me levante del sillón.

Allí solo me tendrás a mí para entretenerte.

—No necesito a nadie más.

El viaje a Fowey les llevó dos días más que la vez anterior. Pero a diferencia del primero que hicieran, las palabras llenaban algo más que los silencios, y las noches se llenaban de caricias mutuas que aunque no alcanzaban la altura de la pasión que habían estado compartiendo, llenaba sus noches de placer y ternura.

La piel de Rose recibía las caricias con una sensibilidad nueva, ambos temían hacer daño al bebe con el movimiento del amor, y alcanzaban el placer por turnos, gozando tanto al dar como al recibir. Era una nueva forma de amar que habían descubierto juntos, aun cuando las caricias fueran eternas en el tiempo y entre hombres y mujeres a lo largo de la historia, ellos las sentían diferentes porque era la piel del ser amado el tocado y las manos y los labios del amante, quien tocaba. El cielo les esperaba cada noche y llegaban a él por todos los caminos de la piel.

Cuando el carruaje paró frente a la casa de Fowey, el mayordomo salió a recibirles, en su expresión siempre tosca, había esta vez una indignación difícil de justificar. . ¿Qué ocurre?— preguntó Edmund.

—Tiene visita, milord.— se limitó a decir, y antes de que pudiera preguntar o añadir algo más a su escueta contestación, entró en la casa.

La incertidumbre les duró poco. Lady Elizabeth había salido a recibirles a la puerta. El rostro de Edmund se crispó y un músculo de la garganta empezó a palparle. . ¿Qué demonios haces aquí?— le pregunto.

Rose los miró a ambos, y no pudo encontrar en la lógica de su mente la explicación a lo que estaba viendo, así que se limitó a mirarlos.

—No sabía que la traerías contigo.— dijo Elizabeth ignorando deliberadamente la pregunta.— Pensaba que pasaríamos una temporada juntos.— miro a Rose.— Y solos. . No sé qué estás tramando, pero te quiero fuera de mi casa, ahora mismo.. No puedo irme en mi estado, y lo sabes. Los primeros meses son los peores, el médico me ha prohibido viajar en todo caso.

—Pues deberías haberte quedado en tu casa. O en la del padre de la criatura, sea quien sea.

Al menos reconoce tu parte.

—Creo que será mejor que entre.— dijo Rose pasando al lado de Elizabeth, esta la cogió del brazo y le enfrentó la mirada.

—Siento las molestias, pero me aseguré que usted no vendría.. Lamento haberles fastidiado la diversión.— contestó mirándole con una frialdad que podría haber congelado la mano que la sujetaba del brazo, Elizabeth la soltó.— Hay una posada en el pueblo, estoy segura que recibirá allí el trato que se merece.

Puede que lo haga.— le contestó sonriendo, satisfecha de ver el daño que sus palabras habían causado— Con usted aquí, no será lo mismo de todos modos. . Sr. Paul.— gritó Edmund, el mayordomo apareció enseguida.

—Espero que se ocupe de sacar a esta mujer y sus cosas de mi casa, después me gustaría oír porque se le permitió quedarse. Edmund pasó al lado de Elizabeth sin mirarla, y subió las escaleras hacia la habitación de Rose. La puerta estaba cerrada, lo intentó entrando por la puerta de comunicación entre ambas habitaciones. Cerrada.

Golpeó la puerta.

—No es verdad.— gritó a través de la madera, como si los gritos pudieran derribarla.

La señora necesita descansar.— oyó decir a Jenny a través de la puerta. — Le agradecería Milord que no gritara, no la moleste en este momento. Cuando bajó a la planta baja para encararse con Lady Elizabeth esta estaba sentada en uno de los sofás de la sala, esperando que una de las criadas le sirviera una taza de té.

¿Te has vuelto completamente loca?— bramó Edmund.

—Supongo que no pensarías que me iba a conformar. He consultado un abogado.

No me interesan tus problemas. Si no te vas, te juro que te arrastro fuera de esta casa.

—No seas antipático, Edmund. Me marcharé, pero después de hablar. El se acercó a la ventana, con el sol a medio camino en el cielo, podía ver más allá del bosque, la forma de los acantilados. Trató de acompasar los latidos de su corazón a su respiración pausada. Se obligó a controlar el deseo de golpearla que le quemaba en las manos.

Di lo que tengas que decir. Te doy un minuto.

—No tardaré tanto.— dijo dejando sobre la mesa la taza de té.— Hasta que no se descarte que puedo estar embarazada, nadie puede tocar la herencia de Ocam, un heredero legítimo convertiría en nulo el ridículo testamento anterior.

No dudo que puedas estar embarazada, pero Ocam jamás te tocó.

—Eso lo dices tú.

Eso lo dice él en su testamento. De hecho si impugnas el testamento, se impugnará el acuerdo matrimonial. Y te aseguro que mi tío no descansará hasta declararlo nulo, si te empeñas.

Habrás que esperar de todos modos a lo que resulte de mi embarazo.— dijo desafiante. . Espera si quieres, pero en otra parte.

Quiero las joyas.— dijo levantándose.— Me pertenecen. Además no se las merece, puede que te haya engañado haciéndote creer que es honorable, pero se rumorea en Londres que trato de escaparse con Mortimer. Ya ves que no somos tan diferentes.

Por supuesto que no puedes ver la diferencia. Tú eres incapaz de reconocer la honorabilidad y la decencia, querida.

—¿Acaso no te convencí de mi honorabilidad por diez largos años?— preguntó ella desafiante.— ¿Es eso lo que no puedes perdonarme?, verdad, ¿el haberte engañado?. Eso es algo que no puedo perdonarme a mí mismo. Tú has dejado de formar parte de mi vida y de mis pensamientos hace mucho. Lamento comunicarte que tu minuto ha terminado.

Capítulo 13

Fowey, julio 1805

ROSE se mantuvo encerrada en su habitación durante dos días y dos noches, Jenny intentó inútilmente durante ese tiempo que comiera algo, pero Rose lloraba, dormía y bebía té con mucho azúcar. A pesar de los intentos de Edmund de hablar con ella, Jenny resultó ser el mejor perro guardián de su señora, hasta que empezó a preocuparse por la falta de apetito de Rose. Sólo entonces se alió contra su enemigo natural, el vizconde de Cortwind. Al tercer día le permitió entrar en la habitación, Rose estaba tan débil que no pudo impedírselo, él se arrodilló al lado de la cama.

Rose.— la llamó cogiendo su mano, ella trató de retirarla de su contacto, pero parecía que las fuerzas la habían abandonado por completo. — Te amo.

—Ya no importa.— dijo casi sin voz, las lágrimas se acumulaban entre sus pestañas. No tengo fuerzas para creer en ti, para luchar por ti.. Yo lucharé por los dos. Te amo.

—No deseo tu amor. No deseo nada de ti.

—¿Cómo puedes creerla después de lo que ha pasado entre nosotros?

—Estaba aquí, y tú querías dejarme en Londres. ¿Cómo podría no creerla?

Debes confiar en mí.— le dijo besándola castamente sobre los labios, apenas un leve contacto.. Preferiría que volviéramos a nuestro acuerdo originario.— dijo ella, su mirada se encontró con la de su marido,

reconoció el dolor que se reflejaba en los ojos de su esposo, pero su propio dolor le impedía comprenderle.

Al menos come algo, por nuestro hijo.— ella no reaccionó, así que Edmund ordenó a Jenny.— Trae una bandeja. Rose deseaba negarse, pero ya no le alcanzaba la rabia para luchar, así que tomó una taza de té muy azucarada y mordisqueó una tostada con mermelada, que le sabía amarga al paladar. Edmund indicó a Jenny que se marchara, después de un instante de duda, la doncella salió del cuarto.

No tengo nada que ver con la presencia de Elizabeth aquí. Piensa, Rose, ¿Me crees capaz de traerte conmigo sabiendo que me esperaba ella?

—Tú no querías que yo viniese.— murmuró.

—No, no quería, pero por tu salud. Pero, por el amor de Dios, ¿qué tipo de persona crees que soy para invitar a mi amante a mi propia casa?

—¿Tu amante?

—Sabes a lo que me refiero. También sabes que ella no significa nada para mí, te amo Rose. Daría mi vida por ti.

La tostada empezó a tener un sabor más dulce a medida que se desmenuzaba entre sus dientes. Vio algo en su mirada que le hizo recuperar su confianza en él. Sin embargo, eso no hizo desaparecer el dolor que sentía en su pecho.

¿Qué pretende entonces?— preguntó tratando de incorporarse, él la ayudó a sentarse en la cama, y la colocó varias almohadas a la espalda. Una vez instalada, le puso la bandeja en el regazo, le sirvió un té con cinco cucharadas de azúcar.

¿Por qué se comporta de ese modo?

—Quiere las joyas que nos legó Ocam, piensa utilizarlas para pagar al abogado e impugnar el testamento.. Debes avisar a tu tío.

—Lo sé. ¿Dónde está ella ahora?

—Supongo que estará en la posada.

—¿Irás a verla?

No. He dado orden de que no la permitan entrar en la casa, y he avisado al guarda para que tampoco le permita entrar en las tierras, pero...

—¿Pero?. No estoy orgulloso de lo que esa mujer ha hecho conmigo, Rose. He confiado en ella y la he amado.— Vio el respingo que dio su

esposa. Creí haberla amado. Rectificó entrelazando sus dedos con los de ella.— Me duele más el engaño que el desamor. ¿Lo entiendes?

Sí.

—¿Confías en mí?

Sí, pero a veces recuerdo la razón por la que nos casamos, tengo miedo de que simplemente estés enojado con ella, quizás en el futuro te des cuenta de que es a ella a la que amas.

Eso no pasará. No puede haber amor sin respeto, eso lo he aprendido contigo. Edmund vio que Rose se estaba quedando dormida, permaneció en la habitación con su mano entrelazada con la de su esposa, hasta que ella se durmió. Salió al pasillo y encontró a Jenny apoyada sobre la pared, esperando. . Quédate con ella. Volveré a la hora de la comida con otra bandeja.

—Sí, milord.

—Cualquier cosa, estaré en el estudio.

Sobre la mesa del estudio le esperaban varias cartas y algunos mensajes codificados que su hombre le había dejado vuelta al revés. Procedió a ordenar el correo, las facturas a un lado, y las cartas a otro. Se centró entonces en los mensajes, y comprobó que tanto Peter como Virgil habían estado ocupados en el norte de España. Por un momento dudó pedirle ayuda a Rose, pero prefirió no molestarla, y durante el resto del día se pasó descodificando los mensajes. Sólo descansó para comer y cenar, lo que hacía en la habitación de Rose, con ella.

Al llegar la noche, Rose estaba completamente recuperada del viaje, del disgusto y de los dos días que llevaba sin comer. El se recostó a su lado en la cama, pero se limitaron a comentar el contenido de los mensajes hasta que el sueño les alcanzó.

Al día siguiente, los dos bajaron al estudio donde esperaban varios mensajes más, el ceño de Rose advirtió a Edmund de que algo le preocupaba.

—¿Qué piensas?

—Ninguno de estos mensajes es de mi hermano. Y eso me hace sospechar que seguramente tampoco son de Peter.. Están usando el nuevo código. Los franceses aún no lo han descubierto. . Es posible que sí lo hayan hecho.

Rose despejó el centro de la mesa y tomó los mensajes codificados en una de sus manos. Ella advirtió la mirada de orgullo y reconocimiento con que su marido la contemplaba, algo que le gustaba más incluso que las miradas de deseo que compartían en sus noches apasionadas.

Mi hermano siempre utiliza una palabra clave en todos sus mensajes, una especie de firma.

—¿Una firma?

—Así es. Eligió la palabra “tumbado”. No es una palabra común en el contenido de los mensajes, pero es fácil de conectar. Ninguno de estos mensajes es suyo. . Pero su nombre aparece codificado al final.— argumentó Edmund.

—Lo que nos lleva a dos cuestiones, o alguien está mandando esos mensajes haciéndose pasar por Peter y Virgil, alguien con acceso al código, y a la misión, o..., Están prisioneros.— termino Edmund.

—Eso creo.

La mayoría habla de las órdenes dadas por Napoleón de atacar los intereses ingleses en las colonias, e insisten en que el canal está seguro.

—Sigues pensando que la idea de Napoleón es invadir Inglaterra.. Estoy segura. Hasta ahora solo ha conseguido perjudicar económicamente a Inglaterra impidiendo la llegada de barcos mercantes a nuestra costa, atacando nuestras colonias en América, pero Napoleón quiere el control de toda Europa. Ha demostrado ser brillante, y en cuanto consiga abrir un camino en el canal, y desembarcar sus hombres en suelo inglés no tendrá demasiados problemas en llegar hasta Londres.

—Supongamos que tienes razón. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

Dejarnos engañar. Es evidente que Perseo debe ocupar un puesto importante para haber llegado tan lejos, así que la orden que debe salir del almirantazgo es la de mandar a nuestra armada a las colonias, dejar que nos vean los franceses en el Atlántico y volver de inmediato a defender las costas inglesas.

Cariño.— le dijo Edmund sonriéndole.— No tienes que convencerme, estoy totalmente de acuerdo con que esas son las intenciones de los franceses, y que seguramente la forma más inteligente de actuar sea la que propones, pero esas decisiones no nos corresponden, aunque presionaré para que se adopten las medidas adecuadas. La cuestión que me preocupa,

es, si los mensajes no los han enviado ni tu hermano ni mi primo, ¿cómo han llegado a estar sobre la mesa de mi estudio?

Ambos se quedaron mirando durante menos de una fracción de segundo. . ¿Sabía ella...?— No le dio tiempo a Rose a terminar de formular la pregunta.

Por supuesto que no, no por mí en todo caso.— aunque sus ojos se nublaron cuando recordó lo cerca que había estado de confiarle los secretos de Inglaterra a su amante. Ocam era uno de los nuestros, eso explicaría la forma en que se hicieron con el código.— dijo más para sí que para su esposa.— Aunque sinceramente me cuesta imaginar a Elizabeth en algo así.

¿Por qué no?

—Siempre me pareció demasiado vulnerable.

—¿Estúpida?

Lo cierto, es que el único estúpido en esa relación era yo. Ella solo lo parecía.— se sonrió tristemente.

—Si estamos en lo cierto, debemos dejar que crea que ha conseguido engañarnos. . Pero no podemos dejar que se marche sin averiguar qué sabe y con quién está colaborando, aunque no dudo de su inteligencia, no creo que este sola en esto.. Tendríamos que tenderle alguna especie de trampa. Debes ir a verla. Edmund miró a Rose y pudo ver la inseguridad que se reflejaba en su rostro. . ¿No desconfiarás?

He decidido confiar en ti. Lo que no significa que no tenga miedo de que puedas volver a sentir algo por ella. Pero es necesario que ella piense que de alguna manera ha recuperado tu interés.

No será necesario llegar a tanto, en este momento a Elizabeth le importan más las joyas que me dejó el conde que recuperar su relación conmigo.. Yo no estaría tan segura.

—En todo caso, las joyas serán nuestro señuelo.

—¿Cabe la posibilidad de que alguno de los criados esté colaborando con ella?

Yo he pensado eso también, pero todos los criados de la casa han sido cuidadosamente seleccionados debido a que esta casa suele ser un punto de reunión de la red.

¿Explícame entonces por qué la dejaron entrar? dijo Rose. El se mostró avergonzado.

—Supongo que dieron por hecho que seguía siendo mi amante.— dijo evitando su mirada. La rabia renació en el pecho de Rose, y a su pesar, supo que no podía perdonarle, le amaba, quizás más de lo que nunca sería capaz de amar, su mente lógica le perdonaba, pero su corazón era un órgano distinto, sus sentimientos estaban en carne viva, y de repente comprendió que su relación con su marido no era algo entre ellos dos, sino consecuencia del desamor y la rabia que él sentía por su amante.

Trató de convencerse que la magnitud con la que se manifestaban sus sentimientos los últimos días era producto de su estado de gestación, pero ni el pensamiento más lógico podía evitar que las emociones le salieran disparadas como bombas de cañón.

Unos minutos de silencio entre ellos les parecieron siglos, mientras Rose trataba de tragar las lágrimas de la rabia y la desesperanza, Edmund trataba de adivinar los daños que su relación con Elizabeth había causado a su matrimonio, y la forma en que debería luchar para borrar de Rose cualquier dolor en el futuro.

Mañana me iré a Londres.— dijo Rose al final.— Informaré a mi padre y al tuyo de lo que ha sucedido, y creo que deberías hacer creer a Elizabeth que estás nuevamente interesado en ella. En este momento confío plenamente en ti, sé que tus sentimientos no interferirán en el objetivo de descubrir que tiene qué ver la condesa con los mensajes falsos.

No quiero que te vayas.. Te amo.— dijo Rose.— Pero no lo suficiente para olvidar todas las acciones egoístas y desconsideradas que has tenido conmigo, de alguna manera, creo que no habías quedado con ella aquí, pero aún así, sigo sintiendo rencor por ti. Sé que seguramente este exagerando mis sentimientos debido a mi estado, pero no puedo evitarlo.

Te amo.

—También la amabas a ella apenas unos meses atrás.

La conversación se vio interrumpida por el mayordomo, Sr Paul.

—La condesa viuda de Ocam ha enviado un mensaje. Están esperando una respuesta.

El Sr. Paul colocó la bandeja donde se encontraba el sobre delante del vizconde. Rose miro al Sr. Paul, quien parecía manifestar con aquel gesto

que no mantendría secretos para la dueña de la casa, una lealtad que a Rose, como el amor de su marido, le llegaba tarde, porque nunca debió permitir que la condesa se alojase en su casa en primer lugar. Cuando Edmund termino de leer la nota, se la pasó a Rose. “Edmund querido, estoy desesperada, entiendo tu desprecio, tu rencor, pero si alguna vez me amaste, si alguna vez fui digna de tu amor, ayúdame. Ven a verme a la posada, mi vida corre peligro”.

El impulso de Edmund cuando terminó de leer la carta, fue levantarse y correr hacia la posada, no porque el amor le moviese a partir a la llamada de su antigua amante, por un instinto más primario de protección. Ya no la amaba, pero Elizabeth a pesar de todo, era parte de su vida, y si estaba involucrada con los agentes franceses, no dudó que su vida peligrase. Tuvo que reprimir el impulso y en su lugar mantener la calma y entregarle la nota a Rose, la observó mientras la leía, no pudo adivinar que pensaba ella.

¿Quién ha traído el mensaje?— preguntó Rose al mayordomo.

—El hijo del posadero.

Que le diga a la condesa que la veré en media hora.— dijo el vizconde sin dejar de mirar a Rose.

El mayordomo se estiró y su gesto podría haber correspondido fácilmente con la orden de remover el estiércol en los campos, asintió levemente. Media hora después, Edmund era conducido a la habitación de la primera planta de la posada, donde la condesa viuda de Ocam le esperaba. Las contraventanas de madera de la habitación estaban cerradas, la habitación estaba en penumbra.

¿Elizabeth?— preguntó al cuerpo que parecía acurrucado sobre la cama. Se dirigió a la ventana y abrió los portillos, la luz recorrió el cuarto. La mirada de Edmund se enfocó en el cuerpo de la mujer.

—Estoy aquí.— dijo molesto por la falta de respuesta del cuerpo. Se acercó más, y la volteó empujándola suavemente del hombro. La cara de Edmund palideció. . ¿Quién te ha hecho eso?— preguntó, mirando la cara hinchada y amoratada de la mujer.. Oh Dios, Edmund.— gimió la mujer, su voz entrecortada, los labios presentaban costras de sangre en una de las comisuras, y en el centro del labio inferior. Si no conociera tan bien a la mujer, hubiera dudado incluso que fuera ella, de lo irreconocible que estaba.

¿Te ha visto el médico?— preguntó sentándose en la cama, su mano acariciando suavemente su espalda. Ella negó con la cabeza, las lágrimas trataban de hacerse hueco a través de las rendijas que eran sus ojos. Edmund se levantó, y desde la puerta gritó al posadero que fuera a buscar un médico. Volvió a su lado.

¿Quién te ha hecho esto?— preguntó. Ella escondió la cara en la almohada, el acariciaba su cabeza tratando de consolarla del dolor que debía estar sufriendo, apenas cinco minutos después, se oyeron golpes en la puerta, Edmund abrió, y entró el Doctor Emerson, ambos se saludaron estrechando sus manos.

¿Qué ha pasado?— preguntó el doctor a Edmund.

—Ha tratado de matarme.— dijo Elizabeth dirigiéndose al doctor.

La expresión de Edmund reflejó la incredulidad, miró al doctor al que conocía de toda la vida, este le miró y en sus ojos adivinó la condena. Luchó contra las ganas de golpearla de verdad y las de marcharse, finalmente permaneció en el cuarto mientras el doctor reconocía a la condesa. Ni el doctor le pidió que se marchase, ni ella tampoco, cuando el médico comenzó a desvestirla para tratar de examinar el alcance de la paliza.

Tiene dos costillas rotas, y múltiples magulladuras en todo el cuerpo. ¿Qué diablos ha pasado?. Créeme cuando te digo que la encontré así. Ella me mandó llamar, en cuanto la vi, avisé al posadero para que te buscase.— La frialdad en el tono del vizconde, no convenció al médico, un poco más de compasión por parte del vizconde, quizás le hubiera hecho dudar de la afirmación de su paciente.

¿Quién te agredió?— preguntó el doctor a la condesa.

—El.— dijo señalando a Edmund.

Eres una zorra mentirosa.— dijo Edmund.— Había venido a tratar de perdonarte, pero...

—¿Es eso cierto?— la mujer trató de mirarle a través de las rendijas que eran sus ojos. Edmund, amor.— dijo ella tendiéndole una de sus manos.

—¿Es o no cierto que el vizconde la ha golpeado tan salvajemente?

—Supuse que era él. .— dijo ella entre dientes, mover los labios parecía doler bastante. Fue uno de tus criados, entonces ha sido tu esposa

quien lo ha mandado..., Le daré láudano para que pueda pasar unas pocas horas sin dolor. Es mejor que no hable o le sangraran los labios nuevamente.— El doctor realizó las curas sin enfrentar la mirada de la pareja.

Edmund quédate conmigo.— dijo ella mientras el láudano hacia efecto.
. Lo haré, pero antes dime, ¿cuál de mis criados te hizo esto?

O el láudano hizo su efecto, o Elizabeth fingió dormir para no tener que contestar.

Dos horas después Lady Elizabeth estaba siendo instalada en la habitación de invitados de la mansión, Rose no pudo evitar sentir lástima por la mujer al ver el estado en el que se encontraba.

A pesar de su inconstante estado permanecer en Fowey. El instinto acontecimientos, le hicieron empezar a cuestionarse el verdadero objetivo de Lady Elizabeth o de la gente para la que trabajaba. Sus sentimientos personales quedaron de ánimo respecto de su marido, decidió o la falta de comprensión acerca de los relegados y su mente lógica empezó a trabajar buscando todas las implicaciones de los hechos acaecidos en los últimos días.

Capítulo 14

HABÍAN transcurrido ocho días desde que la condesa viuda de Ocam había sido instalada en la mansión del conde de Carrick, las costillas rotas por la paliza no le permitían abandonar la cama, las magulladuras de su rostro habían desaparecido.

Edmund la visitaba por las mañanas y por las tardes, Rose por su parte se sentía como un alfiletero donde estaban clavadas decenas de alfileres que le llenaban de sentimientos dolorosos e inseguridades. Aun cuando no advirtió ningún interés especial en su marido respecto de su antigua amante, había conseguido una cierta serenidad mental que le permitió ser capaz de distanciarse de sus emociones para analizar la situación. No siempre lo conseguía.

Durante todo el tiempo que había permanecido allí, Lady Elizabeth se había mantenido alejada tanto de la invitada como de su marido, ese día fue algo especial, habían llegado dos mensajes, de Peter y de Virgil.

Mientras Edmund sacaba de la caja fuerte los libros de tapas negras donde se encontraban las claves para descifrar los mensajes, Rose los había descifrado.. Tenemos que mandar urgentemente el mensaje al almirantazgo. — dijo Rose.— No es que me guste alardear, pero finalmente resultó que tenía razón, y en cuanto nuestros barcos dejen el canal de la Mancha, el comandante Walter se retirará de su puesto para abrirle un pasillo a los franceses para que puedan alcanzar Inglaterra.

Su marido, le sonrió dulcemente, desde que llegaron a Fowey no habían vuelto a compartir intimidades a pesar de compartir la cama cada noche, su relación parecía haberse transformado en una tibia amistad, algo más que una mera camaradería.

Edmund tardó algo más de una hora en descifrar ambos mensajes, y se tuvo que morder la lengua para no mostrar su total y absoluta admiración por su mujer. Desde su última conversación había tomado la determinación de cortejarla, seducirla y enamorarla para borrar cualquier rastro de reserva o inseguridad, y a la vista de los últimos acontecimientos era una tarea que tenía que ser postergada, aún así no podía evitar que su mirada o sus manos volaran hacia su esposa en cada ocasión que ambos estaban juntos. Rose por su parte, prefería fingir que no se daba cuenta de las primeras, y que no le afectaban las segundas.

Es una pena que no puedas ver la cara de Lord Sterling ni de mi padre cuando se enteren de las noticias. Tienes que mandarles un mensaje donde simplemente digas. “Se lo dije”.

Ella sonrió con los ojos, y empezó a cifrar el mensaje, lo que le llevó apenas diez minutos. Edmund de todos modos utilizó los códigos para cerciorarse de la exactitud del mensaje, lo que le llevó una hora, después de la cual, selló el mensaje, y se lo entregó al Sr. Paul.

Debe llegar a Londres en tres días.— le dijo y el mayordomo le hizo una señal de asentimiento, entre ellos se cruzó una mirada de entendimiento.

Aquel mismo día Lady Elizabeth decidió bajar al salón a cenar, ayudada por su doncella, consiguió sentarse controlando bastante el dolor que parecía estar sufriendo. Cuando Rose la vio, miró a Edmund esperando una reacción frente a la intromisión de su antigua amante en sus momentos de privacidad.

Me alegra ver que te encuentras bien.— dijo Edmund.— Eso significa que pronto podrás regresar a Londres.. Aún no me encuentro recuperada para viajar.— contestó la mujer y adoptando una actitud arrepentida, se dirigió a Rose.— Espero que no te moleste que haya bajado, pero llevo demasiado tiempo encerrada en mi habitación.

Ciertamente me molesta.— contestó Rose.— Imagino que para que tú te sientas a gusto debo ser yo la que se sienta fuera de lugar en mi propia casa. Ambas mujeres miraron a Edmund para que fuera él quien decidiera si Elizabeth se quedaba o debía retornar a su habitación, con gesto galante tomó la mano de su mujer y le ayudó a sentarse frente a Elizabeth, a

continuación tomó asiento en la cabecera de la mesa, con ambas mujeres a cada lado.

No puedo imaginar algo mejor que cenar con las dos mujeres que amo. Rose pudo oír el sonido de cristales rotos en su alma, Elizabeth en cambio sonrió y su rostro se iluminó convirtiéndola en alguien diferente, su belleza se había transformado en algo sublime con una simple sonrisa. Rose comprobó que a pesar de todo, no se muere ni de amor, ni de rabia, ni de celos. Luchó consigo misma para permanecer sentada a la mesa. No pensaba huir de lo que fuera que descubriera en aquella cena, pero sería definitivo para ayudarlo a tomar la decisión de abandonar a su marido, una voluntad que flaqueaba constantemente.

Todos cometemos errores.— dijo Elizabeth mientras apartaba los guisantes a la orilla del plato.— Pero las personas civilizadas discuten los problemas y buscan soluciones.. No acabo de entender a que se refiere.— dijo Rose tensa como la cuerda de un arco, y con verdaderas ganas de asesinar a la mujer, que con las palabras de Edmund parecía ser ella la dueña de la casa.

Creo que Edmund nos quiere a las dos. Yo estoy dispuesta a compartirlo ya que no lo puedo tener solo para mí.

—Claro que puedes.— dijo Rose que había empezado a sentir un zumbido que le nacía en los oídos y le alcanzaba los dedos de los pies.— Yo te doy mi parte. . Eres muy amable.— dijo con ironía la condesa.. Me parece que no estoy dispuesto a dividirme en partes, así que tendrán que tomarme entero por turnos.— dijo Edmund con la misma entonación con la que hablaría del calor de las tardes de verano.— Es evidente que mi esposa no está en condiciones de aguantar mi peso, eso le haría daño al niño...

Las orejas de Rose estuvieron a punto de salir disparadas de su cabeza, de repente todo se volvió rojo sangre, sin ser consciente realmente de lo que estaba haciendo, cogió el cuchillo de la carne y lo clavó en el antebrazo de su marido. Edmund con reflejos de gato la tomo de la muñeca y la desarmó, sus miradas se encontraron. La sorpresa y el dolor brillaban tras la mirada de Edmund, el odio se concentraba en los ojos de Rose.

A penas le soltó la muñeca, ella huyo del salón.. Creo que es mejor para todos que se vaya.— dijo Elizabeth con aquella dulzura que durante tantos

años le había mantenido en sus redes.— En su estado no es bueno para el bebé que sufra disgustos.

Será lo mejor.— dijo quitándose la chaqueta con ayuda de uno de los lacayos, mientras el otro había salido en busca del mayordomo. En cuanto el Sr. Paul apareció con una bandeja en la que traía vendas, y una crema para la herida. Elizabeth continuó comiendo mientras Edmund era atendido en la cabecera de la mesa, la manga de la camisa por encima de su codo, estaba arruinada por la sangre de la herida.

Que preparen el equipaje de mi mujer, se marchará por la mañana. El rostro del mayordomo no podía estar más impasible, se limitó a asentir con la cabeza. Con el antebrazo vendado, y en mangas de camisa, prosiguió la cena como si nunca hubiera sido apuñalado.

Rose no había regresado a la habitación, necesitaba huir a un lugar donde nadie pudiera encontrarla, salió a la noche y caminó deprisa balanceando su enorme cuerpo a los lados. La oscuridad y el viento cálido consiguieron calmar parte de la desesperación, sus pasos la llevaron sin querer al pequeño valle escondido. Al bajar por la pendiente resbaló, y cayó sobre su trasero, al tratar de levantarse una de las manos donde apoyaba su peso perdió el apoyo sobre la piedra, y al resbalar esta, se torció la mano haciéndola caer hacia ese lado.

La inercia la llevó medio metro por la pendiente, cuando consiguió frenarse, se quedó quieta, recuperando la razón. De repente se encontró completamente agotada, y pensó que si se tumbaba sobre el suelo la muerte la encontraría, no era capaz de articular ningún pensamiento lógico, sólo podía ver las imágenes de su marido y Elizabeth juntos.

Media hora después de haber llorado hasta la extenuación, fue llegando el alivio. A pesar de la calidez de la noche, su cuerpo estaba temblando de un frío que venía de dentro a fuera.

No podía volver a la mansión, y comprendió que tampoco podría pasar la noche a la intemperie, a pesar de que poco antes había deseado morir no lo deseaba en ese momento. Se levantó con cuidado y ascendió la pendiente a cuatro patas, la barriga le desestabilizaba en algunos momentos y entonces tenía que arrodillarse para no dejarse caer de nuevo hacia abajo.

Con fuerza de voluntad y bastante esfuerzo llegó al camino, desde allí podía ver las luces de la casa, se orientó y tomó el sendero que la llevaría

hasta el camino del pueblo. Eran cinco kilómetros de camino, pero era más fácil caminar hacia un objetivo que pararse a pensar, regresar estaba descartado de su mente. Los cascos de unos caballos rompieron su concentración, por suerte el camino estaba bordeado por zonas arboladas, no le fue difícil esconderse en la maleza a tiempo para que el jinete pasara por su lado sin percibir su presencia. Desde la oscuridad de su escondite no pudo distinguir la identidad del hombre que galopaba como el diablo en dirección al pueblo. Imaginar que era Edmund la lleno de una sensación de amarga alegría, y de nuevo, las lágrimas empezaron a desbordarla. Se quedó sentada un buen rato recostada sobre el árbol que le había servido de parapeto, cuando consiguió calmarse se puso en pie con cierta dificultad, el bebé que llevaba en sus entrañas parecía decidido a balancearse dentro de ella y poner en peligro su estabilidad.

Finalmente decidió seguir el camino en paralelo, y eso le costó tropezar con el saliente de una roca, el dedo gordo de su pie empezó a gritar un dolor agudo, haciéndole olvidar, por un momento, del dolor sordo de su muñeca. Regresó al camino.

La noche sólo permitía ver las siluetas de los árboles a la vereda del camino, y este parecía desaparecer en cada curva de su trayectoria, pero al menos, era de tierra aplastada y sus pies embutidos en unos zapatos de seda solamente padecían los dolores de las secuelas de su aventura en la pendiente. Rose percibía las consecuencias de su huida como leves molestias en comparación con el caos devorador que le recorría las venas.

Repentinamente un caballo se cruzó en su camino, ella trató de girar y volver al bosque pero antes de que pudiera hacerlo, unos brazos enormes la colocaron sobre el caballo, el terror se hizo hueco entre el tumulto caótico de pensamientos y sentimientos, cuando comprendió que el hombre que se alejaba con ella no era ni su marido ni nadie que ella hubiera visto antes.

Después de la cena Edmund y Elizabeth pasaron al salón, cuando el lacayo les sirvió unas bebidas, brandy para él, oporto para ella, se marchó dejándolos solos. Elizabeth se transformó de nuevo en la criatura cálida y amorosa que Edmund recordaba.

Te extrañé.— dijo él.. Lamento mucho lo que pasó.— dijo ella evitando su mirada.— Seguramente no sea el mejor momento para hablar de esto, pero nada de lo que dijo Ocam en su testamento era cierto. Puede que mi

comportamiento posterior a tu boda haya contribuido a que las mentiras hayan sido más fáciles de creer. Pero estaba consumida por los celos y la rabia, esa es mi única excusa.

Eso ya no importa.— dijo él sentándose en una silla frente al diván donde ella se había acomodado. He tomado cariño a mi esposa, y no deseo que sufra innecesariamente, creo que me ama, y no creo que acepte nuestra relación, así que debemos ser discretos.

Una ráfaga de malicia atravesó la mirada de la mujer, que enseguida se torno blanda. . Desde luego.

Necesito a Rose para conseguir un heredero, y al menos un repuesto.— le sonrió de un modo íntimo.— Podemos prescindir de la discreción en cuanto mi esposa me dé los hijos que necesito.

—No discutiré contigo, dijo ella demasiado sumisa, incluso para la antigua Elizabeth.— Pero entenderás que no me sienta feliz, al imaginarte en su cama.

Si Rose fuera otra clase de mujer...Ambos se miraron entendiéndose mutuamente, la mujer le miró intensamente y Edmund pudo ver su excitación más allá de su mirada. La respiración de Elizabeth se hizo más profunda y sus pechos llenaron hasta rebosar el escote nada discreto de su vestido, Edmund los miro como si estuviera decidiendo cuál de ellos comería primero.

Tendremos que esperar a que se marche mañana para completar nuestra reconciliación.— dijo resignado. Elizabeth se inclinó hacia él, intentando mostrar más de su cuerpo, y pasó sus manos en una lenta caricia por las piernas de Edmund, desde la rodilla hasta la entrepierna, el cogió sus manos entre las suyas antes de llegar a su objetivo.

Con los dedos entrelazados empezaron a jugar con los dedos, él le acariciaba la palma con los pulgares.

—Ella me perdonará si cree que sólo he recuperado una vieja amistad, por mucho que pueda dolerle, pero no lo hará si comprueba que duermo contigo.. ¿Cómo podría comprobarlo?

—Mi esposa y yo dormimos juntos.

—Nunca imaginé algo así.— dijo Elizabeth casi divertida.— ¿No es un poco burgués? . Ciertamente.

No creo que sea seguro para ti dormir esta noche con ella.— le señaló la herida con un gesto.

—Seguramente este profundamente dormida cuando me acueste. El embarazo, ya sabes. Elizabeth no percibió el tono irónico de la última frase de Edmund, trató de zafar sus manos para poder acariciarle, pero él las llevó a su boca, y fue besando y lamiendo cada uno de sus dedos.

La puerta se abrió, y entro el Sr, Paul, su rostro estaba lívido, los miró y su malestar se manifestó con un ceño que le hacía juntar las cejas sobre la nariz.

—¿Ocurre algo?— preguntó Edmund molesto por la interrupción y por el desagrado manifiesto del mayordomo, con desgana soltó las manos de Elizabeth. . Milady ha desaparecido.

Los ojos de Edmund se convirtieron en dos diamantes grises, su mirada tan fría y cortante como la piedra.. ¿Cómo ha podido desaparecer en plena noche?

—No lo sé, milord. Acabo de ver a Jenny en la cocina y al preguntarle cómo se encontraba la señora me ha dicho que no había subido a su habitación, por lo que había regresado a la cocina.

¿Habéis registrado la casa?

—Sí, milord. Hemos revisado los establos y no falta ningún caballo.

¿A qué estás esperando?. Organiza a todos los criados de la casa para que la busquen por los alrededores?

—Por supuesto, milord.

Edmund se levanto de la silla, ayudo a Elizabeth a ponerse en pie y deposito un beso suave sobre su nariz.

—Si algo le pasa a mi esposa.— le dijo con dulzura.— Te matare. La expresión de Elizabeth cambio al comprender las palabras de Edmund, le miró directamente a los ojos tratando de comprender si había escuchado bien. En ese momento se dio cuenta que Edmund podía llegar a cumplir su amenaza, sin pestañear.

Los criados estaban reunidos en el vestíbulo de la mansión esperando órdenes, Elizabeth le siguió con el desconcierto pintado en su cara.. Verty. — ordenó Edmund a uno de los lacayos.— Vigilarás que la condesa de Ocam no salga de sus habitaciones hasta que mi esposa regrese. Si intenta huir se lo impedirás de cualquier modo, si es necesario, mátala.

No será necesario.— titubeó Elizabeth que parecía comprender finalmente la trampa donde ella misma se había metido.

—Por supuesto que es necesario.— le dijo Edmund con un tono aterciopelado más propio de un amante.

Capítulo 15.Las noticias de Fowey llegaron a Londres el día 12 de julio de 1805, Lord Sterling y el conde de Carrick se reunieron con el primer ministro apenas media hora después de haber decodificado los mensajes, a pesar de que Rose no había seguido el consejo de su marido, las miradas de los jefes de la redes parecían sentir el “ya te lo dije” como un reproche silencioso.

Rápidamente las órdenes fueron impartidas, el “Tempos” el barco más veloz de la armada británica tendría que ir en busca de los barcos que se dirigían a la Martinica para ordenar su regreso al mar Cantábrico. Varios emisarios salieron hacia el norte de España y Gibraltar para transmitir las nuevas órdenes al resto de la flota.

Las actividades del alto almirantazgo, como una reacción en cadena, movilizaron a los agentes franceses en su afán por advertir a Francia de los planes británicos, la red silenciosa de Carrick actuó en suelo británico, mientras la de Sterling empezó a moverse a lo largo del continente, alertando a los altos cargos de los regimientos que permanecían en el continente.

Perseo había ocupado su cargo como ayudante del almirante Walter, y se encontraba en cubierta observando las gaviotas que indicaban que la Martinica estaba a pocos días de distancia, el vigía avistó un barco francés que emprendía el regreso de vuelta a casa y dio la alarma.

En el camarote del almirante Walter, sus oficiales trataban de decidir entre dirigirse a la Martinica o perseguir al barco francés y proceder al ataque del mismo. . Las órdenes son claras.— dijo el capitán.— Debemos proteger y custodiar la Martinica. . No podemos dejar marchar el barco francés. comentó el teniente. Independientemente de las órdenes estamos en guerra con Francia, debemos atacar. El capitán se encontró solo en su tesis, la conversación entre los oficiales se fue calentando ante el empecinamiento del capitán, el almirante tuvo que intervenir cuando como uno solo, los oficiales insinuaron la cobardía del capitán.

Seguiremos al barco francés, y si la mar es propicia atacaremos. Si los vientos nos separan del objetivo, daremos la vuelta para cumplir las órdenes. El malestar se había instalado entre los oficiales, y el capitán no estaba nada contento con las insinuaciones del resto de sus camaradas. Durante dos días los vientos fueron propicios para ambos barcos, y poco a poco, las distancias se fueron reduciendo aunque no lo suficiente para entrar en acción.

Cada día la tensión parecía crepitar en torno a los hombres, no sólo los oficiales parecían mantener una guerra soterrada, también los marineros aprovecharon estas diferencias entre los mandos para obtener ventajas, que se traducían en el descuido de sus propias tareas.

El almirante Walter veía el resultado de aquella tensión, pero no terminaba de adivinar cuál era la verdadera causa, no siempre sus oficiales se habían mostrado de acuerdo en las decisiones que finalmente se adoptaban, pero ver que las disputas alcanzaban a los marineros, le llevó a reunir de nuevo a los oficiales de su fragata. . Una indisciplina más por parte de alguien de la marinería, y procederé al arresto inmediato del oficial al mando. Una pelea más entre sus subalternos y serán castigados de manera ejemplarizante. ¿He sido suficientemente claro, señores?

Todos asintieron, pero para su desconcierto, lo que pretendía ser una amonestación había incrementado la tensión y la desconfianza. Al día siguiente una vela de la mayor se soltó haciéndoles perder el viento durante más de una hora, lo que propició una considerable ventaja para el enemigo.

Aquella misma tarde, cuando prácticamente estaban a punto de dar la vuelta de regreso a la Martinica les abordó el capitán del “Tempos”, le entregó las órdenes del Alto almirantazgo, que se leyeron frente a todos los oficiales.

Nadie advirtió la palidez extrema del capitán cuando se disculpó para transmitir las órdenes sobre el rumbo a su segundo. El barco francés desapareció en el horizonte aprovechando la ventaja, el día 20 de julio había conseguido acercarse a la costa española, el mal tiempo no le permitió acercarse a tierra y cuando el temporal remitió, y emprendió de nuevo su camino para encontrarse con el resto de las fragatas, fue rodeado por barcos enemigos que no tardaron en atacar, a pesar de la distancia, a tiro de cañón que los barcos mantenían entre sí, el barco francés consiguió

hacer blanco dos veces, mientras los británicos sólo habían conseguido quebrar su palo mayor. Cabalgando sobre la mar en calma chicha se fueron acercando mas fragatas, francesas e inglesas, el cielo y el mar se llenaron de humo y pólvora. Danzando un extraño baile las fragatas se acercaban y alejaban al ritmo de los cañones, parecían haber llegado a un punto muerto, donde la mayoría de las naves ardían por alguna parte, y como desarrapadas sin futuro, se acercaban tratando de abordarse con la desesperación y dolor pintada en la cara de los combatientes.

El almirante Walter fue herido y retirado del puente de mando, el capitán Jeremy Saltten asumió el mando, retirando la fragata del combate y llevándola hasta las costas españolas, entre el caos, el humo del fuego y el humo de los cañones no fue difícil pasar inadvertida, lo difícil fue no encontrarse alguno de aquellos disparos que se lanzaban al azar.

El día 22 de julio frente a las costas de Finisterre, la flota francesa amaneció destruida, la batalla había resultado dura, y la armada británica no parecía capaz de afrontar una nueva escaramuza, pero varias fragatas provenientes de Gibraltar terminaron de sellar el destino de los franceses, y de sus planes de invadir Inglaterra.

Dos semanas tardaron Peter y Virgil en conseguir la información que hubiera podido evitar la batalla y la matanza. Pero por fin habían cazado a Perseo. En una pequeña casa de pescadores de la costa de Fowey, en una playa escondida a la sombra de los acantilados, se encontraba Rose. Había tenido tiempo para reflexionar sobre lo sucedido en la última semana, durante los primeros dos días se había sumido en un sueño reparador producto del agotamiento físico y mental.

Su salvador o secuestrador había sido brusco desde el momento en que la bajo del caballo y la arrastró al interior de la cabaña, donde la dejó sobre el pequeño camastro que ocupaba el único cuarto de la casa. Tuvo recuerdos intermitentes de esos primeros dos días, donde era despertada para tomar sopa de pescado, y té demasiado amargo para su gusto.

Al tercer día de su estancia allí, despertó con una lucidez nueva, un hombre estaba sentado en una de las dos sillas, en la mesa que había frente al fogón. Observó el entorno antes de llamar la atención del hombre.

La casa se componía de aquella única estancia, la cama iba de pared a pared en el fondo, tenía la puerta frente a ella, pero la mesa y las sillas

obstaculizarían su huida en el caso de que hubiera querido intentarlo. . ¿Cómo se encuentra?— la voz del hombre era tan seca como la recordaba, pero parecía ser su tono normal.

Cuando este se volvió a mirarla descubrió que tenía el rostro cubierto por una máscara de carnaval, sólo sus labios y su barbilla sobresalían.. Supongo que bien. ¿Quién es usted?

—Eso depende del día.— contestó sin variar la aspereza de su voz.

—¿Qué piensa hacer conmigo?— dijo sentándose al borde de la cama.

Será mi rehén durante un tiempo.— dijo el hombre.— Le traeré comida todos los días, y si trata de escapar me obligará a utilizar la violencia, lo que me desagradaría teniendo en cuenta el estado en el que se encuentra.

Después de aquella primera conversación no hubo más, el hombre salió de la casa, y sólo aparecía para dejar en la mesa la comida, marchándose a continuación. Dos días después de haberse despertado, se atrevió a salir fuera de la cabaña para tratar de situar el lugar en el que se encontraba. No fueron necesarias las palabras para hacerla regresar a la seguridad de la cabaña. Apenas puso un pie fuera, escuchó el sonido de una pistola y un segundo después la sintió sobre su oreja.

Los días y las noches pasaron a paso de caracol, los minutos se arrastraban dejando tras de sí una estela de incertidumbre. Rose vivió cada minuto, hora y día que pasaba sin que nadie fuera a rescatarla con la certeza de que moriría allí.

Entregadas las órdenes y cumplidas por quienes debían llevarlas a cabo, tanto Carrick como Sterling se centraron en la búsqueda de Redhouse. Todos los agentes habían sido movilizados, mientras Edmund mantenía a Elizabeth vigilada en la casa, día tras día recorrió cada camino y sendero que partía de la casa hacia el pueblo. Preguntó a todos y cada uno de los habitantes de Fowey, y con ayuda de la mayoría de los lacayos y las gentes del pueblo fueron examinando los acantilados, incluso llegaron a descolgar al hijo del posadero por algunos de ellos durante la marea baja.

No había rastro de Rose ni viva ni muerta. La desesperación de Edmund le impedía dormir más de tres horas por día, y sólo comía al despertar, de madrugada y antes de que las partidas de búsqueda se reunieran, se adelantaba a estas, en su desesperación por encontrarla.

Si sólo hubiera desaparecido Lady Rose, vizcondesa de Cortwind, hubiera podido temprar sus nervios y controlar el pánico, pero su esposa era Redhouse, la codificadora buscada por los franceses, y estos estaban allí, o de lo contrario no hubieran enviado a Elizabeth para intercambiar los mensajes.

Por sus venas corría una niebla helada que había conseguido desterrar cualquier atisbo de compasión, al regresar del cuarto día de búsqueda, decidió que solo tenía un camino que recorrer. Elizabeth.

Con el aspecto de un ser nacido del mismo infierno, subió hasta la habitación de Elizabeth donde esta gozaba de las comodidades de su casa, durante su cautiverio sólo le había negado la salida del cuarto, pero eso estaba a punto de cambiar.

Si sabes lo que te conviene colaborarás conmigo, y lo harás sin subterfugios. . No entiendo de qué hablas. Edmund realmente estás siendo bastante irracional. Si este es el trato que piensas darme, sería mejor que me marchara.. Te marcharás al infierno, pero antes haré que me supliques.

Ella le miró desconcertada.

—¿Dónde está mi esposa?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

En un salto llegó hasta ella, la cargó sobre su hombro, ante el rostro asombrado de la mayoría de los criados de la casa, la subió hasta el tercer piso. Entró en una habitación y mientras con una mano inmovilizaba el cuerpo de la condesa, con la otra abrió la ventana.

Antes de que la mujer pudiera adivinar qué estaba pasando, se vio lanzada al vacío, las manos de Edmund la tenían cogida por los tobillos. Por primera vez Lady Elizabeth comprendió que no se trataba de una mera amenaza. Supo que de nada le serviría fingir o desentenderse confiando en que Edmund sería incapaz de lastimarla seriamente, el terror la inundó cuando él la hizo balancearse hacia los lados, la falda del vestido caía sobre su cabeza.

Te diré lo que sé, pero por Dios, no me sueltes.

—Empieza.— dijo deteniendo el leve balanceo.— Estoy muy cansado, y si no te das prisa es posible que no pueda sostenerte el tiempo suficiente.

—Un hombre vino a verme a Londres, llegamos a un acuerdo, pero no tengo nada que ver con la desaparición de tu esposa.

—¿Fue él quien te golpeó?. Sí. Sabíamos que no me dejarías en la posada, aunque sólo fuera para que yo no pudiera acusarte de haberme golpeado.— Elizabeth daba sus explicaciones con el tono agudo del terror.

¿Dónde puedo localizarlo?

—No lo sé.

El cuerpo de Elizabeth empezó a oscilar en el vacío. Una mano de Edmund empezó a deslizarse desde el tobillo al pie.

—Se escondía en una casa abandonada, una casa de pescadores, te juro que no sé nada más.— Por primera vez escuchó llorar a la mujer sinceramente, derrotada. La subió sin cuidado de que el cuerpo de la mujer no se golpeará o arañase con la áspera pared. Apenas la puso dentro de la habitación, cayó desplomada sobre sus piernas, a pesar de su estado de ánimo, comprobar que la mujer le tenía miedo, fue la única satisfacción que consiguió ese día.

Cuando llegaron Peter y Virgil, en la mansión sólo estaban el Sr. Paul, la cocinera y el lacayo que vigilaba a Lady Elizabeth. Tras ser informados de lo que estaba ocurriendo se unieron a las partidas de rastreo. Se encontraron con Edmund golpeando matojos en una zona de bosque a tres kilómetros de la mansión, Virgil comprendió que no era a su hermana sino a su cadáver lo que andaban buscando.

Edmund levantó la vista hacia los recién llegados, pero no fue hacia ellos, espero que llegaran a su altura.. ¿Qué diablos ha pasado?— preguntó Virgil. Estaba furioso, y si la expresión de Edmund no hubiera sido tan triste y desesperada, seguramente se hubiera enzarzado con él en una pelea de puñetazos y patadas.

Hace diez días que Rose desapareció.. Pensé que podrías ser un buen marido para mi hermana.— dijo con rabia.— has resultado una gran decepción para mí y para mi familia.— Respiró profundamente para controlar el nudo que se le había formado en la garganta. Cuando la encontremos no voy a permitir que vuelva contigo.

Edmund se envaró, pero encontró la excusa perfecta para desahogar toda su rabia, y quizás marido y hermano de la desaparecida hubieran acabado matándose, si Peter no se hubiera interpuesto entre ellos.

¿Has ido a la cala de Lowy?— preguntó Peter a su primo.

—Es imposible que este allí...Mierda.— gritó y se encaminó hacia su caballo.

Los recién llegados le siguieron, galoparon en dirección oeste tres kilómetros, después tuvieron que desmontar para ascender por una loma, desde la cima pudieron ver la casa de Lowy, llegar allí era imposible si no se conocía el camino. Había un sendero de bajada, que era engañoso, pues se iba desviando hacia la derecha hasta quedar prácticamente al aire sobre la roca, recordaban que había una especie de cueva.

Voy a volver al pueblo.— dijo Edmund.— Tratare de llegar a la cabaña por el mar, tú, le dijo a Peter ¿Recuerdas la cueva?— su primo asintió, después se dirigió a Virgil. Tu quédate aquí y vigila cualquier cosa que pase.

Virgil asintió de mala gana, sacó la pistola que colocó en su regazo después de sentarse. Durante dos horas estuvo mirando el mar, la playa, la casita y los acantilados perforando con su mirada a través del aire para descubrir cualquier cosa, pero todo a su alrededor transmitía calma, y como una premonición empezó a sentirse aliviado.

No tardó en divisar una pequeña embarcación con varios hombres en la playa, dio por supuesto que era Edmund hasta que descubrió un gigante entre ellos, el mismo que le había secuestrado unos meses antes. De la sombra de los acantilados surgió un hombre que se encaminó hacia los recién llegados.

El primero en lanzarse al agua fue el gigante, le siguieron tres hombres, en cuanto alcanzaron la playa el hombre de los acantilados se acercó a ellos, estuvieron hablando y señalando la cabaña, el gigante cabeceo mostrando su acuerdo. Desde donde estaba no podía distinguir el rostro de ninguno de ellos.

Otro barco se acercaba al primero, pero sólo iban Edmund y dos hombres más, los del primer barco dispararon a los tripulantes de la nave que se acercaba, los hombres se tiraron al suelo dejando el barco a la deriva que se fue alejando de la playa, cuando el barco que había llevado al gigante se disponía a perseguir al otro, oyeron un grito ronco y seco, la orden del gigante les corto las intenciones.

Virgil se había levantado al ver salir a su hermana de la cabaña. De repente le pareció que no podía quedarse allí simplemente mirando, tomo el

sendero que le pareció era el camino más evidente, por suerte el camino le obligaba a caminar despacio, obligándole a fijarse en donde ponía los pies, y pudo ver el peligro antes de caer en el vacío.

Regresó sobre sus pasos y trató de imaginar el camino que había seguido Peter, comprendió la conversación entre los primos, y buscó la entrada de una cueva, había varias, algunas se terminaban a dos metros de la entrada, otras continuaban en total oscuridad hacia las entrañas de la tierra.

Se dio por vencido y regresó a la cima para al menos ser testigo de lo que fuera que estaba pasando. Vio la barca de su cuñado llegar a la playa, la otra había desaparecido de su vista, y ya no quedaba nadie en la playa. Desesperanzado se dejó caer de nuevo sobre la cima, cuando Edmund llegó hasta él una hora después a través de las cuevas lo encontró sollozando.

Todo está bien, Virgil.— le dijo.— Son de los nuestros.

Capítulo 16.

Mientras Rose era examinada por el médico, Edmund esperaba en el pasillo, finalmente el doctor confirmó lo que ella había adelantado, que no tenía ningún daño. Los dos se encaminaron hacia el estudio donde esperaban Peter, Virgil y el gigante que la había llevado en brazos hasta el barco. A pesar del resultado de la aventura, Rose no pudo impedir que un escalofrío le recorriera la espalda, cuando el gigante la cogió en brazos para llevarla hasta el barco, sintió verdadero miedo de no volver a ver a sus seres queridos, especialmente a Edmund, pero cuando descubrió a Peter en el pasaje su cuerpo se desplomó, o se hubiera desplomado de no tenerla el gigante entre sus manos.

¿Se encuentra mejor?— preguntó Mcanein intentando una sonrisa.

—Mucho mejor, gracias.

Virgil la estrechó entre sus brazos en un abrazo incompleto porque la enorme barriga de Rose impedía la aproximación. Edmund se sirvió una copa para estar a la par con el resto de los caballeros presentes, el Sr. Paul llegó casi al instante con una bandeja de té, había una enorme tetera junto con una taza y dos azucareros, Rose miró al hombre con una gran sonrisa.

Me temo que Polifemo ha escapado.— dijo Peter y preguntó a Rose.— ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Suponiendo que fuera el hombre que me llevo a la cabaña, esta mañana entró a dejarme la comida del día.

—¿Suponiendo?— preguntó Virgil con una ceja levantada, conocía demasiado bien a su hermana para dejar pasar el tono que ella había empleado.. El hombre que me secuestró, y los que me han estado llevando la comida a la cabaña no eran el mismo, de hecho, creo que eran cuatro diferentes, no pude verles el rostro, por la máscara, pero aunque físicamente eran muy parecidos, hay detalles que me hacen pensar lo contrario.

¿Qué detalles?— preguntó Peter.

—El hombre que me secuestró era bastante fuerte, pero no tanto como Mcanein. . Nadie es más fuerte que yo.— bromeó el escocés.

Lo que quiero decir, uno de los hombres era zurdo y los otros eran diestros. Otro tenía una verruga en la doblez de la barbilla. El resto de las diferencias eran más sutiles...

¿Una verruga en la barbilla?— preguntaron al unísono Peter y Edmund.
. ¿Sospecháis de alguien?— preguntó Rose, adelantándose a los otros dos.

Es el nieto de Lowy. Supongo que fue él quien escogió la cabaña para mantenerla oculta.— dijo Edmund.— Tenía que haber pensado en él, pero estaba demasiado aturdido y desesperado para pensar con claridad.

—¿Qué vamos a hacer con ella?— preguntó Rose.

Me la llevaré a Francia.— dijo Mcanein. Todos le miraron sorprendidos.

Por supuestos ustedes me van a permitir rescatarla, y ponerla a salvo.— Su voz era absolutamente irónica.

Todos quedaron callados durante un momento, después fue Peter quien asintió con la cabeza, a continuación Virgil, y Edmund, solo Rose parecía reflexionar. . No funcionará.— dijo tajante.

—¿Por qué no?— preguntó el gigante.— Yo seré su superior, aunque me diga sus identidades yo ya las conozco, no existe realmente un gran riesgo.. Por favor no se ofenda.— dijo Rose.— Usted no es capaz de controlar a Elizabeth, ella encontrará la forma de dominarlo a usted, o a cualquiera que pueda serle de utilidad. No me parece una mujer que se dé por vencida con facilidad.

Ahora que Celina ha muerto... — insistió Mcanein.

—Ya lo tengo.— dijo Edmund con una sonrisa gatuna.— Ya sé lo que haremos con ella.

Dos semanas después volvieron a reunirse en Corthouse, todos bebían brandy de contrabando en el estudio del conde, acompañados de este y de Redclive, mientras Rose en su habitación había decidido maldecir a los hombres en general y a su marido en particular.

Con cada contracción las maldiciones iban aumentando en intensidad y volumen. Hora y cuarto después de haberse puesto de parto, nació el bebé.

—El parto ha sido muy fácil.— dijo la matrona sonriendo.

—Si esto ha sido fácil, no quiero imaginar un parto complicado, sinceramente no creo que pudiera soportarlo. En cuanto se anunció la llegada del nuevo miembro de la familia Cortwind, todos los hombres del estudio a excepción de Edmund que subió corriendo hacia la habitación, empezaron a brindar por Rose y el bebé.

Edmund tuvo que esperar a que adecentaran a la madre y al pequeño, Jenny fue la única que encontró la fuerza para impedir que entrase a la habitación. Cuando por fin estuvieron listos se acercó a la cama, besó a una adormilada Rose en los labios, ella trató de mantenerse despierta.

Aquí tiene a su heredero, milord.— le dijo ella señalando el paquetito blanco que descansaba sobre su hombro.

—Me hubiera gustado que hubiera sido una niña como su madre.

—Si quieres una niña, la tendrás que tener tú. El sonrió, recogió el paquete y lo abrió para ver una carita redonda y arrugada de la que sobresalía una gran nariz, las manitas del bebé empezaron a buscar en el aire, el vizconde le entregó su dedo, y sintió una emoción nueva al ver a su hijo amarrado a él.

¿Has pensado un nombre?— preguntó Rose.

—No. ¿Tienes alguna preferencia?— Ella negó con la cabeza.

—Gabriel, ¿Te gusta?

—Me gusta. Gabriel

Cuando Rose se quedó dormida saboreando el nombre de su hijo, Edmund bajó a la planta baja donde todos esperaban para conocer a Lord Gabriel Cortwind, barón de Sefard.

La matrona no permitió que el padre se apropiara del niño más que unos cuantos minutos, acompañada de Jenny como fuerza de apoyo, consiguió quitarle el bebé, Edmund estuvo tentado de tirar de él como un perro que pelea por un hueso, pero se lo entregó a la mujer.

El brandy y los mejores puros se repartieron entre los caballeros, todos estaban sentados de manera informal en la biblioteca, donde se habían retirado después de que la matrona se llevara al niño.

Bueno señores, hoy es un gran día para esta familia.— dijo el conde alzando su copa.— Brindo por mi nieto.

—Por mi nieto.— se unió Redclive.

La imagen de los dos hombres levemente achispados hizo que el resto no pudiera evitar sonreír al verlos comportarse como dos adolescentes en su primera parranda. . Por fortuna.— dijo Peter.— La guerra sigue estando lejos de nuestro suelo, y Gabriel tendrá una buena infancia.

—¿Es cierto que le han retirado el título a la condesa de Ocam?— preguntó Redclive al conde.. En cuanto el parlamento “supo” de su implicación en el crimen de su marido, y su participación en el de la cortesana y el francés, aceleraron los trámites de la nulidad del matrimonio de Elizabeth Charlton con el anterior conde. Cuando el fiscal la ofreció la posibilidad de declararse culpable para cambiar la horca por la deportación no lo dudó ni un segundo. Todos hemos estado presionando para limpiar el nombre de Charles, así que en breve todo estará solucionado. Incluyendo lo del título.

¿Le dan un titulo a Charles?— preguntaron al mismo tiempo Virgil y el gigante sin poder disimular su asombro.

—No a él, a mí. A primeros de septiembre seré conocido y reconocido como Lord Peter Manning, decimotercer conde de Ocam.

—Enhorabuena.— dijo el gigante palmeándole la espalda.— ¿Te quedarás en casa a cuidar de tu nuevo título?

¿Acaso te has quedado tú en tu casa, cuidando del tuyo?

—¿Tienes un título?— preguntó Virgil al gigante, con el que seguía manteniendo las distancia.. Soy Lord Ewan Mcanein, onceavo duque de Berwitch. Creo que tengo trece títulos más, algunos de ellos ingleses y alguno irlandés también.— Hizo una reverencia de presentación.

Todos quedaron mudos de asombro, pero no tanto por la calidad del título sino por el cambio radical que se había producido en él, había adoptado una pose mas aristocrática y su enorme cuerpo no parecía brutal sino elegante y la expresión de su rostro había dejado de ser salvaje para convertirse en un gesto de aristócrata altanero al mirarlos a todos con la ceja levantada.

Puede que hayan absuelto a Charles.— dijo Peter.— pero no podrá librarse de las sospechas, al fin y al cabo, fue el amante de Elizabeth. La familia lo ha vuelto a admitir, pero todos le hemos pedido que se quede en Escocia todo el tiempo que pueda aguantar.

Es lo más sensato, ¿Qué problemas puede encontrarse allí?— dijo el conde de Carrick.

—¿En Escocia?— preguntó Mcanein con una carcajada.— Los problemas le encontrarán a él.

—Sólo queda pendiente el tema de Polifemo.— dijo el conde devolviendo a la reunión la seriedad inicial.— ¿Qué es exactamente lo que sabe?. En realidad no mucho.— dijo de nuevo el duque.— al secuestrar a la vizcondesa lo que en realidad pretendía era darle tiempo a Elizabeth para seducir a Edmund y conseguir información a través de él, ni siquiera sospechaba que tuvo a Redhouse en su poder.

¿Pero sabemos algo que nos permita identificarle?— preguntó Virgil.. Sólo una descripción física, la que nos dieron Elizabeth y el nieto de Lowy. Un hombre de unos cuarenta años, con apariencia de caballero y el rostro con algunas marcas en la frente, ojos claros y pelo rubio. Todo parece indicar que es inglés.— dijo el conde de Carrick

Está en Francia. Yo me ocupare de localizarlo allí.— dijo el gigante. Cuando Lord Peter Horton pasó a ser de manera oficial Lord Peter Manning, Conde de Ocam se celebró con una fiesta por todo lo grande en la casa del duque de Gloucester, asistió toda la familia menos Charles, quien no había podido trasladarse a Londres, por estar recuperándose de un accidente de caza.

La fiesta fue prácticamente familiar pues la mayoría de los miembros de la aristocracia se encontraban repartidos a lo largo de la geografía disfrutando del verano en sus casas de campo, pero fue tan memorable, que

aquellos que no pudieron asistir lo estuvieron lamentando durante largo tiempo.

OceanofPDF.com

Epílogo

EN Corthouse Rose había vuelto a su trabajo, y aunque su relación con su esposo había vuelto a la normalidad, la falta de intimidad recomendada por el doctor tras el parto, había dejado pendientes muchas cosas entre ellos, a pesar de la complicidad que existía entre la pareja, se mostraban cautos, como si no quisieran enturbiar la felicidad conseguida. Como si las palabras pudieran invocar de nuevo los problemas.

Dos meses después del nacimiento de Gabriel Cortwind Edmund se trasladó a la habitación de Rose.

—¿Qué haces?— preguntó ella al ver al ayuda de cámara haciendo sitio en su vestidor para las cosas de su marido.. Es muy molesto tener que ir y venir. Además necesitas un lugar para trabajar, un cuarto que no esté lejos de tu dormitorio, ni de la habitación de los niños, mi habitación reúne todos los requisitos.

No es necesario que renuncies a tu privacidad, hay muchos cuartos vacíos en este piso.

—Lo sé. Pero no quiero volver a dormir solo.— Ella le miro con malicia.— Quiero decir que quiero dormir contigo.

Cuando el ayuda de cámara y Jenny terminaron de acomodar las cosas del vizconde y se marcharon, Edmund camino hasta Rose para quedar frente a ella.. Tengo que confesar que sabía que Elizabeth estaría en Fowey.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Supongo que cuando tu padre hizo el inventario de las cosas del conde de Ocam vio que faltaban los libros de claves. Y si no él, alguno de los

criados leales al anterior conde.

Así es.

—¿Por qué me dejaste acompañarte?

Supongo que me pareció que si estabas allí, te darías cuenta de que sólo me importabas tú. Mi intención no fue nunca seducirla, las joyas eran suficiente señuelo para tener a Elizabeth controlada.

Todo eso lo sé.

—Dijiste que no podías soportarlo, pensé que no querías volver conmigo, me refiero a tener un matrimonio de verdad.

—Yo siempre he querido tener un matrimonio de verdad, y creo que ahora tenemos más que eso, tenemos una familia de verdad.. Te amo tanto.

—Lo sé. . Ya sé que lo sabes, ¿pero no deberías decir que tú también me amas? . Ya sabes que te amo.

Debes prometerme que haga lo que haga nunca me abandonarás, desde este momento tienes mi permiso para dispararme si te doy motivos para ello, pero jamás vuelvas a dejarme.

No lo haré. Sus labios apenas se habían encontrado cuando sus cuerpos se pegaron buscando traer a la memoria el contacto olvidado, Edmund recorrió el rostro de su esposa con los nudillos en una caricia de reconocimiento mientras ella le desabotonaba el chaleco y la camisa.

Sus manos cayeron a sus costados cuando entró Jenny con un bebé vociferante en la habitación, se lo entregó a Rose y se marchó de la habitación, enseguida se acomodó con el niño entre los brazos en un sillón, en cuanto el bebé tomó el pecho, se hizo la paz, Edmund se arrodilló ante ellos, besó la cabecita de su hijo, que le retiró la cara con la manita advirtiéndole claramente que no quería intromisiones con su madre, se sentó frente a ellos y su mirada vagó de uno a otro.

No puedo imaginar otra vida en la que pudiera ser más feliz.— la dijo. . Yo tampoco.

FIN

Epub



OceanofPDF.com